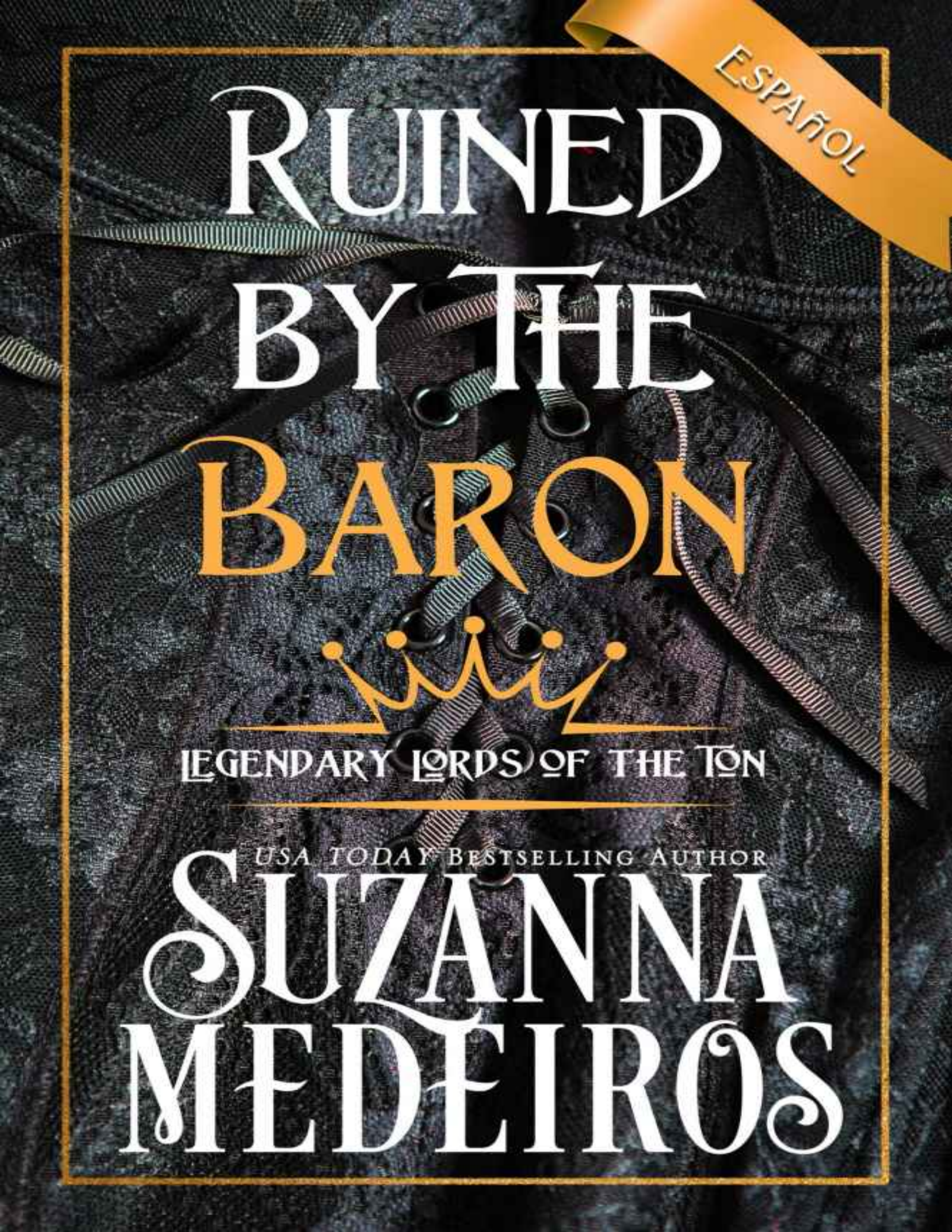

ESPAÑOL
RUINED BY THE BARON
LEGENDARY LORDS OF THE TON
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
SUZANNA MEDEIROS

RUINED BY THE BARON

LEGENDARY LORDS OF THE TON (ESPAÑOL)

SUZANNA MEDEIROS



ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo 1
Epílogo 2
Epílogo extra

Gracias
La autora

RUINED BY THE BARON

Deseo prohibido...

Como hermana de un amigo cercano, Lady Victoria Wright está prohibida. Pero cuando se enfrenta a un compromiso no deseado con un noble cruel, Victoria idea un plan escandaloso para arruinar su reputación. Y me ha elegido a mí para actuar como su seductor.

Debería ser una simple farsa. Cuando su reputación quede hecha jirones, su padre no tendrá más remedio que liberarla del compromiso. Pero mientras Victoria interpreta el papel de mi amante, algo peligroso se enciende entre nosotros.

Mis honorables intenciones se desmoronan con cada mirada ardiente. Cada caricia prohibida. Cada beso robado.

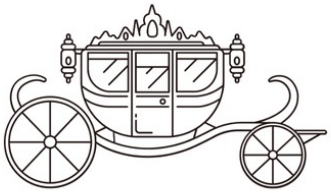
Ahora la quiero para mí. Solo necesitamos asegurarnos de que su poderoso padre, que hará cualquier cosa para recuperarla, no la encuentre.

Copyright © 2025 Saozinha Medeiros

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

CAPÍTULO UNO



Barón Moreland

Abril de 1820

LAS TRES BOLAS estaban distribuidas por la mesa de billar como si las hubiera colocado estratégicamente. Me incliné sobre la mesa, me tomé un momento para centrarme y eché hacia atrás mi taco con soltura practicada.

Con un suave golpe, mi bola golpeó la primera, luego la segunda. Sonreí y me enderecé mientras se deslizaban suavemente por la superficie de la mesa y caían en las troneras de las esquinas.

Antes de que pudiera regodearme en mi victoria, un periódico aterrizó en medio de la mesa de billar. *The Mayfair Chronicle*. Se había convertido en una especie de ritual con ese periódico. Últimamente no pasaba una semana sin que apareciera un artículo escrito por la anónima Lady X sobre alguna de nuestras hazañas. El vizconde Kendrick se apoyó en la mesa y esperó a que lo recogiera.

—¿De quién se trata hoy? —Examiné el artículo, buscando mi nombre. Al no encontrarlo, volví al principio y empecé a leer.

Esta autora tiene buena información de que uno de los Legends podría estar considerando un cambio en su estado civil. No es que nadie espere que el vizconde K se mantenga fiel a la mujer en cuestión (¡alguien del demimonde, nada menos!), pero es un desarrollo interesante. ¿Será él el primer Legend en caer?

—¿Mirabelle? —ni siquiera intenté ocultar mi diversión.

El vizconde Fairfax me entregó mis ganancias y luego me quitó el periódico.

Kendrick maldijo.

—Se ha convertido en una verdadera molestia. Pero, ¿esto? —Hizo un gesto hacia el *Chronicle*—. Definitivamente es hora de que encuentre otro protector.

Fairfax le dio una palmada en el hombro, con los ojos brillantes de diversión.

—Estoy seguro de que tendríais unos bebés preciosos.

Kendrick le arrebató el periódico y juró. Su irritación solo sirvió para divertir más a Fairfax.

—He estado pensando en buscarme una amante, *no* Mirabelle —No sabía cómo Kendrick había encontrado la paciencia para lidiar con ella durante tanto tiempo—. Alguien que conozca su lugar.

Kendrick se rio.

—¿Tú? Eres el rey de la variedad. ¿Por qué renunciarías a eso?

Pensé en el moretón que lucía actualmente en el trasero después de las actividades de anoche.

—Salir por las ventanas en medio de la noche resulta agotador. Y a decir verdad, un cuerpo es igual que otro en la oscuridad. Sería un agradable cambio de ritmo poder salir por la puerta principal.

Fairfax se enderezó, su expresión quedó limpia de emoción, pero lo conocía demasiado bien. Estaba tratando de ocultar su diversión.

—Moriría feliz si me permitieras presenciarte escalando por la ventana de una conquista. Podemos olvidarnos de estas tonterías del billar; te daré mi dinero directamente.

Le lancé una mirada fulminante.

Kendrick se rio entre dientes.

—A mí tampoco me importaría ver eso.

Estuve tentado de golpear sus cabezas una contra otra. En ningún universo les permitiría esperar fuera de la ventana del dormitorio de alguna moza a la que me hubiera llevado a la cama. Podía admitir que la escena de la noche anterior les habría dado al menos un mes de diversión mientras relataban la historia a todo el mundo, pero estaba demasiado molesto para encontrar gracia en haber escapado por los pelos del intento de la mujer de forzarme al matrimonio. Incluso si su hermano hubiera logrado irrumpir en la habitación a tiempo para pillarnos, yo no era tan honorable. Tendría que buscar en otra parte a un tonto al que atrapar.

Fairfax emitió un silbido bajo, distrayéndome de mis pensamientos. Hacía ese sonido cuando divisaba a una mujer a la que quería conocer mejor. Arqueé una ceja, y él movió la cabeza hacia el otro extremo de la sala. Mi piel ya hormigueaba con inquietud cuando me giré para ver quién había captado su atención. Sin estar seguro de lo que esperaba ver, no era el señor Clarence guiando a una joven hacia las escaleras que conducían a las habitaciones privadas de Rexford. Como secretario del club King's, Clarence siempre estaba por algún lugar del club, asegurándose de que todo funcionaba sin problemas y evitando desastres antes de que pudieran ocurrir. Pero nunca le había visto escoltar a una mujer al sanctasanctórum antes.

Podía entender por qué había captado la atención de Fairfax, aunque se alejaba de nosotros. Tenía el pelo oscuro, casi negro, peinado en una de esas elaboradas exhibiciones de rizos. Era menuda, probablemente de metro y medio de altura, si acaso, pero algo en su forma de caminar me decía que era una mujer de buena cuna. En aquellas raras ocasiones en que el club estaba abierto al bello sexo, las mujeres que cruzaban las puertas principales eran del demimonde. Pero podía sentir en los huesos que esta mujer no pertenecía a ese mundo.

—¿Quién crees que es? —La voz de Fairfax era baja, interesada.

Por alguna razón que no lograba comprender, quería pegarle un puñetazo.

La mujer eligió ese momento para mirar por encima del hombro. Nuestras miradas se encontraron, y el tiempo se detuvo. Incluso a distancia, vi el azul profundo casi antinatural de sus ojos, y no pude apartar la mirada.

La voz de Fairfax fue una intrusión inoportuna.

—¿Por qué crees que Clarence la está llevando arriba? ¿Crees que Rexford la compartiría?

Kendrick le dio un codazo, ahorrándome la molestia. —Es la hermana de Rexford.

Fairfax soltó un gruñido de decepción. Yo seguía incapaz de hablar, atrapado en la red de la mirada de aquella mujer. Por alguna razón, sentía como si me estuviera evaluando. Si fuera cualquier otra

persona, habría cruzado la distancia que nos separaba y me habría presentado. Luego habría hecho todo lo posible para asegurarme de que estuviera en mi cama esa noche.

Ella se dio la vuelta, y Clarence la acompañó escaleras arriba.

—¿Sabéis por qué está aquí? —Afortunadamente, mi voz sonaba más o menos normal.

Kendrick se encogió de hombros. —Ni idea. Pero debe ser algo importante para que haya venido. Sherbourne suele mantener a su hija encerrada en casa.

Por supuesto que lo hacía. El Duque de Sherbourne había perdido cualquier atisbo de control sobre su hijo mayor y heredero. No querría que su hija fuera corrompida por la influencia de su hermano.

—Si la hermana de Rexford viene a visitarle aquí, debe tratarse de algo serio.

Las palabras de Fairfax hacían eco de mi curiosidad, pero al final, no importaba. La hermana de Rexford era intocable. Necesitaba apartar los pensamientos sobre ella de mi mente.

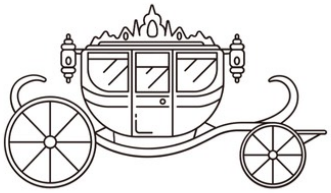
Forcé un tono casual que estaba lejos de sentir. —Está fuera de nuestro alcance. —Me dirigí a la mesa de billar y comencé a colocar las bolas—. ¿Otra partida?

Fairfax sonrió. —Preferiría pagar por verte salir por una pequeña ventana de dormitorio. Si puedes conseguir que un marido o un padre te persiga, pagaré el doble. No, mejor el triple. Valdría la pena.

Me coloqué en la cabecera de la mesa y preparé mi primer tiro... y fallé. Joder. Nunca fallaba.

Fairfax silbó. —Parece que hoy es finalmente mi día de suerte.

CAPÍTULO DOS



Lady Victoria Wright

SEGUÍ al señor Clarence al interior del club de mi hermano: el King's. No estoy segura de cómo supo que yo llegaba, pero el señor Clarence ya estaba esperando cuando nuestro carruaje se detuvo frente al edificio.

Mi doncella Lily me acompañaba. Ella debió de haber enviado un aviso por adelantado. Al comienzo de la temporada, el día después de que mi padre y yo llegáramos a Londres, me confesó que mi hermano había arreglado de alguna manera que la contrataran como mi dama de compañía. Quería asegurarse de que tuviera a alguien cercano que me mantuviera a salvo.

No había tenido noticias de Rexford en años —mi padre se había asegurado de ello—, pero Lily me había dicho que él prometió estar siempre disponible si necesitaba ayuda. Y esa mañana, Lily supo que yo necesitaba la ayuda de Rexford.

Gracias al cielo que mi padre estaba ocupado hoy. Todo el personal me vigilaba con cuidado, y me preguntaba si eso era porque mi padre temía que yo también pudiera escapar. Pero mientras Rexford tenía los medios para vivir independientemente, yo dependía por completo de mi padre.

Cuando desperté esa mañana, la angustia me envolvía como una nube. Todo mi mundo estaba llegando a su fin. Mi padre me había informado que había hecho los arreglos para mi compromiso con el Marqués de Heddington, lo que significaba que al final de la temporada, sería prisionera de otro hombre viejo y, si se creía en los rumores, cruel.

Pero después de una breve conversación con Lily, tuve un rayo de esperanza. Ella me ayudó a vestirme, e informé al personal que iría a Bond Street en busca de unos guantes nuevos que necesitaba urgentemente para el baile de esta noche. Mientras el carruaje de mi padre esperaba fuera de la tienda, Lily me escoltó por la puerta trasera hasta otro carruaje que aguardaba. No pregunté cómo había logrado semejante hazaña. Realmente no me importaba. Todo lo que

necesitaba saber era que el carruaje me llevaría a mi hermano, quien de alguna manera organizaría mi libertad.

Mi sonrisa era temblorosa cuando saludé al señor Clarence y le seguí al interior del club. En su momento, él había sido el administrador de mi padre, pero se marchó con Rexford y ahora ayudaba a mi hermano a gestionar el King's.

Me sentía abrumada por la enormidad de mis acciones y no presté atención al aspecto del club. Me condujo por lo que supuse era un pasillo de servicio y subimos por unas escaleras. Cuando emergimos a lo que claramente era la sala de billar, me sentí aliviada al ver que la estancia estaba casi vacía. Las paredes eran de un color verde oscuro con acentos de madera de caoba. Cuatro mesas de billar ocupaban la sala, una en cada esquina, pero a esta hora, solo un grupo de hombres estaba jugando.

Mantuve la mirada desviada y seguí al señor Clarence hasta un segundo tramo de escaleras. Algún instinto me hizo girarme para mirar a los tres hombres en la esquina más alejada de la sala que reían entre ellos. Supe sin que me lo dijeran que eran Leyendas. Solo los amigos más cercanos de mi hermano estarían aquí cuando el club estuviera cerrado al público.

Rexford y sus amigos eran conocidos en todas partes como los Legendarios Lores de la alta sociedad. Sabiendo que Rexford era mi hermano, muchas jóvenes intentaban entablar amistad conmigo, con la esperanza de que pudiera compartir algún jugoso detalle de cotilleo. Aunque no podía ofrecer ninguna historia, ciertamente había escuchado mi buena parte de rumores desde que llegué a la ciudad.

Uno de los hombres se volvió, y reconocí la evaluación en sus ojos cuando me divisó. Era muy agradable a la vista, y podía imaginar a muchas mujeres cayendo rendidas para ganarse su atención. Poseía rasgos clásicamente apuestos y cabello rubio. Incluso desde esta distancia, podía darme cuenta de que él conocía el efecto que causaba en las mujeres.

Me di la vuelta y comencé a subir las escaleras. Pero alguna fuerza invisible hizo que mirara por encima del hombro. Mi mirada chocó con la de uno de los otros dos hombres, y me quedé paralizada. Nada existía excepto el hombre alto de cabello oscuro.

Por alguna razón, mi corazón comenzó a latir con fuerza. Eso no había sucedido cuando mi padre me dijo que me casaría con Lord Heddington, quien había sido durante mucho tiempo amigo personal suyo. Tampoco había ocurrido cuando mi padre organizó que su médico me examinara ayer por la noche para asegurarse de que aún conservaba mi doncellez.

La situación había sido horrible, pero no me sorprendió. Mi padre siempre me había tratado como nada más que un reluciente adorno para exhibir ante los demás. Dudo que me considerara una persona con emociones. Sabe el cielo que había hecho de su vida una misión para erradicar cualquier signo de obstinación en mí.

Afortunadamente, el examen del médico había sido rápido y superficial. Lily estuvo presente, por supuesto, de pie junto a mi hombro y vigilando al hombre como un halcón para asegurarse de que no se tomara libertades indecorosas. Simplemente cerré los ojos y fingí estar en otro lugar. Una vida bajo la tutela de mi padre me había enseñado a nunca revelar un signo de debilidad.

Pero algo en la forma en que este desconocido me miraba me hacía sentir como si estuviera viendo en lo más profundo de mi alma. Me desconcertaba.

El hechizo se rompió cuando el señor Clarence murmuró:

—Está esperando.

Me alejé con reticencia y le seguí escaleras arriba hasta el despacho de mi hermano. El señor Clarence abrió la puerta después de llamar una vez, y yo le precedí al entrar en la habitación.

Rexford se levantó de su asiento detrás del escritorio. No le había visto desde que escapó del control de mi padre hace cinco años. Yo tenía trece años entonces y él veintitrés. Ya no era el joven malhumorado que había sido en aquel entonces. Un innegable aire de confianza le rodeaba. Rexford abrió los brazos, y me apresuré a abrazarle. Cuando me estrechó contra su pecho, respiré su aroma.

Era el propietario del King's y el indiscutible líder de los Legendarios Lores. Había escuchado tantos rumores sobre él en el poco tiempo que llevaba en Londres. Muchos le consideraban perverso, pero seguía siendo mi hermano, y sus acciones demostraban que aún se preocupaba por mí.

Me soltó y me miró fijamente. —Esperaba no verte nunca aquí.

La emoción me atenazó la garganta y tuve que contenerla. —Pero no estás sorprendido.

—No. —Deslizó un dedo por mi mejilla—. Ahora eres toda una mujer. Tenías solo trece años la última vez que te vi.

—Gracias por enviarme a Lily —dije—. Si no fuera por ella... —Intenté no pensar en el indecible futuro que me esperaba esta mañana.

Rexford negó con la cabeza. —Todo fue obra de Clarence. Como administrador de Padre, Clarence conocía íntimamente sus costumbres. Me explicó que necesitábamos al menos a un miembro del personal de Padre que pudiera permanecer a tu lado y ofrecerte ayuda si surgía la necesidad.

Me giré para agradecer al hombre mayor, pero me di cuenta de que Rexford y yo estábamos solos. Tendría que agradecérselo más tarde.

Rexford me condujo a un conjunto de sillones de cuero dispuestos alrededor de una mesa pequeña. Seis sillas para las seis Leyendas. Me encontré preguntándome por las muchas discusiones que debieron haber tenido lugar entre ellos en este espacio. Quizás planearon cómo escandalizar mejor a la sociedad, o cómo convertir el club de mi hermano en el único lugar de todo Londres al que los hombres estaban ansiosos por pertenecer.

Esperó a que me sentara antes de acomodarse en una silla junto a mí. —Cuéntame qué ha pasado.

—¿No lo sabes? —De alguna manera, eso me sorprendió.

Negó con la cabeza. —Lily estaba allí para protegerte, no para actuar como espía. Ella y Clarence se reúnen periódicamente para asegurarnos de que estés bien. Sé que han discutido sobre la mejor manera de ayudarte a escapar del control de Padre si surgiera la necesidad. Pero no es como si ella me transmitiera todo lo que piensas o haces. —Extendió la mano para apretar la mía antes de soltarla de nuevo—. Temía que Padre te hubiera envenenado contra mí. Que yo fuera la última persona a la que acudirías incluso si estuvieras desesperadamente necesitada de ayuda.

No se equivocaba. —Padre lo intentó —dije—. Me contó todo tipo de cosas horribles sobre cómo nos habías abandonado y ya no te importábamos. Pero tú siempre fuiste amable conmigo, aunque fueras mucho mayor. Y aquella última noche antes de que te fueras, me dijiste que siempre podría acudir a ti. Me negué a creer que hubieras cambiado tanto.

—Lo recordaste. Odié dejarte allí. —Su voz era baja, suave.

Me pregunté si alguien aparte de mí habría visto alguna vez este lado suyo.

Asentí. —Lo hice. Pero no temas, Padre nunca fue cruel conmigo. No creo que me considere una persona real. Era una muñeca que le gustaba exhibir de vez en cuando. Pero nunca fue malo.

—¿Qué ha pasado? —Inclinó la cabeza.

—Quiere que me case con Lord Heddington.

Rexford soltó un juramento, y no pude contener mi sonrisa divertida. Estaba completamente de acuerdo.

—El hombre es tan viejo como Padre y mucho más lascivo.

Algo en el tono de mi hermano me provocó un escalofrío de terror por la espalda. Sabía que los hombres podían ser crueles con las mujeres, pero la idea de estar unida en matrimonio a alguien así me horrorizaba. No quería pensar en cómo sería tener los hijos de ese hombre.

—¿Qué pasará ahora? ¿Me llevarás lejos? No quiero casarme con Heddington, pero ambos sabemos que Padre nunca me permitiría ir en contra de sus deseos.

Rexford se recostó en su silla y miró a lo lejos, con los brazos cruzados. Casi podía oírle pensar, repasando escenarios mientras intentaba descubrir la mejor manera de ayudarme.

—Estoy más que dispuesta a marcharme. Podría esconderme en un pueblo y fingir ser una joven viuda. O quizás podamos decir que mi marido está en el ejército y sirviendo en el continente.

Rexford negó con la cabeza. —Lo odiarías.

Me encogí de hombros. —No sería horrible. Ciertamente no muy diferente de estar escondida en la casa de Padre la mayor parte del tiempo. Él solo me exhibía en ocasiones.

—Este año has entrado en sociedad.

—Sí, esa fue la ocasión. Y muchos hombres estaban interesados en cortejarme. No me sentía atraída por nadie en particular, pero que Padre eligiera a Heddington sin ni siquiera un ápice de consideración por lo que yo quería... —Suspiré—. No debería haberme sorprendido, pero lo hice.

—Es lo que más le beneficia —dijo Rexford—. El marqués es un hombre poderoso. Es rico y tiene una voz en el parlamento que muchos escuchan. Y ambos sabemos que el único propósito de Padre en la vida es ser el hombre más poderoso de Inglaterra. Elige a sus aliados con sumo cuidado.

—Y no tiene escrúpulos en sacrificar a su hija.

—O a su hijo —añadió Rexford—. Pero yo me escapé, y ahora tú también lo has hecho.

—Padre no estará contento cuando regrese a casa y descubra que no estoy allí. ¿Crees que vendrá aquí?

Rexford sonrió. —Oh, definitivamente me hará una visita, pero no de inmediato. Cuando llegue, tú ya estarás escondida.

El destello en sus ojos me indicó que había decidido un plan de acción. Coloqué una mano en su brazo. —¿Adónde voy a ir?

Él puso su mano sobre la mía. —Sé sincera conmigo, Victoria. ¿Simplemente quieres esconderte de Padre? Te buscará por toda Inglaterra hasta encontrarte. Pero quizás puedas convencerle de que abandone por completo sus planes.

Había venido aquí pensando que quizás mi hermano podría ocultarme. Nunca había considerado otra opción. Si podía hacer que abandonara sus planes para casarme con Heddington, quería hacerlo.

—¿Es eso posible? No puedo imaginar algo que le haga cambiar de opinión.

Rexford me examinó detenidamente mientras hablaba. —Te abandonaría por completo si fueras deshonrada.

Mi boca se abrió de golpe. —¿Deshonrada? —El humillante examen de ayer había ilustrado cuánto valoraba Padre mi pureza—. Padre estaría furioso.

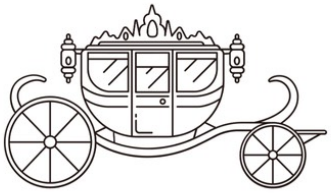
—Sí —la sonrisa de Rexford contenía un deje de cruel satisfacción.

Tenía que admitir que podía entender la emoción. Padre no se preocupaba por ninguno de nosotros. Solo le importaba lo que podíamos hacer por él. Éramos extensiones de su todopoderoso poder. Había perdido el control sobre su heredero, lo que le había llevado a apretar su control sobre mí.

Pero si yo fuera deshonrada... Mis pensamientos fueron inmediatamente hacia el hombre de hombros anchos y pelo oscuro que estaba abajo y que había captado mi atención.

—¿Qué tengo que hacer?

CAPÍTULO TRES



Moreland

A PESAR de mi estado distraído, conseguí ganar la partida. Fue una hazaña fácil, ya que Fairfax era terrible en el billar. Se le daban mucho mejor las cartas, lo que significaba que nos intercambiábamos las ganancias. Eso me parecía bien. Estaba allí por la camaradería, no para arruinar a mis amigos.

Clarence se unió a nosotros poco después de que terminara la partida. La hermana de Rexford no le acompañaba.

—Su Señoría solicita vuestra presencia arriba.

Los tres debimos presentar una imagen cómica, por la forma en que nos quedamos allí durante unos momentos mirándonos fijamente. Claramente, ninguno tenía idea de lo que estaba sucediendo.

—¿Vendrán Clifton y Greyson?

—Creo que están en una de las salas traseras. Voy ahora mismo a informarles —Clarence inclinó la cabeza y luego se dio la vuelta para hacer precisamente eso.

Los Condes de Clifton y Greyson eran los otros miembros de los Legendarios. Éramos seis en total: Rexford, yo, Fairfax, Kendrick, Clifton y Greyson. Si quería hablar con todos nosotros, se trataba de una reunión formal.

¿Qué podía ser tan importante sobre la hermana de Rexford que exigiera una reunión de las Leyendas? Quizás fuera solo una coincidencia.

Fairfax me dio un codazo en el hombro. —¿Estás preocupado porque no vas a seguir quitándome más dinero hoy? ¿O sigues pensando en cierta dama?

—Recuerda que estás hablando de la hermana de Rexford —dijo Kendrick.

La sonrisa de Fairfax se tornó seria. Todos sabíamos que ella estaría fuera de nuestro alcance.

Mientras subíamos las escaleras, no pude reprimir mi anticipación ante la idea de verla de nuevo. Ni siquiera sabía su nombre. Fairfax

llamó a la puerta, y entramos al recibir la confirmación de Rexford.

Examiné la habitación, pero su hermana no estaba allí. Por supuesto que no. ¿Por qué tendría que reunirse con nosotros? Aun así, no había salido por el mismo camino por el que había llegado. O había salido por la entrada trasera, o estaba en una de las habitaciones de Rexford. Toda la planta superior estaba dedicada al despacho de Rexford y sus aposentos privados. King's era su club, después de todo.

Rexford no habló, pero se dirigió al aparador para servirnos una medida de brandy. Ya había seis copas dispuestas.

Clifton y Greyson entraron entonces. Sus cejas levantadas y la forma en que nos estudiaban indicaban claramente que ellos tampoco tenían idea de por qué se había convocado la reunión. Y como no habían visto llegar a Clarence con la hermana de Rexford, estaban completamente a oscuras.

Cada uno cogió una copa del aparador y nos dirigimos a nuestros sillones habituales.

—Esto es inesperado —dijo Greyson—. ¿Ha ocurrido algo de lo que debería estar al tanto?

Rexford apuró su copa de un trago y, con exagerado cuidado, la colocó sobre la mesa baja alrededor de la cual estaban reunidos los sillones. Crucé la mirada con Fairfax. El aire de la habitación había adquirido una carga eléctrica, y no podía evitar pensar que algo trascendental estaba a punto de ocurrir. Al examinar a los demás, pude notar que ellos también lo sentían.

—He recibido la visita de mi hermana, que cumplió dieciocho años justo antes del comienzo de la temporada.

—Me sorprende que Sherbourne la haya dejado fuera de su vista —dijo Clifton.

Rexford cruzó los brazos sobre el pecho y se reclinó en su sillón. —No lo hizo, pero algunos miembros de su casa me son leales. Uno de ellos ayudó a Victoria a escapar de las garras de mi padre.

Victoria. La belleza tenía un nombre, y maldita sea si no la hacía aún más intrigante.

—El duque estará disgustado —continuó Clifton—. Supongo que esto tiene que ver con sus planes para casarla.

Rexford asintió. —Le dijeron anoche que él ha arreglado casarla con Heddington. Se supone que la boda tendrá lugar al final de la temporada.

—Joder —apuré mi copa.

—En efecto —dijo Rexford.

Kendrick se inclinó hacia adelante. —Tu padre no puede conocer su reputación. Seguramente no querría que su hija se casara con alguien con tales inclinaciones.

Fairfax asintió. —¿Y qué hay de ese asunto de su esposa supuestamente saltando a su muerte porque estaba desconsolada por no tener hijos?

—Subestimas a mi padre —dijo Rexford—. Lo único que le importa es el poder y el dinero, y Heddington tiene ambos. No tendría ningún reparo en usar a Victoria para cimentar su amistad con ese hombre.

Fairfax gruñó suavemente con consternación. —Sabía que tu padre era inescrupuloso, pero no pensaba que fuera malvado.

—¿Se esconde en tus habitaciones? —El miedo recorrió mis venas ante la idea—. Seguramente tu padre vendrá aquí cuando descubra su ausencia. Como aún no es mayor de edad, tendrá derecho a sacarla del lugar.

La mirada de Rexford se centró en mí. Tenía los mismos ojos que su hermana, pero los de ella estaban más separados. No me había dado cuenta cuando ella me había atrapado en la profundidad de su mirada antes, pero los de Rexford eran del mismo azul antinatural. Me pregunté si habrían heredado ese rasgo de su madre, quien según todos había sido una belleza. Habiendo visto a Victoria, aunque solo fuera por un momento, ciertamente podía creerlo. La idea del Marqués de Heddington tocándola me hizo apretar los puños, y tuve que forzarme a relajarme.

—Sherbourne enviará a sus hombres aquí, sí. Intentarán llevársela por la fuerza.

—Así que no está aquí —dijo Clifton.

—Se marchará en breve.

Sentí cierto alivio. La idea de que alguien pudiera entregar a su hija a un hombre como Heddington era inconcebible.

—Pero no podré esconderla para siempre. Todavía le faltan tres años para alcanzar la mayoría de edad. Hasta que cumpla veintiún años, si mi padre la encuentra, estará en su derecho de obligarla a casarse con quien él elija. Nadie podría impedírselo.

—¿La esconderás en el campo? —Eso tenía sentido para mí. Pronto, estaría en un carruaje, transportada lejos de Londres por algunos de los hombres de Rexford. Los más confiables, esperaba, porque si Rexford tenía hombres al servicio de su padre, no me sorprendería que también ocurriera lo contrario.

—Estoy buscando voluntarios —dijo Rexford.

—Yo la ayudaré a escapar. Y me aseguraré de que esté bien escondida. —No me di cuenta de que me ofrecería hasta que las palabras salieron de mi boca, pero odiaba la idea de que la hermana de Rexford fuera obligada a casarse con Heddington. Si podía ayudarla a escapar, entonces sabría que estaría a salvo.

—No has oído lo que tengo en mente.

—Estás pidiendo voluntarios para ayudarla a escapar de Londres. Todos hemos oído historias sobre Heddington. Estoy seguro de que todos aquí harían lo mismo.

Había una extraña expresión en el rostro de Rexford.

Un tenso silencio llenó la habitación, luego Fairfax habló. —¿Qué otra cosa podrías tener en mente?

Rexford juntó las yemas de los dedos a la altura de su cintura, posando su mirada en cada uno de nosotros por turnos. —La única forma de mantenerla a salvo, de asegurarme de que ya no sea útil para mi padre, es arruinarla.

El silencio se apoderó de nosotros, y supuse que los demás estaban tan conmocionados como yo. ¿Estaba diciendo Rexford que quería que uno de nosotros comprometiera a su hermana y luego la abandonara?

Fairfax se aclaró la garganta. —Con gusto me sacrificaré por la causa. —Le di un puñetazo en el hombro, y él soltó un suave gruñido—. ¿Qué? Ha pedido voluntarios.

Rexford me miró. —¿Sigues dispuesto a ayudar, Moreland?

Rexford me conocía lo suficiente como para saber que yo siempre acudiría en ayuda de un amigo. Pero el asunto concerniente

a su hermana era más que un poco inquietante. Me convertiría en el objetivo de un duque muy poderoso, que haría todo lo que estuviera en su poder para destruirme. A pesar de mi certeza de que la situación se volvería mucho más complicada que la simple solución que Rexford presentaba, no podía soportar la idea de que cualquier otro se acercara a su hermana.

Asentí. —Estoy a tu servicio.

La mirada de Rexford permaneció fija en mí. —Si el resto podéis darnos unos minutos.

Los otros hombres se pusieron de pie. Nadie habló, pero cada uno a su turno me apretó el hombro, comunicando su apoyo tácito, antes de salir de la habitación.

Los ojos de Rexford permanecieron fijos en mí todo el tiempo. Cuando la puerta se cerró, finalmente habló. —No tienes que hacer esto. Si tienes alguna duda, lo entenderé.

Aunque estuviera inclinado a hacerlo, no cambiaría de opinión. Le debía a Rexford —a todos los Legends, en realidad— todo. Él lo sabía, y yo respetaba el hecho de que no quisiera obligarme.

Pero lo que él no sabía era que algo intangible había ocurrido abajo cuando su hermana y yo cruzamos miradas. No era lo bastante ingenuo como para creer en el destino, pero no podía quitarme la sensación de que necesitaba cuidar de ella. El hecho de que fuera la hermana de Rexford —y que él claramente se preocupara por ella— me daría la excusa que necesitaba para ofrecerle mi protección.

—Estoy seguro. Pero ¿qué tienes exactamente en mente? Y más importante aún, ¿qué opina tu hermana de todo esto?

Asintió. —Me impresiona que te preocupes por ello.

No pude evitar sentirme ofendido. Por supuesto que me preocupaba. Puede que disfrutara de los placeres de la cama y nunca durmiera con la misma mujer más de una vez, pero jamás forzaba mi atención sobre nadie que no la deseara. Venían a mi lecho por voluntad propia.

—¿Cómo te imaginas que se desarrollará esta ruina? —No podía imaginar que Rexford me estuviera dando vía libre para acostarme

con su hermana. ¿Y después qué pasaría? ¿Se esperaría que se lo contara a todo el mundo?

—Victoria ha accedido a convertirse en tu amante. Le pondrás una casa; ya tengo la propiedad perfecta. Y por supuesto, tendrás que visitarla de vez en cuando.

—Por supuesto. —De alguna manera, mantuve un tono ecuánime, pero mis palmas empezaron a sudar. Nunca había mantenido a una amante. La situación actual de Kendrick con su amante era prueba de que tal circunstancia era el caldo de cultivo perfecto para complicaciones indeseadas. Pero la idea de pasar tiempo con la hermosa joven que me había cautivado tan fácilmente con solo una mirada me hacía más que dispuesto a lanzarme de cabeza.

Con suerte, unas cuantas conversaciones con la hermana de Rexford serían suficientes para frenar cualquier fantasía absurda que ya hubiera imaginado. Normalmente pasaba tiempo con mujeres de mi edad o mayores. Cumpliría treinta en dos años. ¿Qué podría tener que decirle a una debutante?

Rexford continuó como si no hubiera notado que mis pensamientos estaban en pleno tumulto. —Me aseguraré de que los rumores lleguen a oídos de mi padre lo suficientemente pronto. Me culpará a mí, por supuesto, por atreverme a presentar su posesión más preciada a uno de mis degenerados compañeros.

—Por supuesto. Y tu padre estará furioso cuando se dé cuenta de que tu hermana ha sido deshonrada por un simple barón.

La sonrisa de Rexford reveló más que un atisbo de satisfacción. —Estoy deseando tener esa conversación cuando finalmente decida enfrentarse a mí.

Resoplé. Si Sherbourne pensaba que Rexford podía ser intimidado con una reprimenda verbal, claramente no conocía a su hijo.

—¿Crees que eso será suficiente para mantenerla a salvo?

Rexford me examinó durante lo que pareció una eternidad. Me costó todo lo que tenía no retorcerme en mi asiento.

—No necesito saber detalles sobre lo que ocurra entre vosotros dos. Mientras sea consensuado, no es asunto mío.

Asentí. No tenía sentido negar que deseaba acostarme con su hermana. Haría todo lo posible para evitar que eso sucediera, pero no era lo bastante necio como para prometer que no ocurriría. —¿Y qué ocurre ahora?

—Está esperando en mi salita. Pensé que vosotros dos deberíais hablar primero. Si después seguís de acuerdo, tendré un carruaje que os lleve a la casa donde la mantendrás. —Sonrió—. Está cerca de la casa de mi padre en Mayfair, una de mis propiedades en Grosvenor Square, lo suficientemente cerca para volver loco a Sherbourne.

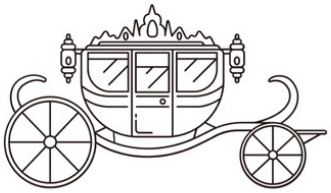
Un escalofrío de inquietud recorrió mi columna. —¿Estará segura allí?

—Dotaré la casa con sirvientes de confianza.

Conocía a Rexford desde nuestros días de colegiales en Eton. Siempre había sido ingenioso, pero aun así me asombraba que pudiera organizar semejante plan tan rápidamente.

Nos pusimos de pie, y le seguí desde su estudio. Con cada paso, y a pesar de mi buen juicio, la anticipación recorría mis venas.

CAPÍTULO CUATRO



Victoria

A MEDIDA que pasaban los minutos, me sentía cada vez más inquieta. Era difícil creer que pudiera estar más preocupada que cuando Padre me había dado la devastadora noticia sobre mi compromiso. Sabía que Rexford me cuidaría, me protegería. Pero ahora estaba sugiriendo una protección de otro tipo.

Rexford me había acompañado a su pequeña sala de estar, donde esperaba ver cómo se desarrollaría mi futuro. No debería haberme sorprendido descubrir que mi hermano vivía encima del King's. Pero estaba empezando a descubrir que era práctico además de ingenioso.

La habitación era más pequeña que su despacho y claramente el dominio de un hombre, con muebles de madera oscura y sillones de cuero. Imaginé que no recibía visitas allí. Rexford llevaría a cabo sus negocios en su despacho más grande. Me hundí en uno de los dos sillones e intenté calmar los latidos de mi corazón, pero ninguna cantidad de respiraciones profundas podía detener mis pensamientos acelerados.

¿Y si no quería aceptar la propuesta de mi hermano? Supuse que realmente no importaba quién me arruinara. El hermoso hombre rubio podría hacerlo con la misma facilidad. Un tercer hombre había estado con ellos, pero no podría decir qué aspecto tenía, porque no había sido capaz de apartar la mirada del hombre que había captado mi atención.

Ni siquiera sabía su nombre.

Un golpe enérgico en la puerta cerrada de la sala fue toda la notificación que recibí antes de que se abriera y Rexford entrara en la habitación. Se quedó allí por un momento, examinándome. Sin duda estaba buscando cualquier indicio de que hubiera cambiado de opinión. No lo encontraría.

Me puse de pie. —¿Qué ha dicho?

Rexford se hizo a un lado, y otro hombre entró en la habitación. Mi desconocido de pelo oscuro.

No parecía posible, pero mi corazón dio un vuelco. Seguramente tal reacción no era normal. Me habían presentado a muchos hombres durante el último mes, y nadie me había afectado como lo hacía este hombre.

Rexford se volvió hacia él. —Permíteme presentarte a mi hermana, Lady Victoria Wright. Victoria, este es mi buen amigo Moreland.

Moreland. Busqué en mi memoria el nombre y di con su título después de unos segundos. —Barón Moreland. Padre va a estar furioso.

Extendí mi mano, aliviada de que no temblara. Él la tomó y depositó un beso muy correcto a un centímetro por encima. Un escalofrío me recorrió. Llevaba guantes, pero él no. Algo en ver mi pequeña mano en la suya hizo que el calor se extendiera por mi cuerpo. No podía entender mi reacción, pero me salvé de la vergüenza de retirar bruscamente mi mano cuando él la soltó.

Juntó las manos tras la espalda. —Es un placer conocerla, Lady Victoria.

Cielo santo, su voz era como nada que hubiera escuchado antes: baja, profunda. Íntima. Hice una pequeña reverencia, incapaz de responder.

Mi hermano, por supuesto, notó mi estado. Tomó mis manos entre las suyas y me miró. —Si has cambiado de opinión, solo tienes que decirlo. Puedo hacer que alguien te saque de Londres dentro de...

—No —la exclamación salió antes de que terminara de hablar.

Las cejas de Rexford se alzaron en señal de interrogación.

Respiré hondo y recurrí a toda mi formación para mantener mi voz uniforme. —Tenías razón, por supuesto. Padre nunca dejará de buscarme si intentas esconderme. Debo hacerme completamente indeseable si quiero ganar mi libertad.

Rexford examinó mi rostro durante lo que pareció una eternidad. Finalmente, asintió y soltó mis manos. —Estarás segura aquí por ahora, pero Padre enviará a sus hombres tan pronto como descubra que has desaparecido. Tengo una casa que él aún no conoce. Os dejaré a solas para hablar mientras hago más preparativos.

Se volvió hacia Moreland, y algo tácito pasó entre ellos. Luego, con un asentimiento, salió de la habitación. Y cerró la puerta.

Era la primera vez que me quedaba a solas con un hombre con el que no estaba emparentada. Padre ni siquiera confiaba en los lacayos. Una doncella me seguía por toda la casa cuando no estaba en mi habitación.

Moreland me observaba detenidamente, y no pude evitar preguntarme si esperaba que cambiara de opinión y saliera corriendo tras mi hermano. O quizá esperaba que me desmayara. Si era así, pronto aprendería que no era tan frágil. Había sobrevivido a todo tipo de críticas de mi padre sin inmutarme. Ciertamente podía mantener una conversación con un hombre.

Un hombre que va a arruinarte.

Ese pensamiento debería haberme causado al menos un indicio de alarma, pero finalmente tenía mis emociones bajo control. Me senté en uno de los sillones y observé mientras él tomaba el otro.

Agarró los brazos del sillón y me miró a los ojos. —Humilde barón presentándose a su servicio, mi lady.

Y así, sin más, mi ecuanimidad se desvaneció. —Oh no, no quería decir... es solo que usted es un barón, y mi padre... no quería ofenderle.

Me detuve abruptamente cuando una sonrisa se extendió por su rostro. Me estaba tomando el pelo. Cielo santo, este hombre era peligroso cuando sonreía.

Aparté la mirada por un momento mientras intentaba recuperar la compostura. —¿Qué te contó mi hermano?

Me explicó los hechos que le había compartido a Rexford, y luego sus siguientes palabras hicieron que mis entrañas se revolvieran. —Se me ha concedido el privilegio de arruinarte.

Me quedé paralizada, sin saber cómo responder a semejante declaración. Sin duda, el acto sería similar a lo que ocurre entre marido y mujer en su noche de bodas. Al menos no tendría que sufrir las atenciones de Lord Heddington en ese aspecto. Toda una vida de formación en etiqueta sobre cómo comportarme adecuadamente en cualquier situación me había dejado mal preparada para lidiar con esta.

—Me alegra que fueras receptivo a la idea.

Moreland se encogió de hombros. —Le debo a tu hermano más de lo que jamás podría pagar.

Su respuesta me pareció la más cruel de las humillaciones. No sabía por qué exactamente, pero me molestaba que hiciera esto como un favor a mi hermano. Como si esa pudiera ser la única razón por la que hablaría conmigo. ¿Habría malinterpretado aquel momento que compartimos abajo cuando nuestras miradas se cruzaron? ¿Podría haber sido algo unilateral?

Quizás debería haber elegido al hombre rubio. Claramente había mostrado interés, y quién sabe, tal vez habría hecho la situación más agradable de lo que estaba resultando. —Espero que no sea demasiado sacrificio pasar tiempo en mi compañía.

Las palabras salieron más cortantes de lo que pretendía, y por cómo se ensancharon los ojos de Moreland, supe que le había sorprendido. Bien. Si pensaba que estaba tratando con un ratoncillo asustado, estaba equivocado. Sí, me había visto obligada a obedecer a mi padre, pero había desarrollado una gran fortaleza por ello. De lo contrario, mi propio sentido de identidad habría desaparecido bajo su gobierno inflexible. ¿Acaso alguien dócil y tímido habría considerado escapar como lo hice yo?

Enderecé los hombros y mantuve su mirada. —Está claro que tú eres el mayor aquí —puse un énfasis exagerado en la palabra "mayor", aunque dudaba que este hombre llegara a los treinta años.

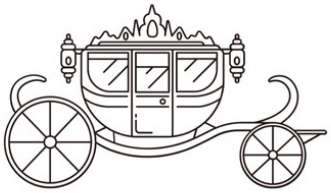
Claramente le había divertido. Una comisura de su boca se elevó, pero me permitió continuar. Mi opinión sobre él mejoró. Normalmente, a los hombres les encanta interrumpir para explicar las cosas, suponiendo que no tengo más conocimiento que el de cómo vestirme y sonreír. Pero en este caso, necesitaba su orientación.

—Estoy segura de que has tenido amantes antes y probablemente has arruinado a todo tipo de mujeres, así que me remitiré a tu experiencia.

Su sonrisa se esfumó. —Como dije antes, le debo a tu hermano más de lo que puedas imaginar. Así que, sí, nuestro acuerdo será conocido, y todos llegarán a pensar que eres mi amante. Pero no

tengo intención de arruinarte realmente. Visitaré la casa que tu hermano ha dispuesto para ti, y pasaré allí el tiempo adecuado. Pero no habrá ninguna *ruina* real.

CAPÍTULO CINCO



VICTORIA SE TENSÓ. —Supongo que debería agradecerle su consideración.

Maldita sea. Esperaba que la hermana de Rexford se sintiera tranquilizada al saber que pretendía comportarme con honor. Pero en su lugar, pareció ofenderse.

Mis puños se cerraron sobre los brazos del sillón. Este arreglo iba a ser más difícil de lo que pensaba. Estaba decidido a cumplir la promesa que le hice a Rexford de mantener a su hermana a salvo, y eso incluía mantenerla a salvo de mí.

Era evidente que se preocupaba por ella. Había arriesgado mucho al romper con la influencia de su padre, pero Sherbourne se contentaba con esperar. Al fin y al cabo, Rexford era su heredero. Esperaría que su hijo volviera al redil en algún momento. Pero llevarse a Victoria era otro asunto completamente distinto. Sherbourne movería cielo y tierra para recuperarla, y Rexford sentiría la presión. No dudaba que Rexford pudiera resistir cualquier presión que su padre ejerciera, pero me negaba a aumentar sus preocupaciones deshonrando a su hermana.

—A pesar de lo que hayas podido oír —dije—, no todos somos réprobos sin honor incapaces de controlarnos.

—Nunca pensé que lo fuerais.

Apartó la mirada y no pude saber si decía la verdad. Pero no importaba. Había crecido bajo el yugo de Sherbourne, así que estaba seguro de que sabía que incluso los hombres supuestamente honorables eran cualquier cosa menos eso.

—¿Deberíamos buscar a otra persona? —preguntó.

Fue mi turno de tensarme.

Pero antes de que pudiera hablar, continuó. —Quizás el caballero rubio de abajo estaría más dispuesto a asumir esta onerosa tarea.

—No —la negativa salió de mi boca antes de que pensara en moderar mi tono—. Rexford me dijo que me pediste a mí.

Volvió a encontrarse con mi mirada, y el atisbo de ira en sus ojos era inconfundible.

—¿Por qué yo? —pregunté.

No estoy seguro de lo que imaginaba que diría. Esperaba que se negara a responder o quizás diera una respuesta coqueta. Era como cualquier otra mujer habría respondido a mi pregunta, y el cielo sabe que había estado en compañía de muchas.

En cambio, dejó escapar un suave suspiro. —No lo sé. Pensé que compartimos un momento... —su voz se apagó, y se encogió de hombros—. No podía imaginarme intentando hacer esto con nadie más.

Sus palabras fueron un bálsamo para mi ego. No quería a Fairfax. No estaba seguro de si se podía confiar en mí con ese conocimiento, ya que el cielo sabía que encontraba tentadora a la hermana de Rexford. Pero calmó los celos que habían surgido en mi interior.

—Me esforzaré por ser digno de tu confianza —dije—. Sé que toda esta situación es difícil, y por lo que vale, admiro tu fuerza de voluntad.

Sonrió. No estaba seguro de cuándo fue la última vez que recibí tanta calidez genuina de una mujer. Estaba acostumbrado al coqueteo tímido. Pero por alguna razón desconocida, el hecho de que había provocado esta reacción en Victoria hizo que una chispa de felicidad se desplegara dentro de mí. Eso me hizo darme cuenta de que estaba en un aprieto mayor de lo que podría haber imaginado.

Sonó un breve golpe en la puerta, y luego se abrió. Rexford estaba en el umbral, su mirada captando cómo estábamos sentados en sillones separados, nuestros cuerpos inclinados el uno hacia el otro. Su expresión permaneció impasible, pero me di cuenta de que me estaba poniendo a prueba para ver si se podía confiar en mí a solas con su hermana.

No podía culparle por su cautela, y estaba decidido a ser digno de la confianza que había depositado en mí.

—El carruaje está listo —dijo—. Pensé que sería mejor si llegabais juntos en el carruaje de Moreland. Nadie creerá que Victoria es tu amante si me ven contigo.

Victoria se levantó, y yo hice lo mismo. Me dirigió una pequeña sonrisa, y yo incliné la cabeza en respuesta.

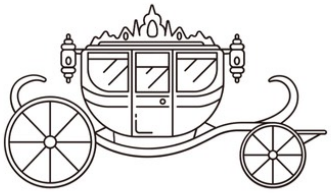
La situación me tenía con los nervios de punta. Nunca había mantenido a una amante, y parecía particularmente cruel que esta mujer fuera la primera. No podría tocarla a pesar de que cada parte de mí exigía que hiciera precisamente eso.

Tomó el brazo de Rexford, y yo los seguí por la escalera trasera hasta donde Rexford había montado sus caballerizas privadas. Siempre había disfrutado de sus comodidades, y en ese momento, finalmente entendí por qué había sido tan insistente en adquirir el arrendamiento de las caballerizas, a pesar de lo mucho que había costado. Le proporcionaba cierta privacidad frente a miradas indiscretas, lo que significaba que podía ir y venir a voluntad sin ser observado.

Ayudó a Victoria a subir al carruaje, luego se volvió hacia mí. —El cochero y el lacayo son míos, y algunos escoltas nos seguirán a distancia. Cualquiera que os observe creerá que el carruaje viaja solo. Pero si nuestro padre se ha enterado de la desaparición de Victoria, ya estará buscándola.

Asentí y le di una palmada en el hombro. —Ningún daño le ocurrirá.

CAPÍTULO SEIS



Victoria

LA PUERTA del carruaje se cerró, y Moreland y yo nos quedamos a solas. Se sentó frente a mí, su ancho pecho y hombros parecían ocupar todo el espacio del pequeño habitáculo. Su mirada era un peso físico mientras el tenso silencio se prolongaba.

Aparté la mirada, alisando con la mano el cuero oscuro del asiento. Junto con la madera de caoba oscura, hacía que el interior resultara cómodo y acogedor. Podía imaginarme estirándome a lo largo del asiento y durmiendo mientras me llevaba lejos de mis problemas.

Era tan diferente a lo que estaba acostumbrada. En lugar de madera rica, los carruajes de mi padre eran un homenaje al oro, y los asientos estaban cubiertos con tela azul real y cojines mullidos. Estaban diseñados para resultar ostentosos, y sabía que eso le hacía sentirse importante. Como duque, nadie cuestionaría su posición en la sociedad, pero él disfrutaba alardeando de lo que consideraba su superioridad.

El carruaje de Moreland era oscuro, mientras que el de mi padre era luminoso. Mi mirada se desplazó hacia las cortinas negras, y no pude evitar preguntarme cuán oscuro sería el interior si las cerrara, lo que, por supuesto, hacía que la presencia de Moreland fuera aún más abrumadora. Podría hacerme todo tipo de cosas ahora, y nadie lo sabría.

El pensamiento me mareó.

—Respire, Lady Victoria. Todo irá bien.

Encontré su mirada y pude ver la preocupación muy real que se reflejaba en ella. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que inhalé grandes bocanadas de aire, saboreando la forma en que hacía retroceder la oscuridad de los bordes de mi visión.

De todas las indignidades que había sufrido, ¿por qué esta me parecía tan insuperable? —Tengo miedo.

No me di cuenta de que había hablado en voz alta hasta que Moreland respondió con un suave: —Lo sé. Pero le prometo que la mantendremos a salvo. Solo recuéstese y cierre los ojos. Ningún mal le sobrevendrá mientras esté conmigo.

Por alguna razón, le creí. Me recosté contra los cojines —que eran sorprendentemente cómodos— y cerré los ojos. Algo en la presencia de Moreland me hacía sentir segura.

Rexford había accedido fácilmente cuando mencioné al hombre corpulento que había visto abajo. Su expresión no mostró ni un atisbo de duda de que se podía confiar en Moreland para llevar a cabo nuestro descabellado plan. Si Rexford confiaba en Moreland, entonces yo también podía hacerlo.

No estaba segura de cuánto tiempo permanecimos así. Ciertamente no el suficiente como para estar a salvo en las afueras de la ciudad, donde me imaginaba que los hombres normalmente mantenían a sus amantes. Pero el carruaje ya estaba reduciendo la velocidad cuando se me ocurrió un pensamiento horrible.

Abrí los ojos, me enderecé y me forcé a hacer la pregunta que no quería que respondiera. —Por favor, dígame que no tiene ya una amante. ¿Creerían los demás que tiene dos amantes?

Reconsideré la absurda pregunta que acababa de hacer. Por supuesto que lo creerían. Era uno de los Lores Legendarios, y sus hazañas eran bien conocidas. Nunca había prestado realmente atención a los detalles, ya que no quería arriesgarme a leer algo sobre mi hermano que no quería saber. Pero por alguna razón, odiaba la idea de que Moreland pudiera ir de visitarme a mí, su falsa amante, al lecho de otra mujer.

Fruncí el ceño ante la diversión en su expresión.

—Nunca he mantenido a una amante. Usted sería la primera.

La curiosidad, y una buena dosis de alivio, me invadieron. Quería preguntarle por qué, pero el carruaje ya se estaba deteniendo.

Moreland se inclinó hacia adelante. —¿Le dijo su hermano adónde íbamos?

Negué con la cabeza y miré por la ventana. No pude contener mi jadeo. —Estamos en Grosvenor Square. No puede ser donde Rexford espera que nos quedemos.

Podía imaginar la escena. Estábamos tan cerca de la gran casa de mi padre en Mayfair que podría irrumpir aquí a pie. ¿Cuánto tardaría? ¿Quizás cinco minutos? No es que mi padre se dignara a caminar. Haría que su carruaje hiciera el viaje. Pero quizás no el que tenía el escudo ducal grabado en la puerta. No querría anunciar su presencia. Querría arrebatarme antes de que alguien descubriera lo que estaba pasando. Luego me encerraría en mi habitación.

—Por favor, dígame que esto es solo una breve parada en nuestro camino hacia el destino real.

Un lacayo se colocó junto a la puerta, pero aún no la abrió.

Cerré los ojos y me obligué a respirar profundamente. —Grosvenor Square. Mi padre me tendrá de vuelta en casa al anochecer.

Moreland se inclinó hacia adelante y agarró mis manos. Abrí los ojos y miré fijamente los suyos, anclándome en la tranquila certeza que se reflejaba allí.

—La seguridad ya está instalada aquí —dijo—. Rexford ha apostado hombres dentro de la casa y fuera. Puede estar segura de que se puede confiar en todos los que ha empleado.

No pude contener mi risa. —Mi padre llenó su casa con personas en las que creía que podía confiar.

—Pero nunca contó con la astucia de Rexford.

Negué con la cabeza. —Mi hermano consiguió infiltrar a Lily en la fortaleza de mi padre.

Moreland me apretó las manos. —Eso no sucederá aquí. Rexford es demasiado inteligente para permitirlo. Recuerde, su padre está acostumbrado a que la gente haga lo que él quiere sin cuestionarle. Eso conduce a una negligencia que su hermano no posee.

Quería creer a Moreland. Me había entregado por completo a este plan, así que necesitaba confiar en que él y Rexford tenían la situación bajo control. Pero no estaba preparada para otra posible situación que no se me había ocurrido hasta ese momento. Bajé la voz. —Conozco a algunas personas que viven aquí. Si me ven bajando de este carruaje con usted...

Él se encogió de hombros, continuando con mis manos entre las suyas mientras miraba fijamente a mis ojos. —Esperemos que estén

mirando por las ventanas ahora mismo. Ese es el plan. Necesitamos arruinar su reputación.

Respiré hondo. Sí, ese era el plan. No esperaba que fuese tan público. Pero, ¿qué mejor manera de arruinarme que hacer que mi protector me instalase en una casa donde alguien conocido pudiera verme? Podía hacerlo. *Necesitaba* hacerlo, y estaba decidida a no tener miedo. Era la única forma de conseguir mi libertad. —¿Cómo debemos proceder?

Moreland soltó mis manos y se irguió. —Voy a salir primero, luego le ayudaré a bajar. Son solo unos pocos pasos hasta la casa, así que no estaremos fuera mucho tiempo. Me inclinaré y le susurraré algo. Usted debería reír o sonreír. Si alguien está observando, necesitarán creer que usted desea estar conmigo.

Asentí. —Creo que puedo conseguirlo.

No habría más ocultamientos, no más fingir que seguía encerrada a salvo en casa. Me puse una sonrisa en la cara, la misma que llevaba siempre que Padre me exhibía ante sus amigos. Cuando quería que interpretara el papel de la hija perfecta. Luego me incliné un poco más cerca y dejé que se mostrara un calor genuino. No sabría explicar por qué, pero confiaba en Moreland.

Él me devolvió la mirada, sin duda tratando de decidir si mi interpretación sería suficiente. Finalmente, con un asentimiento, alcanzó la manija de la puerta. Lo vi desbloquearla y descender. Cuando se volvió hacia mí, la sonrisa en su rostro hizo que mi corazón se detuviera, y luego se acelerara. Un destello de picardía iluminaba sus ojos, cierta cualidad juguetona.

Todo era una actuación, me dije a mí misma. Él estaba haciéndole un favor a Rexford.

Fue ridículamente fácil devolver esa sonrisa y poner mi mano en la suya para permitir que me ayudara a bajar. Él colocó mi brazo en su codo, y yo me incliné un poco más cerca de él, nuestros cuerpos casi tocándose mientras le sonreía.

Permanecimos así varios segundos, y a pesar de mi certeza de que se estaba demorando para aumentar la probabilidad de que alguien nos viera, no me importaba. Por primera vez en mi vida, me

intrigaba un hombre que me estaba prestando atención. Este era un juego al que estaba acostumbrada a jugar.

Se inclinó hacia mí. —Creo que nos están observando.

Me reí mirándolo, y con los labios apenas moviéndose, dije: —Deberíamos dar un buen espectáculo.

Él acarició mi barbilla con el pulgar de su mano libre, luego lo presionó contra mi labio inferior. Mi respiración se entrecortó. Nadie se había atrevido jamás a tocarme de esa manera, y me gustó más de lo que debería.

Nos dirigió hacia la casa, y cruzamos la corta distancia hasta la puerta principal, que ya estaba abierta. Tan pronto como entramos en la casa y el mayordomo cerró la puerta tras nosotros, Moreland soltó mi brazo y se apartó. Me sentí extrañamente privada de su cercanía y no pude evitar sentir que había perdido la posibilidad de algo que ni siquiera sabía que quería.

—Mi señora.

Me giré al sonido de la voz femenina para ver a Lily allí de pie, sonriendo.

—Estoy tan feliz de que haya llegado sana y salva.

No la había visto desde que me entregó al señor Clarence, y me sentí aliviada de que ella también estuviera a salvo. Le di un rápido abrazo. —Gracias. Me alegro tanto de que estés aquí.

Lily se estremeció. —No creo que sería bienvenida de nuevo en la casa de su padre.

No quería imaginar lo que Padre le haría a mi doncella si volviera a verla. Probablemente no la reconocería, pero otros de su personal sí. —Te debo mi vida.

Ella sonrió. Por primera vez, vi a una mujer y no solo a una sirvienta. Y tenía que admitir que sentía cierta vergüenza. Siempre me había caído bien Lily, pero la había mantenido a distancia, asumiendo que su lealtad era principalmente hacia mi padre.

Moreland se aclaró la garganta, y me giré para encontrarme con su mirada.

—Debería subir y acomodarse. —Se había esfumado el hombre cuya principal preocupación había sido aliviar mis inquietudes.

La nueva distancia en su comportamiento me entristeció. —¿Se marcha?

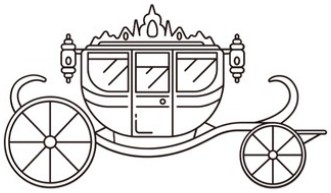
Negó con la cabeza. —Esperaré una hora. Hay que guardar las apariencias, después de todo. No puedo dejar a mi nueva amante y marcharme inmediatamente.

¿Por qué me resultaba tan difícil recordar que Moreland hacía esto por mi hermano y no porque quisiera pasar tiempo conmigo?

—Entiendo —dije mientras me giraba y seguía a Lily escaleras arriba.

No iba a sentirme decepcionada. Hoy era solo otro día en la vida de una mujer cuya existencia nunca había sido verdaderamente suya.

CAPÍTULO SIETE



Moreland

DECIR que pasé una noche inquieta tras regresar a mi residencia ni siquiera se acerca a la realidad. De alguna manera, en el transcurso de veinticuatro horas, había pasado de poder hacer lo que quisiera con quien yo deseara a ser un hombre que poseía una amante a la que no podía tocar. En el pasado, siempre que me encontraba sin rumbo, habría buscado consuelo en los brazos de una mujer dispuesta. Pero ahora que debía asegurarme de que el mundo entero creyera que mantenía como mi amante a la hija del Duque de Sherbourne, no podría encontrar consuelo en otra. Al menos, no tan pronto.

El hecho de que la única mujer a la que deseaba llevar a la cama fuera Victoria era algo que intentaba olvidar. Era la hermana de Rexford e intocable. Lo que estábamos haciendo era solo una charada, diseñada para mantenerla a salvo.

Me había despertado temprano y me había dirigido al establecimiento de Gentleman Jackson, donde actualmente intentaba desahogar mis frustraciones con mi desafortunado oponente. Sonó la campana que señalaba el final del combate, y bajé las manos, obligándome a dar un paso atrás. No estaba tan perdido como para apalear al hombre que había estado en el lado equivocado de mi irritación aquella mañana. Al menos era un tipo bastante robusto y se recuperaría rápidamente.

Incluso había logrado asestarme unos buenos golpes. Le estreché la mano y nos separamos. Solo había dado unos pocos pasos cuando vi que Kendrick me esperaba. Se colocó a mi lado y nos dirigimos hacia donde podría asearme.

—Nunca es buena señal cuando te encuentro aquí tan temprano —dijo.

Gruñí. No podía decir nada para rebatir ese hecho.

Kendrick bajó la voz cuando llegamos al vestuario. —Parece que te has unido al club de desafortunados que poseen una amante que no puede mantenerse fuera del *Chronicle*.

Mis pasos vacilaron. Me giré y dejé que mi mirada recorriera la habitación. Era normal que hubiera gente observando mientras participábamos en los combates, pero hoy, todos los ojos de la sala seguían mis movimientos. Me sorprendió lo mucho que me molestaban sus miradas de complicidad. Estaba acostumbrado a ser objeto de chismes y especulaciones, pero hoy su atención no era bienvenida. Me picaban las manos por borrar las sonrisas burlonas de sus rostros.

Me volví hacia Kendrick. —No me digas que Mirabelle sigue siendo tu amante. Pensaba que después del artículo de ayer, habrías terminado el acuerdo.

Resopló. —Por supuesto que lo hice. Por eso estoy despierto tan temprano. Acabo de comunicarle que tendrá que dejar la casa a finales de mes y buscar otro protector.

Alcé las cejas. —Estás siendo generoso.

—No soy un monstruo —dijo—. No voy a echar a una mujer a la calle, independientemente de su profesión. Estoy seguro de que encontrará a alguien bastante pronto. Pero no estamos aquí para hablar de mí.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, y sentí la necesidad de darme prisa. Me dirigí hacia donde mi ayuda de cámara me esperaba en una esquina apartada del vestuario y comencé el ritual de hacerme presentable de nuevo mientras Kendrick aguardaba. A mi ayuda de cámara no le gustaba especialmente venir aquí, pero se había resignado al hecho de que el pugilismo era un deporte que yo disfrutaba. También tenía el beneficio de reforzar mi reputación como alguien con quien no se juega. Mi ayuda de cámara realizó la tarea con una facilidad experimentada. Confiaba en él, pero no con los secretos de otra persona, así que no dije una palabra hasta que terminó de anudarme la corbata.

Tras despedirle, me volví hacia Kendrick. —¿Qué dice? ¿Tienes el periódico?

Negó con la cabeza. —No, aún no he visto el artículo. Mirabelle, de todas las personas, me lo contó, pero no tengo ni idea de cómo ya lo sabía.

Esto era malo. No esperaba que la noticia de nuestra relación se extendiera tan rápidamente. —¿Se mencionan nuestros nombres?

—No directamente, pero eres el único Leyenda cuyo nombre empieza por la letra M. Y la hija de un duque que iba a casarse con un marqués cuya primera esposa murió en circunstancias sospechosas. —Sus ojos se encontraron con los míos—. No pasará mucho tiempo antes de que todos se den cuenta de que están hablando de la hija de Sherbourne.

Asentí. —Eso es lo que queríamos.

—Sí, lo es. Pero creo que no hace falta que te diga que el duque seguramente ya está poniendo la ciudad patas arriba para encontrarla. Y te castigará por esto.

Eso ya lo sabía. Afortunadamente, no me asustaba el padre de Rexford. Podía intentar lo peor, y se sorprendería al descubrir que yo estaba bien protegido contra sus intentos de venganza.

Pero estaba preocupado por Victoria. —Necesito ir a la casa y asegurarme de que está bien.

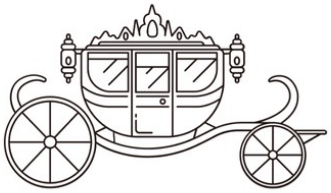
Kendrick arqueó una ceja. —¿De verdad crees que querrá saber algo de ella después de esto?

Me tocó a mí resoplar. —Puede que no la quiera de vuelta, pero eso no significa que no quiera castigarla. Podría encerrarla en una de sus casas de campo y esperar a que el escándalo se calme. Una vez que todos olviden y pasen al siguiente escándalo inevitable, podrá casarla con otra persona. Varios lores decrépitos que ya no frecuentan la ciudad podrían hacerle lo que quisieran en privado.

Kendrick se detuvo y me miró fijamente. —No había considerado eso.

Se me había ocurrido a mí, al igual que cualquier otra horrible cosa que el duque pudiera hacerle a su hija. Necesitaba verla de inmediato y asegurarme de que estuviera a salvo.

CAPÍTULO OCHO



Victoria

EL DÍA COMENZÓ como cualquier otro. Me percaté de que Lily se movía por mi alcoba, realizando sus tareas habituales antes de ayudarme a vestirme para el día. Permanecí en la cama escuchándola, encontrando consuelo en la familiaridad de nuestra rutina.

Vertió agua fresca en la jofaina del lavabo, luego se dirigió a mi tocador, donde abrió el cajón superior para sacar los cepillos y horquillas que usaría para recogerme el pelo. Cuando se movió hacia el armario para seleccionar una prenda, todo lo ocurrido ayer volvió de golpe a mi memoria.

Todas mis pertenencias seguían en casa de mi padre, pero Rexford había anticipado cada una de mis necesidades. O al menos, supuse que fue mi hermano quien había organizado el baúl lleno de vestidos y ropa interior que había llegado anoche.

Me quedé allí tumbada con los ojos cerrados, recordando cada detalle de la huida de ayer y esperando a que me invadiera el pánico. Había alterado completamente mi vida. Ya no era Lady Victoria Wright, hija del Duque de Sherbourne. Hoy era una mujer caída en desgracia, la amante de otro hombre.

Una sonrisa se extendió por mi rostro, invadiéndome un profundo alivio. Había pasado toda mi vida intentando hacer feliz a Padre, y cuando eso no parecía posible, intentaba mantenerme alejada de su camino. Pero nunca había tenido la oportunidad de descubrir quién era yo más allá de mi relación con él.

Me levanté de la cama y saludé a Lily, que esperaba pacientemente junto al tocador. Ella me devolvió la sonrisa. Hoy comenzaba mi nueva vida.

Después de vestirme, desayuné abajo en el comedor, algo que nunca hacía en casa. Normalmente, me llevaban un ligero refrigerio a mi dormitorio, ya que comía sola.

Padre solo pasaba tiempo conmigo cuando necesitaba algo, y normalmente era para informarme sobre lo que esperaba de mí

antes de una salida. Hoy, no habría visitas a Bond Street, ni a la biblioteca de préstamo para ver qué nuevas novelas podían estar en circulación. No habría visitas de conocidos. Las pocas mujeres que había empezado a considerar amigas me darían la espalda ahora, negándose a reconocer mi existencia.

Pero ese pensamiento no me molestaba realmente, porque haría nuevas amistades. Lily, por ejemplo. La discreta joven, que era solo unos años mayor que yo, siempre había sido reservada y correcta cuando servía como mi doncella. Pero ahora, liberada de las limitaciones de intentar parecer la perfecta doncella de la hija de un duque, parecía mucho más joven y ciertamente más libre con sus opiniones. Me gustaba bastante esta versión de Lily. La antigua Victoria Wright jamás habría pensado en considerar amiga a una sirvienta. Y aunque aún no estábamos en ese punto, sentía que íbamos en esa dirección.

Después del desayuno, me dirigí a la pequeña biblioteca en la parte trasera de la casa en busca de algo para leer y pasar el tiempo. Me instalé en el salón, diciéndome a mí misma que *no* estaba esperando la llegada de Moreland.

Era un tomo árido, pero servía para pasar el tiempo ya que no tenía nada más que hacer. Mis pinturas no estaban aquí, y no tenía nada con qué dibujar. No tenía preparativos que hacer para visitar amigos o asistir a ningún entretenimiento esa noche. El día se extendía ante mí, vacío de obligaciones y expectativas. Aunque sentía una punzada de culpabilidad por no ser productiva, una pequeña parte de mí disfrutaba del hecho de que era libre de ser tan egoísta con mi tiempo como quisiera.

Cuando oí girar una llave en la cerradura de la puerta principal, no pude evitar preocuparme pensando que Padre me hubiera encontrado de alguna manera. Contuve la respiración mientras se abría la puerta. Un lacayo había ido a interceptar a quien fuera.

Solté el aire cuando reconocí la voz de Moreland. Mi mirada se dirigió al reloj sobre la repisa de la chimenea. Eran solo las dos de la tarde. No se suponía que llegara hasta primera hora de la noche. Ese era el horario que habíamos acordado anoche. Él vendría y

pasaría unas horas aquí para mantener la apariencia de un hombre visitando a su amante.

Dejé el libro en la mesita auxiliar y me levanté, cruzando los brazos a la altura de la cintura. Cuando Moreland apareció en el umbral, la paz se apoderó de mí.

Pero esa sensación de calma se evaporó cuando vi la expresión de su rostro. —¿Ocurre algo?

Acortó la distancia entre nosotros. —Tengo noticias.

Mis entrañas se retorcieron. —Has cambiado de opinión —por supuesto que lo había hecho. Había venido para decirme que no quería continuar con nuestra farsa—. No os culpo. Mi padre es un hombre poderoso. Conozco muy bien el infierno que sufren quienes se enfrentan a él.

Cuando frunció el ceño, apreté firmemente los labios. Estaba divagando, algo que no había hecho en años, porque molestaba a Padre. Él había corregido ese nervioso hábito hacía años.

El silencio se prolongó durante varios segundos antes de que negara con la cabeza. —No, no he cambiado de opinión. Os di mi palabra.

Le había dado su palabra a mi hermano, pero ¿quién era yo para discutir sobre semántica? Especialmente cuando era yo quien más se beneficiaba del acuerdo.

Inclinó la cabeza hacia el diván. —Tome asiento, por favor.

Al parecer, mis modales habían huido. Ambos habíamos sido arrojados a esta insólita situación, pero eso no significaba que debiera abandonar todas las cortesías sociales.

—Por supuesto. Llamaré para pedir té...

—Siéntate, Victoria.

Me había llamado Victoria, no Lady Victoria. Si su objetivo era dejarme muda de asombro, funcionó. Me senté en el borde del diván y esperé a que se acomodara en uno de los dos sillones ubicados frente a mí. En cambio, se hundió en el diván a mi lado.

Había dejado espacio entre nosotros, pero nada de estar sentada tan cerca de un hombre soltero podría considerarse respetable; un hombre apuesto, lleno de vitalidad y por quien sentía una gran atracción. Una imagen apareció en mi mente que amenazó con

robarme el aliento. Moreland inclinándose hacia mí, cerrando ese espacio insignificante, y presionando su boca contra la mía.

—Te pido disculpas por angustiarte hace un momento.

La imagen se desvaneció y, durante un momento desorientador, no podía recordar a qué se refería. —Tu noticia —dije finalmente.

Su mirada no había abandonado la mía, y sentía como si estuviera intentando ver a través de mí.

—He sabido que la noticia de nuestro acuerdo ha llegado a las columnas de cotilleos.

Solté un jadeo. —¿En cuáles?

Frunció el ceño. —Me informaron de segunda mano. ¿Por qué?

Mi corazón latía aceleradamente. —Padre lee *The Mayfair Chronicle*.

—Por supuesto que lo hace. —Moreland puso los ojos en blanco.

Ambos sabíamos por qué Padre elegía leer la columna de cotilleos de ese periódico en particular. Odiaba que Rexford hubiera escapado de su control y estaba obsesionado con cualquier noticia relacionada con su hijo. *The Mayfair Chronicle* había mostrado un interés especial por Rexford, dando a su círculo de amigos el apodo por el cual ahora todos los conocían: Los Lores Legendarios de la alta sociedad.

Cada vez que Padre leía ese periódico, su humor empeoraba. Y como las noticias sobre sus hazañas eran casi un acontecimiento diario, siempre estaba de mal humor.

Estaría apopléjico de rabia cuando supiera que me mantenían como una de sus amantes. También significaba que la vida de Moreland podría estar en peligro. Ese inquietante pensamiento no se me había ocurrido hasta ese momento.

—Tenemos que parar esto. Debería haber aceptado la oferta de Rexford de esconderme en el campo.

Moreland negó con la cabeza. —Ya hemos hablado de esto. Ambos sabemos que tu padre podría justificar fácilmente tu repentina ausencia. Inventar una emergencia familiar mientras ponía Inglaterra patas arriba buscándote.

Cerré los ojos, pero no podía negar la verdad en las palabras de Moreland.

—Y cuando te encontrara, continuaría con sus planes sin inmutarse.

Después de que hubiera tenido tiempo para recuperarme de la paliza que sin duda me daría. Pero tendría cuidado de no marcar mi rostro o brazos. No querría dañar la propiedad que pretendía intercambiar por una poderosa alianza. Pero no tendría tales escrúpulos cuando se tratara de Moreland.

—Temo por tu seguridad.

Soltó una carcajada, y quise zarandearlo. ¿No podía ver que estaba en peligro?

—Victoria...

—No estás a salvo. Quizás pienses que lo estás porque Padre no ha hecho nada para lastimar a Rexford. Pero mi hermano es su heredero. Padre trabaja bajo la equivocada impresión de que aún puede someterlo. Pero tú... No tendría ningún reparo en hacer lo que fuera necesario para dañar al hombre que se atrevió a mancillar el honor de la familia.

Su rostro se suavizó. —¿No tu honor?

Esta vez fui yo quien se rio. —*Su* honor. No somos más que extensiones ambulantes de su apellido. Rexford tiene cierto margen porque es un hombre. A los hombres se les permite sembrar sus avenas, meterse en todo tipo de líos en su juventud, pero todo se perdona cuando desean volver al redil.

Moreland negó con la cabeza. —Rexford nunca volverá al redil.

—Tal vez no, pero se convertirá en el próximo Duque de Sherbourne. Y a nadie le importará lo que hizo antes de ese momento, ni después, para el caso. Tiene total impunidad. ¿Pero yo? —Con cada palabra, me convencía más de la futilidad de todo este ejercicio—. Padre te mandará matar por intentar arruinarme y frustrar sus planes.

—Puede intentarlo, pero soy un excelente tirador. Y puedo defenderme bien con una espada.

Esta vez, temí que mi risa contuviera más que un atisbo de histeria. —¿Cree que le retará a duelo? No, hay otras formas de acabar con la vida de un hombre —había leído más de unas cuantas novelas de horror, y en ese momento, podía recordar cada muerte

espantosa que había sufrido aquellos que habían deambulado por el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Victoria...

—No, debemos detener esto ahora. Todavía hay tiempo si nuestros nombres no fueron mencionados...

Mis protestas murieron cuando Moreland colocó sus manos en mis mejillas y físicamente me giró para mirarle. Permanecimos así durante lo que pareció una eternidad, sus manos acunando mi rostro y nuestros muslos presionados juntos.

Ya sabía que sus ojos eran de un gris claro —era imposible no notar un color tan poco común. Pero ahora podía ver que motas más oscuras se arremolinaban en ellos. Y mientras seguíamos mirándonos, pude ver cómo sus pupilas se dilataban. Si hubiera sido capaz de hablar, le habría preguntado por qué. Parecía algo tan extraño para fijarse, pero no podía evitar preguntarme si algo significativo estaba ocurriendo entre nosotros.

Seguramente estaba imaginándome cosas, pero el mismo aire que nos rodeaba parecía cargarse de tensión.

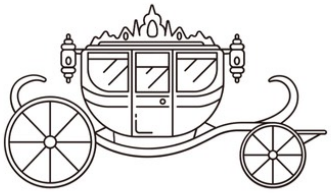
—Voy a cuidar de ti.

Un suave gemido se me escapó, y quise hundirme en el suelo. ¿Qué me pasaba?

Pero el sonido pareció provocar una extraña reacción en Moreland. Sus párpados se volvieron pesados, y su rostro se acercó más.

El fuerte golpe en la puerta principal nos hizo apartarnos precipitadamente.

CAPÍTULO NUEVE



Moreland

TEMIENDO que Sherbourne pudiera haber descubierto dónde se alojaba su hija, me levanté y me coloqué entre ella y la puerta principal. Ya estaba abriéndose, y no tuve tiempo de mandarla arriba.

Victoria también se levantó, pero permaneció detrás de mí. Rexford podía confiar en sus hombres aquí. El mismo guardia que había interceptado mi llegada se movía más allá de la puerta del salón para ver quién había venido. Me tensé, preparándome para unirme a él si Sherbourne hubiera enviado a sus hombres.

Rexford se detuvo en el umbral, observando la escena.

Victoria se asomó por detrás de mí y dejó escapar una suave risa. Pude oír el alivio en su voz cuando habló.

—Creo que ambos esperábamos que Padre hubiera descubierto dónde me alojo.

Rexford arqueó una ceja. —¿Es por eso que Moreland parece listo para despedazarme?

Me encogí de hombros. —Me pediste que la mantuviera a salvo.

—En efecto.

El tono seco de su voz me indicó que sospechaba que aquí estaba ocurriendo algo más de lo que yo estaba dispuesto a reconocer. Pero su oportuna interrupción me había devuelto algo de sensatez.

Rexford entró en la habitación, y yo aproveché la oportunidad para trasladarme a uno de los sillones. Esperamos a que Victoria se sentara antes de hacer lo mismo. Esta vez, Rexford se sentó junto a su hermana.

—Supongo que ambos os habéis enterado del artículo en *The Mayfair Chronicle*.

Victoria emitió un suave sonido de angustia. —Entonces Padre lo habrá visto. ¿Mencionaron mi nombre?

Rexford me miró. —¿Lo has visto?

Negué con la cabeza. —No. Pero Kendrick me lo contó.

Rexford se volvió hacia su hermana. —No se mencionaron nombres, por supuesto, pero se dieron suficientes detalles, así como las iniciales. No le llevará mucho tiempo al duque darse cuenta de que el artículo trata sobre ti y Moreland.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Victoria—. ¿Deberíamos escondernos?

Odiaba el pánico en sus ojos. Un instinto protector que me urgía a acercarla a mí, a hacer todo lo que estuviera en mi poder para consolarla, surgió en mi interior. Afortunadamente, estaba demasiado lejos para sucumbir. En su lugar, observé cómo buscaba la mano de su hermano.

—Creo que debemos continuar con el plan que discutiste con Rexford. Este artículo ha llegado antes de lo que esperábamos, pero juega a nuestro favor.

Victoria asintió, y pude ver cómo recurría a toda su formación para ser la esposa perfecta para otro duque o marqués. Sus hombros se enderezaron y respiró hondo, juntando las manos en su regazo.

Rexford frunció el ceño. —Si has cambiado de opinión...

Ella negó con la cabeza. —No, en absoluto. Esta es la única manera de evitar que Padre me entregue a Heddington. Cuando todo esto termine, puedo adoptar otro nombre, quizás fingir ser viuda, y retirarme a algún lugar en el campo.

—Contarás con nuestra protección —dije.

Rexford encontró mi mirada, y me di cuenta de que podía ver que no me mostraba indiferente ante esta situación.

—Sí, como dice Moreland, siempre estaremos aquí para protegerte.

Ella le sonrió a él, luego a mí, y el poder de su gratitud me afectó de una manera en la que me negaba a pensar.

Rexford se reclinó y cruzó los brazos sobre el pecho. —Así que tienes una opción. Puedes quedarte aquí y esperar, o podemos acelerar nuestro plan.

Las cejas de Victoria se juntaron. Rexford me miró, y yo asentí. Sabía exactamente lo que estaba pensando.

—Hay un baile —dije—. Se celebra mensualmente y...

—¿Un baile? —Victoria retrocedió como si la hubiera golpeado—. No puedo asistir a un baile. Todos los que conozco estarán allí.

Me incliné hacia delante, odiando la distancia que nos separaba. —No, me malinterpretas. Es un baile para miembros del demimonde. Algunos de los caballeros que conoces podrían estar allí, pero es un baile de máscaras. Incluso si te reconocen, no se acercarán a ti mientras yo esté a tu lado.

Ella asintió. —Pero hablarán de ello después. Las noticias se propagarán.

Esperé mientras consideraba mi sugerencia. No podía influir en su decisión final, pero quería llevar esto a cabo con ella. No sabría decir por qué, pero algo en Victoria, que acababa de debutar en sociedad, me afectaba más que cualquier otra mujer que hubiera conocido. No podía actuar movido por mi interés, por supuesto. Era la hermana de Rexford. Pero eso no significaba que quisiera ver a nadie más arruinarla.

—Podemos hacerlo —dije—. Te doy mi palabra de que nada inapropiado te ocurrirá. —No podía prometerle menos. No con su hermano sentado justo allí, observándome atentamente.

Victoria dejó escapar un suave suspiro. —Podría intentar esconderme, pero como me recordaste antes de que llegara Rexford, mi padre removería cielo y tierra para encontrarme. Y no puedo simplemente quedarme encerrada aquí. La gente necesita verme. Debo volverme completamente inadecuada como esposa para uno de los amigos de mi padre.

Encontré la mirada de Rexford, y pude notar que estaba pensando exactamente lo mismo que yo. Victoria nunca estaría realmente a salvo. Podría estar arruinada como esposa, pero si Sherbourne era tan despiadado como sugería su reputación, nada le impediría vender a su hija como amante. Incluso después de estar arruinada, siempre tendría que esconderse.

—Me ocuparé de los planes. —Rexford se puso de pie, dando claramente por terminada su visita.

Victoria y yo también nos levantamos.

Rexford tomó ambas manos de ella entre las suyas. —Concertaré que visites a una modista que pueda encargarse de que estés

adecuadamente vestida para el baile.

Imágenes inapropiadas cruzaron por mi mente. Yo era un asistente habitual a esos bailes, y normalmente las mujeres mostraban gran cantidad de piel. Sinceramente esperaba que el vestido de Victoria fuera de los más modestos.

Le ofrecí lo que esperaba fuera una sonrisa tranquilizadora. —Sé que Rexford velará por tu seguridad, pero me sentiría mejor si fuera contigo.

Victoria se cruzó de brazos. —¿Es seguro para mí quedarme aquí, tan cerca de la casa de mi padre?

—Me quedaré aquí hasta que te sientas más cómoda.

No sabía qué me había poseído para hacer esa oferta, pero su evidente alivio fue recompensa en sí mismo.

—Ya que el asunto está resuelto... —dijo Rexford, interrumpiendo el momento que pasaba entre su hermana y yo—. Acompáñame afuera, Moreland.

Algo avergonzado, le di a Victoria otro gesto tranquilizador y seguí a Rexford fuera de la casa. Dio exactamente tres pasos alejándose de la puerta principal, luego se volvió para mirarme.

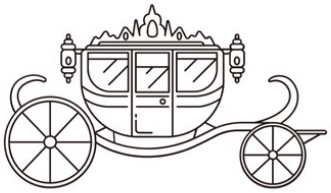
—No quiero saber detalles, pero si le haces daño, yo mismo te mataré.

Mi primer instinto fue asegurarle que nunca pasaría nada entre su hermana y yo, pero no pude obligarme a decir las palabras. Serían una mentira, después de todo. Había estado a solas con Victoria solo unos minutos, y casi la había besado.

Asentí. —Está a salvo conmigo.

Solo rezaba por poder cumplir mi palabra.

CAPÍTULO DIEZ



Victoria

UNA SENSACIÓN de pérdida se apoderó de mí cuando Moreland se marchó con mi hermano, algo que reconocí como absurdo. Moreland era leal a Rexford y siempre le elegiría a él antes que a mí. Después de todo, nos conocíamos desde hacía menos de un día. Pero no podía negar que había encontrado un gran consuelo en su promesa de cuidar de mí.

La forma en que me había mirado cuando estábamos sentados juntos, cómo se había inclinado hacia mí... Mi tonto capricho romántico me había llevado a creer que podría besarme. Pero ahora, lejos del magnetismo de su personalidad, me di cuenta de que había imaginado su interés. Moreland nunca haría nada que provocara la ira de mi hermano. Aun así, no podía ignorar el anhelo que me invadió cuando la puerta principal se cerró tras ellos.

Vacilé, sin saber qué hacer. ¿Y si Rexford necesitaba que Moreland hiciera algo más por él? Podría subir y pedirle a Lily que me hiciera compañía. Había disfrutado conociéndola mejor ayer. Había notado el número superior a la media de lacayos que mi hermano había contratado y sabía que me mantendrían a salvo. Deseaba la compañía de Moreland, pero no le *necesitaba*.

Esperé varios segundos más. Luego, con un movimiento de cabeza, abandoné el salón. Acababa de empezar a subir las escaleras cuando se abrió la puerta principal. Me di la vuelta rápidamente, con un vuelco en el estómago.

Era Moreland.

Podía oír el carruaje de Rexford alejándose, y me inundó el alivio de que Moreland no se hubiera ido con él.

—Has vuelto.

Pareció sorprendido de verme allí y me miró fijamente, formándose una ligera arruga entre sus cejas. —Prometí que lo haría.

¿Lo había hecho? Mis emociones estaban tan confusas. Miedo, sí, pero mezclado con una buena dosis de algo nuevo e inesperado.

Evidentemente, cuando se trataba de Moreland, mi habitual sentido de la preservación había desaparecido por completo.

—Pensé que quizás Rexford necesitaba llamarte.

Negó con la cabeza. —No, solo quería asegurarse de que estabais bien. Temía que estuvierais mostrando una cara valiente para él.

No sabía qué decir a eso, porque mi hermano tenía razón. Toda la situación era abrumadora para alguien que había pasado toda su vida escuchando que debía ser circunspecta en todo. Nunca se me había ocurrido que pudiera elegir mi futuro.

Con cualquier otra persona, no habría admitido la verdad. Pero Moreland no era cualquiera. —Esto es más difícil de lo que pensaba.

Sus facciones se suavizaron. —Imagino que esta es la primera vez que hacéis algo que contraría la voluntad de vuestro padre.

Sonreí levemente. —Que vos sepáis.

Sus ojos se arrugaron, mostrando claramente su diversión. —¿Qué podríais haber hecho que fuera contra los deseos de vuestro padre?

Me encogí de hombros. En realidad, mis pequeñas rebeliones no eran nada de lo que presumir. —Leía novelas cuando Padre dictaba que mi material de lectura debía dedicarse a temas que mejorasen mi mente. Cosas que me convertirían en un valor para alguien que él considerara digno de casarse conmigo.

Debió percibir que había más porque esperó a que continuara.

—Y ocasionalmente, cuando él no estaba —normalmente en aquellos días en que estaba en el parlamento— Lily y yo nos escabullíamos de casa e íbamos a la Librería Hatchard. Siempre volvía con partituras que demostrasen que estaba dedicada a mejorar mi habilidad con el pianoforte para el placer de mi futuro marido, y libros sobre la correcta administración del hogar. Pero atesoraba esas novelas como un pequeño tesoro.

No podía evitar preguntarme si Padre las encontraría ahora. Si registraba mi habitación —o más probablemente, haría que un sirviente lo hiciera— encontrarían los libros. ¿Le importaría? Pronto todo el mundo sabría que era la amante de Moreland. Sin duda vería

esas novelas como evidencia de que mi mente había sido corrompida por lo que él llamaba tonterías románticas.

El silencio se extendió entre nosotros, y no sabía qué hacer. En realidad no era su amante. Él solo estaba aquí por su lealtad y amistad hacia mi hermano.

Me enderecé y me obligué a decir: —Si tenéis que estar en otro lugar...

Negó con la cabeza. —Nada es más importante que mi deber hacia vos.

Deber. Fruncí el ceño ante esa palabra. Por supuesto, me veía como una tarea que debía atender.

Continuó. —Le agradecería si pudiera mostrarme dónde está el despacho o la biblioteca. Tengo que escribir algunas notas para personas que esperaban verme hoy. Necesito informarles que estoy ocupado en otro lugar.

Me encogí de hombros. —No sé si hay un despacho. Aún no he explorado toda la casa. Pero hay una biblioteca en la parte trasera.

Parecía frustrado, pero en ese momento, no me importaba. Por alguna razón, Moreland intentaba distanciarse. Yo misma había tenido que cultivar esa habilidad particular para disuadir a caballeros que trataban de mostrarse demasiado amistosos. Reconocía la maniobra cuando la veía. Se había esfumado el hombre que se había sentado a mi lado inclinándose muy cerca, haciéndome creer que quería besarme. En su lugar había un desconocido formal.

Señalé con la mano hacia la parte trasera de la casa. —El comedor está junto a la sala. Siéntase libre de usar la biblioteca si no hay despacho abajo.

Inclinó la cabeza, y tomé ese pequeño gesto como la despedida que era. Al girarme, mantuve la espalda recta como una vara mientras subía las escaleras. Podía sentir sus ojos sobre mí, pero no iba a darme la vuelta. Si pensaba que yo era una tonta que estaba fantaseando con toda clase de *tonterías románticas* porque se dignaba a sonreírme, estaba muy equivocado.

Estaba acostumbrada a que los hombres me vieran como un activo, algo que adquirir, o como una carga, alguien a quien

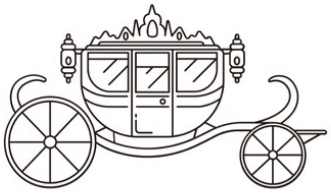
soportar. Me negaba a comportarme como el tópico insensato que sin duda él pensaba que era.

Caminé hasta mi habitación, cerré la puerta y observé el espacio. Estaba bien equipada y claramente pensada para una mujer, decorada en tonos azules pálidos con acentos dorados en el mobiliario. Un rico cubrecama de brocado en dorado, blanco y marfil cubría la cama. Me pregunté, por primera vez, si Rexford habría tenido alguna amante aquí. ¿Tendría una amante ahora?

Realmente no importaba. Lo único que me interesaba era el hecho de que Moreland nunca había tenido una amante. Era una tontería, pero ese conocimiento me hacía sentir más ligera.

Me dirigí a la cama y me senté. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

CAPÍTULO ONCE



Moreland

OBSERVÉ A VICTORIA SUBIR LAS ESCALERAS, incapaz de apartar la mirada. Estaba acostumbrado a conseguir lo que quería. Si ella fuera cualquier otra, habría intentado seducirla.

Me dirigí por el pasillo hasta la biblioteca, que serviría para la tarea que tenía entre manos. No había sido completamente sincero sobre la necesidad de redactar correspondencia. Las únicas personas que esperaban verme hoy se dirigirían a King's, y todas ellas conocían mis responsabilidades actuales.

No, lo que desesperadamente necesitaba en este momento era esconderme de Victoria. Sabía que algunos llamarían cobarde a este instinto, pero yo prefería considerarlo una retirada estratégica.

Tras cerrar la puerta, examiné la biblioteca. Era una estancia de buen tamaño, con paredes forradas de estanterías de caoba y un acogedor rincón de estar frente a un gran ventanal. Justo a un lado había un gran escritorio hecho de la misma madera que las estanterías.

Para mi sorpresa, las estanterías estaban repletas de libros, y no pude evitar preguntarme si Rexford había adquirido la casa para sí mismo. Vivía encima del club y no había mencionado que estuviera considerando mudarse a otra residencia.

La casa estaba cerca de la mansión ducal de su padre en Berkeley Square. Si Rexford se instalaba aquí, volvería loco a Sherbourne saber que su hijo vivía tan cerca pero permanecía fuera de su alcance.

Ver las payasadas del viejo me divertía. Como un reloj, el padre de Rexford le enviaba una citación el día de su cumpleaños, esperando que su heredero volviera a él de rodillas. Y cuando Rexford ignoraba su llamamiento, Sherbourne se dignaba a presentarse en persona.

No recordaba qué estábamos haciendo la última vez que apareció, solo que estábamos en la sala de billar hablando de una cosa u otra. Cuando Sherbourne hizo acto de presencia, presencié

de primera mano cómo Rexford se transformaba de un hombre poderoso y capaz, admirado por muchos, en el derrochador que su padre creía que era. Adoptaba un aire de indiferencia que enfurecía al duque. Las papadas del viejo temblaban mientras apretaba la mandíbula e inclinaba la cabeza hacia las escaleras que conducían al despacho de Rexford, dejando claro que esperaba que su hijo obedeciera. Rexford lo hizo, pero nunca habló sobre lo que ocurría tras aquellas puertas cerradas.

Diez minutos después, Sherbourne salió furioso. Cuando Rexford reapareció poco después, actuó como si el incidente nunca hubiera tenido lugar. Seguí su ejemplo y nunca le pregunté al respecto. Hacía tiempo que había aceptado el hecho de que Rexford era un hombre de secretos.

Me dirigí al gran escritorio de caoba y me acomodé en la sorprendentemente confortable silla. La superficie estaba despejada, pero encontré pergamino, plumas y tinta en el cajón superior. Apartando los pensamientos sobre la joven que supuestamente era mi amante, pero a quien nunca podría tocar, redacté una nota para mi administrador.

Después de terminar la nota, envié a un lacayo para que la entregara. Luego me levanté y empecé a pasear. Mi administrador se alegraría de recibir mi nota. Llevaba tiempo intentando que revisara las cuentas de mis propiedades. Puesto que tenía algunas horas por delante, bien podía realizar la tarea que había estado evitando durante algún tiempo.

Intenté desterrar la culpa que sentía por evitar a Victoria, recordando cómo sus ojos se habían abierto con miedo cuando habló de la columna de cotilleos. Su labio inferior había temblado, y yo no había deseado otra cosa que estrecharla entre mis brazos. No era ajeno al deseo, pero nunca me había importado las mujeres con las que pasaba el tiempo. Nos dábamos placer mutuamente y luego cada uno seguía su camino.

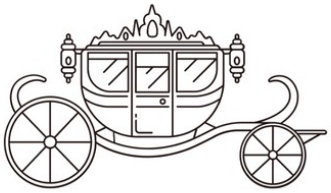
No era el caso con Victoria, a quien quería proteger. Y por mucho que intentara convencerme de que era porque era la hermana de Rexford, no podía negar que mis sentimientos por ella iban más allá

del deber hacia su hermano. Quería cuidar de ella, velar por ella y asegurarme de que nadie la hiciera daño jamás.

Las horas pasaron lentamente, pero al menos logré ocuparlas de manera productiva.

Cuando un lacayo llamó a la puerta de la biblioteca y me informó de que la cena estaría lista pronto, asentí en señal de conformidad, agradecido por la excusa para escapar de mi autoimpuesto exilio.

CAPÍTULO DOCE



Victoria

ESTABA ACOSTUMBRADA A QUE ME IGNORARAN. De hecho, disfrutaba de la ilusión de libertad que tenía cuando mi padre me dejaba a mis anchas. Se aseguraba de que tuviera todos los tutores adecuados y de que mi tiempo libre lo dedicara a actividades que él consideraba apropiadas para una joven de mi posición. Sabía que el personal le informaba porque si intentaba evitar mi práctica diaria en el pianoforte, él me lo recriminaría.

Siempre que estaba en casa, mi padre insistía en que cenáramos juntos. Esas cenas consistían en silencios interminables interrumpidos por preguntas sobre qué música nueva había aprendido, qué canciones estaba cantando y si creía que mis habilidades eran suficientes para atraer al pretendiente adecuado. Al final, no importó, porque él había arreglado mi compromiso con uno de sus compinches sin que tuviera que realizar ni un solo recital musical.

Aun así, me irritaba que en mi primer día completo de libertad, me encontrara vagando hacia la sala de música y sometiéndome a mi práctica diaria. Culpaba a Moreland, por supuesto. Su presencia en la casa tenía mis emociones en confusión. Al menos concentrarme en la música me distraía de preguntarme qué estaría haciendo él.

Me había aventurado a preguntarle a Lily si él necesitaba algo, y ella me informó que había enviado a uno de los lacayos a su casa en la ciudad para traer algunas cuentas que revisar, lo que me dejó sin nada más que hacer excepto preguntarme si me consideraba una carga.

Mis dedos se estrellaron contra las teclas, las notas discordantes eran un acompañamiento apropiado para mis emociones. Por más que lo intentara, no podía olvidar que él estaba justo abajo y que se estaba esforzando por ignorarme.

Me quedé inmóvil cuando me di cuenta de que algo en el ambiente había cambiado. Moreland me estaba observando. No

sabía cómo lo sabía, pero estaba segura de que él estaba allí, observándome tocar, y lo había estado haciendo durante algún tiempo.

Coloqué las manos en mi regazo, avergonzada por el abrupto final de mi sesión de práctica, y me moví en el banco para mirar por encima de mi hombro. Moreland se apoyaba en el marco de la puerta, con los brazos cruzados casualmente y una expresión neutral.

—Espero no haber interrumpido —se enderezó y entró en la habitación—. Me han informado que casi es hora de cenar. Cuando escuché la música, pensé que quizás estarías distraída, así que vine a buscarte.

Dejé escapar un suave suspiro. —Si hubiera sabido que tenía público, habría terminado la pieza.

Moreland se encogió de hombros. —Estabas practicando, no actuando para mí.

—Eso puede ser cierto...

—No hay espías aquí que corran a contarle a tu padre que has sido traviesa.

Recordé la columna de chismes que aún no había visto. —Creo que ambos sabemos que mi padre es muy consciente de lo traviesa que estoy siendo.

La expresión en el rostro de Moreland me desconcertó por un momento, luego me di cuenta del doble sentido detrás de mis inocentes palabras. El calor inundó mis mejillas. —No es que realmente haya sido traviesa —añadí rápidamente.

Él se rio. —¿Te molesta que piense que eres mi amante?

Era una pregunta seria, así que le di una consideración seria. Seguía esperando que las dudas se colaran y me atormentaran, arrepentimientos por mi comportamiento impulsivo últimamente, pero no podía encontrar ni un rastro de duda.

Sonreí. —Me siento libre. Es una sensación extraña, que hace que mi comportamiento de ahora sea aún más desconcertante.

Él acortó la distancia entre nosotros. Cuando me moví hacia el borde del banco del piano, él aceptó mi invitación tácita y se sentó

junto a mí. Yo estaba de cara al piano, y él mirando hacia el otro lado, nuestros cuerpos girados el uno hacia el otro.

—¿Tu comportamiento?

Pasé la mano por el teclado. —Practicar. Mi padre insistía en que lo hiciera todos los días.

Él frunció el ceño. —¿No lo disfrutas? Tocas muy bien.

—No es que me desagrade —admití—. Es solo que él era tan inflexible, lo cual me quitaba gran parte del disfrute.

—¿Le gusta la música?

Me di cuenta de que no tenía idea de si a mi padre le gustaba la música. Nunca se había molestado en escucharme practicar. —No lo creo. Pero estoy segura de que le gustaba tener una hija a la que pudiera exhibir. En el campo, le encantaba que actuara para los invitados. Y sé que tenía grandes planes para organizar un concierto para Lord Heddington. —Me estremecí, contemplando el destino que había evitado por poco—. ¿Por qué estoy practicando ahora? Podría estar haciendo cualquier cosa.

—Quizás sea solo una costumbre —dijo suavemente—. Puedo ayudarte a encontrar otra cosa.

La sinceridad en su expresión me hizo inclinarme más cerca. —Creo que me gustaría mucho eso.

Sus ojos escudriñaron los míos durante varios segundos. —Dime, Victoria. Si pudieras estar haciendo cualquier cosa que no fuera practicar con el pianoforte, ¿qué estarías haciendo ahora mismo?

—No cantar —me estremecí—. Soy aceptable como mucho, pero mi padre insistía en que cantara en ocasiones. Lo odiaba. Todos esos ojos observándome, las sonrisas burlonas cuando no conseguía alcanzar una nota aguda. —Negué con la cabeza—. Y por supuesto, siempre elegía las canciones más difíciles para que yo interpretara.

Sus ojos brillaron. —Entonces, ¿no te gustaría interpretar un dúo conmigo ahora mismo?

Me reí. —Por supuesto que no. Lo que realmente me encanta es dibujar.

Pensé en los materiales de dibujo escondidos en mi habitación. Lily lo sabía, claro, pero había guardado mi secreto. El Duque de Sherbourne consideraba que el dibujo no era una actividad

apropiada para una joven, una opinión que se formó cuando mi profesor de dibujo comenzó a mostrarme un poco demasiada atención. Era ridículo porque el interés de aquel hombre de mediana edad en mí residía únicamente en mis habilidades para el dibujo. Pero, por supuesto, mi padre había supuesto lo peor y lo había desterrado de la casa. Mi padre se negó a escuchar una palabra más sobre dibujo o pintura después de aquello.

Moreland frunció el ceño. —¿Te gustaría que posara para ti?

Me reí al ver la expresión de horror en su rostro. —¿Alguna vez te quedas quieto?

—No si puedo evitarlo —se encogió de hombros.

—Debe de ser muy tedioso para ti estar aquí conmigo —bromeé.

Se reclinó. —Mi administrador estará contento de que haya podido revisar las cuentas. Es una tarea que tiendo a posponer tanto como sea posible.

—Y ahora vas a dejarme.

Pretendía mantener un tono ligero, pero no pude ocultar mi tristeza ante la idea. Era extraño que hubiera deseado tanto mi libertad, y sin embargo, tuviera miedo de estar sola. Una parte de mi mente susurraba que no era la soledad lo que temía, sino más bien que Moreland me fascinaba y quería conocerle mejor.

Aparté esos pensamientos. Moreland era mi protector fingido. El mundo llegaría a creer que éramos amantes, pero yo tenía que contentarme con pequeños momentos como este, nuestras conversaciones derivando hacia la intimidad pero nunca cruzando la línea.

—Tuve que dejar todos mis materiales de arte en casa —dije—. Solo traje una pequeña bolsa. Lily pensó en hacer mi equipaje de antemano, pero cogimos solo algunos artículos esenciales.

Moreland parecía como si quisiera decir algo, pero un lacayo entró en la habitación en ese momento.

—La cena se servirá en unos minutos —anunció.

Le di las gracias y me levanté.

Moreland hizo lo mismo, actuando como el caballero apropiado que ambos sabíamos que no era. Me ofreció su brazo. —Permíteme acompañarte a cenar, mi lady.

Hice una breve reverencia y sonreí. —Sería un honor, mi lord.

Las palabras de Moreland y la forma en que me sonrió cuando tomé su brazo hicieron mucho para calmar mi anterior fastidio conmigo misma.

Bajamos al comedor de tamaño modesto. En lugar de apartarse para permitir que el lacayo apostado justo dentro de la habitación retirara mi silla, Moreland realizó la tarea él mismo. No pude evitar preguntarme si eso era algo que los hombres hacían por sus amantes. O por sus esposas, ya puestos. Mi madre había muerto cuando yo tenía solo seis años, así que no podía recordar si mi padre había hecho lo mismo por ella.

La idea era tan ridícula que no pude evitar reírme. Ya sabía la respuesta a esa pregunta. El Duque de Sherbourne nunca se rebajaría a retirar una silla para su duquesa. Esperaría que uno de los sirvientes lo hiciera.

—¿Hay algo divertido? —preguntó Moreland.

Le sonreí, mi ánimo mucho más ligero en su presencia. Era interesante el efecto que este hombre tenía sobre mí. Solo otro hombre me había hecho sentir tan cómoda, y ese era mi hermano.

—Solo intentaba imaginar a mi padre retirando una silla para mi madre.

Moreland se rió. —Dudo que retire sus propias sillas.

Estallé en un ataque de risitas. —Mi padre no es tan malo, pero pintas una imagen muy divertida.

Entonces nos sirvieron el primer plato, una sencilla sopa blanca, y comenzamos una amable conversación. Principalmente, Moreland me hizo preguntas sobre mí y mis intereses.

Mi vida no había sido tan mala. Sí, mi padre era estricto, pero en general, me dejaba en paz si hacía lo que se esperaba de mí. Y había logrado encontrar pequeños momentos para mí con mi dibujo.

Cuando Lily llegó hace dos años para actuar como mi nueva doncella, consiguió hacerme las cosas más fáciles. Sospechaba que Rexford había dispuesto que la mujer mayor que me había servido hasta entonces se jubilara. Ella estaba aterrorizada por mi padre y nunca me habría permitido guardar material de dibujo en mi

dormitorio después de que él dictaminara que debía abandonar el dibujo. Pero Lily había sido mi aliada desde el principio.

Cuando la comida llegó a su fin y el lacayo retiró los platos del postre, nuestra amena conversación se detuvo.

Por primera vez, se me ocurrió preguntarme si Moreland tendría otra amante. Me había dicho que nunca había mantenido a una querida, pero sabía que tenía amantes.

El pensamiento me dejó un sabor amargo en la boca. Era una tontería, pero en el corto tiempo que le conocía, había llegado a considerarlo como mío. Era el colmo de la locura. Después de todo, él era una Leyenda. Las columnas de chismes estaban llenas de historias sobre sus aventuras amorosas y sobre los hombres que apostaban con ellos y perdían.

Me levanté, y Moreland hizo lo mismo. Podía sentir el peso de su mirada sobre mí.

—Voy a...

Empezamos a hablar al mismo tiempo y nos detuvimos. Él inclinó la cabeza, permitiéndome hablar primero.

—Quería agradecerte por pasar el día aquí. Por informarme sobre el artículo y por ser tan comprensivo cuando reaccioné de forma exagerada.

Frunció el ceño. —No fue una reacción exagerada. Tu padre está acostumbrado a conseguir lo que quiere. Tenías todas las razones para preocuparte.

Moreland no endulzaba las cosas para mí, lo cual agradecía. —Aun así, no quiero retenerte si tienes otros planes para esta noche.

Negó con la cabeza. —No hay ningún otro lugar donde deba estar. Todo el mundo sabe que me quedo aquí esta noche.

Intenté ignorar cómo me palpitaba el corazón. —¿Todo el mundo?

—Tu hermano y nuestros amigos. Cualquiera que esté observando esta casa, tanto amigo como enemigo.

Estaba sugiriendo que mi padre ya sabía que yo estaba aquí. No pude contener un escalofrío de miedo ante ese pensamiento.

Moreland se acercó a mi lado y tomó mi mano entre las suyas. —Estás a salvo. Aunque yo no estuviera aquí, da la casualidad de que

sé que tu hermano tiene a su propia gente vigilando la casa desde fuera. Nadie se acercará a ti.

Respiré hondo e intenté alejar mi terror. Rexford era muy ingenioso. De alguna manera había logrado burlar a nuestro padre, escapando de las cadenas que el Duque de Sherbourne había pasado su vida colocando alrededor de su heredero. Nunca había preguntado cómo Rexford había logrado escapar, pero ahora era intocable. Podía encontrar consuelo en el hecho de que estaba bajo su protección.

—No puedo evitar pensar que te estoy apartando de otras cosas más importantes.

Moreland llevó mi mano a sus labios, su aliento calentando la piel sensible de mi muñeca interior. —No hay otro lugar donde preferiría estar esta noche —. Luego depositó un suave beso allí.

Era un pensamiento fantasioso, pero mi corazón tartamudeó.

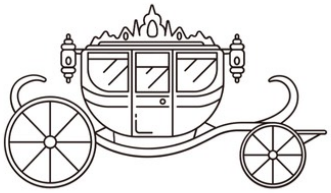
Apretó mi mano y luego la soltó. —Ve a dormir, Victoria. Estaré aquí por la mañana cuando despiertes.

Asentí, escapándoseme todas las palabras. Tuve la sensatez de hacer una breve reverencia antes de darme la vuelta y salir de la habitación.

Cuando llegué a las escaleras, subí corriendo, sabiendo que probablemente él habría notado que mis mejillas ardían. Necesitaba recordarme a mí misma que Moreland estaba acostumbrado a encantar a las mujeres. Yo no significaba nada para él.

Pero esta noche, soñaría con esos ojos grises mirándome fijamente e imaginaría cómo habría sido si me hubiera atraído hacia sus brazos en lugar de desearme buenas noches.

CAPÍTULO TRECE



Moreland

ESPERÉ a que Victoria saliera de la habitación antes de dejarme caer en una silla. Los lacayos que nos rodeaban parecían confundidos, pero les ordené que continuaran con la tarea de retirar los restos de nuestra comida.

Me inquietaba bastante darme cuenta de que había disfrutado enormemente de la cena. Antes de esta noche, cada cena que había compartido con una mujer había sido un preludio para llevarla a la cama. No podía negar que deseaba lo mismo de Victoria, pero no me permitiría aprovecharme de ella cuando estaba tan claramente angustiada por el giro inesperado que había dado su vida.

Había aprendido bastante sobre Victoria. Hasta hace poco, había sido una hija obediente, pero también poseía una determinación que no debería haberme sorprendido. Era la hermana de Rexford, después de todo. Sin duda, buena parte de ese rasgo venía de su padre. El Duque de Sherbourne era ampliamente conocido por su persistencia para conseguir lo que quería.

Pero Victoria también era compasiva. Me sorprendió cuando expresó preocupación por mi seguridad, y me di cuenta de que estaría dispuesta a sacrificarse para salvarme. Estaba decidido a asegurarme de que eso nunca sucediera. Su inteligencia y naturaleza solidaria serían sofocadas por Heddington. No podía soportar la idea de todas las cosas que él le haría una vez que se convirtiera en su esposa.

Victoria había captado mi interés desde el momento en que la vi. Cualquier otro hombre en mi posición —Fairfax, por ejemplo— habría perdido poco tiempo en cortejarla para llevarla a su cama. Con su cabello oscuro, sus grandes ojos azules brillando en un rostro casi etéreo, nadie me culparía por hacer lo mismo. Rexford no me había prohibido cortejar a Victoria, pero algo me retenía.

Su inocencia era gran parte de mi reticencia. Era una década más joven que yo, pero esos diez años bien podrían haber sido cien en términos de nuestra experiencia. No podía evitar sentirme protector

con ella, incluso mientras deseaba enormemente llevarla a mi cama y saciar mi deseo.

Pero no le haría eso. Al menos, no todavía. Solo esperaba que mi tenue control sobre mi fuerza de voluntad resistiera. Casi lo había abandonado cuando le besé la muñeca. Fue un momento de autoindulgencia. Quería saborearla, y la acción parecía lo bastante inocente. Pero la forma en que se inclinó ligeramente hacia mí, con sus ojos desviándose hacia mi boca, me dijo que me habría permitido tomarla en mis brazos y besarla. Sin embargo, una vez que tuviera a Victoria en mis brazos, no habría podido detenerme. No estaba acostumbrado a negar mis deseos. Si veía a una mujer que quería, la perseguía.

Toda esta situación me tenía al límite. Me dirigí arriba, al dormitorio que un lacayo me dijo que habían preparado para mi estancia. No podía dormir, por supuesto. ¿Cómo podría con Victoria durmiendo justo al final del pasillo? Estuve allí un buen rato, mirando al techo y preguntándome si habría cerrado su puerta con llave. No había probado el pomo cuando pasé por su dormitorio, pero había querido hacerlo.

Finalmente, cedí a lo inevitable. No podría dormir hasta que me ocupara de mi deseo frustrado. Me tomé a mí mismo y me permití fantasear con Victoria abriendo la puerta de mi dormitorio y metiéndose en la cama conmigo. Aquí, en mi imaginación, no sería una inocente insegura.

Cuando llegó mi liberación, me di cuenta de que estaba metido en un buen lío porque no disminuyó en nada mi deseo por ella. Me giré hacia un lado e intenté obligarme a pensar en otra cosa.

Decir que mi sueño aquella noche fue inquieto sería quedarse tremendamente corto. No estaba acostumbrado a despertarme tan temprano por la mañana, así que cuando mi ayuda de cámara entró en mi dormitorio a las nueve en punto con una nota doblada, supe inmediatamente que algo iba mal.

—Lord Rexford ha pedido hablar con usted esta mañana —dijo.

Abrí la nota, temiendo lo peor, pero no había ningún mensaje de desastre, solo unas pocas frases escritas de puño y letra de Clarence

diciéndome que Rexford quería verme a mi primera conveniencia, lo que yo sabía significaba de inmediato.

Me vestí rápidamente y bajé las escaleras.

Me gustaba tomar una taza de té por la mañana, aunque no tuviera tiempo para comer, así que me dirigí al comedor. No esperaba un despliegue completo de comida para el desayuno, pero tampoco esperaba ver a Victoria sentada en un extremo de la mesa, mirando a lo lejos.

Al verme aparecer, se puso de pie de un salto.

—Normalmente hago que me suban una bandeja a mi habitación —dijo atropelladamente—. Pero no sabía si querías que sirvieran el desayuno aquí.

Recordando nuestra agradable velada, tenía muchas ganas de entrar en la habitación y esperar a que los sirvientes prepararan nuestra comida matutina. Podía imaginar todo tipo de formas placenteras de pasar el tiempo mientras esperábamos.

Forcé mis pensamientos a volver al asunto entre manos.

—He recibido una nota de tu hermano. Quiere hablar conmigo.

Victoria pareció deshincharse ante mis palabras, rodeándose la cintura con los brazos.

Tuve un impulso casi abrumador de atraerla a mis brazos. En su lugar, junté las manos detrás de la espalda y permanecí donde estaba.

—Estarás segura aquí mientras estoy fuera.

Se mordió el labio inferior, carnoso, y casi gemí de frustración al imaginar cómo se sentiría su boca contra la mía.

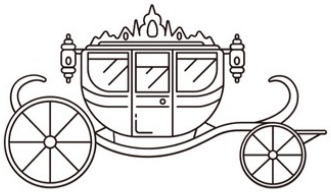
Dado su nerviosismo de ayer tras enterarse de la columna de cotilleos, esperaba tener que tranquilizarla. En cambio, asintió, enderezó los hombros y dejó caer los brazos a los costados. En ese momento, vi en ella la misma columna vertebral de acero que caracterizaba a su hermano. Y maldita sea si su valentía no me hizo desearla aún más.

—No soy tu esposa —dijo con firmeza—. Y estoy segura de que los hombres no pasan todo su tiempo con sus amantes. La gente esperará verte si queremos que crean que soy, efectivamente, tu amante.

Tenía razón, por supuesto. Si pasaba todo mi tiempo aquí, la gente se daría cuenta de que la estaba protegiendo y no arruinando. No quería irme, pero incluso si Rexford no me hubiera convocado, necesitaba que me vieran. Me despedí y me obligué a apartarme de ella. Podía sentir sus ojos clavados en mí mientras me dirigía hacia la puerta principal.

Mi carruaje ya estaba esperando, pero antes de subir, me volví hacia el lacayo que permanecía junto a la puerta de la casa. — ¿Adónde iría si quisiera comprar material de dibujo?

CAPÍTULO CATORCE



Rexford

DESDE QUE HABÍA INAUGURADO el King's, todos suponían que me quedaba despierto toda la noche y no despertaba hasta la tarde. Eso estaba muy lejos de mi realidad.

Sí, el club no tenía estrictamente una hora de cierre, pero empleaba a suficientes hombres en los que confiaba para asegurarme de que funcionara sin problemas, así que normalmente me retiraba poco después de la medianoche. Cultivaba la percepción de no acostarme hasta que el sol comenzaba a salir con apariciones estratégicas a lo largo de la semana.

Pero la verdad era que disfrutaba despertándome temprano, cuando la mayoría de las personas que habían estado en el King's apenas se dirigían a la cama. Era mucho más eficiente trabajar cuando no había nadie alrededor para interrumpirme.

Hoy no era una excepción. Me encontraba sentado en mi despacho, revisando los informes que Clarence había dejado para mí. Era un ritual mensual. En su posición como secretario del club, Clarence preparaba las cuentas para que yo las revisara a principios de cada mes. Nunca encontraba errores, pero me complacía mantener este hábito. Parecía proporcionarle a Clarence cierta satisfacción, y yo le debía más de lo que jamás podría pagarle.

El Sr. Henry Clarence había sido el administrador de mi padre y una presencia confiable durante toda mi infancia. Si no fuera por él, aún estaría bajo el yugo de mi padre. Clarence había arriesgado todo para traerme la información que me permitió asegurar mi libertad. Mantener la fachada de que era simplemente el secretario del club era un pequeño precio a pagar por su lealtad. En realidad, siempre había sido más un padre para mí que el Duque de Sherbourne.

Mientras examinaba las cuentas, la tranquila mañana pasó rápidamente. Estaba llegando al final de mi revisión cuando lo escuché: el familiar golpe sordo de un bastón, seguido por un paso

pesado. El sonido me provocó un sobresalto, aunque rápidamente oculté mi reacción. Conocía bien ese ritmo.

El Duque de Sherbourne había llegado.

Dejando la pluma, me recosté en mi silla y saboreé el triunfo que me recorrió. Él había enviado una citación ayer, exigiéndome que me presentara en su casa de Mayfair para una reprimenda. Como siempre hacía cuando enviaba su citación anual en mi cumpleaños, la había ignorado. Mi padre me había enseñado lo suficientemente bien. Controla el terreno sobre el que pisas, y controlarás el juego.

Abrió la puerta con tanta fuerza que golpeó contra la pared, y luego permaneció recortado en el umbral durante varios segundos largos, con la furia evidente en las líneas tensas de su rostro. Nunca había sido de los que ocultaban su ira, y en ese momento, estaba claro que nunca había estado tan enfurecido.

Me recliné en mi silla. —Esto es una sorpresa inesperada. ¿Qué podría traer al Duque de Sherbourne aquí tan temprano?

Entró en la habitación y se detuvo cuando nos enfrentamos a través de mi escritorio. No tomó asiento, eligiendo en cambio permanecer de pie mientras me miraba por encima de la nariz. Me recliné aún más en mi silla, negándome a ceder terreno. Estábamos en mi dominio, y yo era quien establecía las reglas.

—Has ido demasiado lejos esta vez, Rexford —las palabras fueron agudas, cortantes.

Cuando me vi obligado a pasar tiempo bajo su techo, rara vez se había referido a mí por mi nombre. Para él, yo era simplemente "mi hijo" o "mi heredero". Ahora, era Rexford. Era un reconocimiento, aunque a regañadientes, de mi independencia.

—Por favor, tome asiento, padre. Parece alterado.

Su agarre se tensó en el pomo de su bastón. Le había visto blandir ese bastón contra otros hombres, pero no me pillaría desprevenido. No es que creyera que intentaría hacerme daño. Al fin y al cabo, yo era su único heredero.

—Exijo que devuelvas a Victoria —escupió.

Alcé una ceja. —¿Mi hermana ha desaparecido? Qué preocupante. ¿Por qué me entero de esto solo ahora?

—Esto no es un juego. —Su bastón golpeó el suelo con un fuerte crujido—. La gente está empezando a hablar.

—Eso no parece correcto. Siempre ha sido una hija tan obediente. La imagen perfecta del decoro. ¿Qué podría haber hecho para provocar cotilleos?

El color subió a sus mejillas, moteando su tez rojiza. —No es mayor de edad y está bajo mi autoridad. Me la devolverás.

—¿Y si no sé dónde está?

Sus ojos se estrecharon. —Tú y yo sabemos que eso no es cierto.

Esto se estaba poniendo interesante. Esperé.

—He hecho lo que he podido para sofocar los rumores —continuó —. Ese horrible periódico de pacotilla, *The Mayfair Chronicle*, ha estado haciendo preguntas, pero he puesto fin a los rumores. Pronto todos sabrán que ha regresado al campo para cuidar de la familia. Ella es una hija tan devota y desinteresada, después de todo. —Sonrió con suficiencia, claramente complacido consigo mismo.

Me crucé de brazos y levanté una ceja. —Si Victoria está en el campo, no veo por qué estás aquí.

Su bastón golpeó el suelo de nuevo. —Tienes hasta que se ponga el sol para devolverla.

Levanté una ceja. —¿Después de haber difundido todas esas cuidadosas mentiras? No sería muy loable que regresara tan pronto.

—Podría inventarme otra historia con la misma facilidad —dijo con desprecio—. Quizás su prima se recuperó antes de lo esperado y Victoria estaba ansiosa por reincorporarse a la sociedad.

—O —repliqué, irguiéndome en toda mi estatura y obligándole a mirarme desde abajo—, quizás no regrese en absoluto.

Nos miramos fijamente, con un silencio pesado y cargado entre nosotros.

Por fin, apartó la mirada. —Tienes hasta esta noche. Después me veré obligado a tomar cartas en el asunto.

Salió cojeando de la habitación, apoyándose pesadamente en su bastón. Siempre había considerado el bastón de mi padre como una afectación, o un arma que le gustaba tener a mano. Ahora, parecía necesario. Cuando el sonido de sus pasos se desvaneció, Clarence entró en la habitación y cerró la puerta tras él.

—¿Has oído eso? —pregunté.

Asintió. —¿Qué quiere hacer, señor?

Suspiré, pasándome una mano por el pelo. —No podemos hacer nada sin Moreland. Ahora está vinculado a Victoria y es fundamental para nuestros planes de mantenerla alejada del duque.

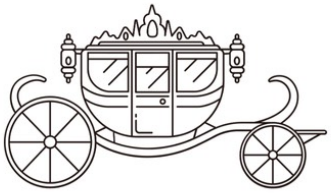
Clarence inclinó la cabeza. —Ha pasado la noche en la casa de la ciudad.

—Por supuesto que sí —murmuré. No quería saber los detalles, pero confiaba en que Clarence mantuviera un seguimiento de lo que ocurría entre Moreland y mi hermana—. Envía un mensaje de que necesito hablar con él.

Clarence asintió de nuevo y salió de la habitación.

Mi padre no se detendría ante nada para recuperar a Victoria. Confiaba en que no le haría daño, pero una vez que la tuviera de vuelta bajo su techo, la encerraría para asegurarse de que nunca escapara de nuevo. Tampoco me haría daño a mí. Yo era su heredero, y él creía que eventualmente me sometería. Pero Moreland estaba en peligro, y necesitaba advertirle.

CAPÍTULO QUINCE



Victoria

SOLO HABÍA PASADO una hora desde que Moreland se había marchado, y me sentía inquieta.

Vagué hasta la sala de música, y mis pensamientos volvieron a lo que había ocurrido allí el día anterior. Seguía molesta conmigo misma por caer en los mismos hábitos que mi padre me había exigido seguir. Pero ¿qué se suponía que debía hacer en su lugar? No podía salir de la casa por miedo a encontrarme con alguno de los hombres de mi padre.

¿Sabría él dónde estaba yo? Me estremecí ante tal pensamiento. No, no sería seguro salir de la casa sin escolta.

Bajé hasta la biblioteca, donde Moreland se había recluido ayer. Pasé los dedos por los volúmenes de la estantería más cercana a la puerta. Eran similares a los de las casas de mi padre: encuadernados en piel, con sus títulos grabados en lámina dorada en el lomo. Ya había hecho una búsqueda superficial del contenido de la sala y no había encontrado ni una sola novela.

Arrugué la nariz mientras examinaba un título. No tenía ningún interés en aprender sobre la administración de fincas. Cogí otro libro de la estantería, y mi desdén fue en aumento. No podía evitar preguntarme si Rexford había elegido los libros él mismo o si ya estaban allí cuando compró la casa.

Con un suave suspiro, me di la vuelta y salí de la habitación, dirigiéndome de nuevo escaleras arriba hasta mi dormitorio. Una vez allí, me desplomé sobre la cama. Esto era ridículo. ¿Cómo podía echarlo tanto de menos cuando apenas nos conocíamos? Ayer habían pasado horas entre el momento en que hablamos en el salón y cuando cenamos juntos. Pero me había reconfortado saber que él estaba en la casa conmigo.

Pensé en los otros hombres que estaban con Moreland cuando llegué a King's. No parecía posible que solo hubieran pasado dos días. Moreland estaba jugando al billar con dos hombres que supuse

también eran Legends. No me había fijado en ellos, pero recordaba que uno era un hombre de cabello oscuro y el otro rubio.

¿Me sentiría igual si cualquiera de esos hombres hubiera sido encargado de fingir ser mi protector? Intenté recordar sus rasgos, pero no pude. Por alguna razón, Moreland había sido quien llamó mi atención. Algo en la forma en que me había mirado me había hecho dudar.

Era similar a la forma en que otros hombres me miraban, pero normalmente podía ignorar su interés, la obvia curiosidad en sus ojos —tanto jóvenes como mayores— mientras se preguntaban cómo sería ganar a la hija del Duque de Sherbourne. Sin embargo, no había logrado ignorar a Moreland, y no podía entender por qué.

Después de todo, no sabía mucho sobre hombres. Mi padre se aseguraba de que estuviera adecuadamente escoltada en todo momento. Era temprano en la temporada, pero ya había asistido a algunos bailes. Había bailado con algunos jóvenes, y con más de algunos hombres mayores, y no había conocido a nadie a quien deseara que me cortejara. Ciertamente no había confiado en que no aprovecharan su ventaja si nos encontrábamos a solas.

Moreland era diferente. Por alguna razón, confiaba en él. Me hacía sentir segura.

Ahora que se había ido, no quería salir de mi habitación. Si uno de los hombres de mi padre irrumpiera en la casa e intentara llevarme, oiría el forcejeo entre ellos y los lacayos, muchos de los cuales estaban empleados con el propósito expreso de protegerme. Pero abajo, sin la presencia de Moreland, no podía evitar preocuparme de estar en mayor peligro de ser arrebatada.

Estaba imaginando ese escenario cuando un suave golpe en la puerta del dormitorio me sobresaltó. Nadie enviado por mi padre llamaría. Me incorporé y solté un suspiro de alivio cuando escuché la voz de Lily.

—¿Puedo entrar? ¿Está aquí, mi señora?

Cuando respondí, abrió la puerta y se quedó allí con una amplia sonrisa. No creo que jamás la hubiera visto tan feliz.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Ha regresado Moreland?

Negó con la cabeza. —No está aquí, pero ha enviado algo.

Incliné la cabeza, preguntándome por su extraño estado de ánimo. —¿Qué?

—Han llegado varios paquetes del barón. Los he mandado llevar a la sala de música. No se me ocurría dónde más ponerlos.

No podía descifrar lo que estaba diciendo. ¿Moreland me había enviado algo que ahora estaba en la sala de música? Seguramente no otro instrumento musical, no después de nuestra conversación de ayer.

Salí apresuradamente de mi habitación, con la curiosidad despierta. Cuando entré en la sala de música, me detuve, sorprendida por lo que encontré. Caballetes y lienzos cubrían una pared. Encima del banco del pianoforte había varios cuadernos de dibujo. Cajas que habían sido abiertas yacían dispersas por la habitación, pero su contenido no había sido retirado.

Confundida, me acerqué a investigar una de las cajas y jadeé cuando vi lo que había dentro.

Lily sonrió. —Le ha enviado todo lo que podría necesitar para fomentar su interés por el dibujo. Carboncillos, lápices, lápices de colores... incluso pinturas.

Caminé hacia uno de los caballetes y pasé la mano por el marco de madera. Junto a él, en el suelo, había varios lienzos en blanco. Me llevé las manos a la boca, incapaz de creer la maravillosa y asombrosa cosa que Moreland había hecho por mí. Podría dibujar y pintar a mi antojo.

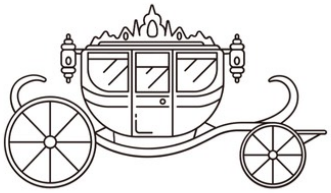
Me rodeé la cintura con los brazos y me volví hacia Lily. —No lo entiendo.

—Claramente, el barón Moreland ha descubierto su afición por el arte.

—Le dije ayer que lo echaba de menos, pero nunca imaginé... —Mi voz se desvaneció cuando vi la mirada de complicidad en sus ojos.

Lily se acercó a una caja que estaba sobre la chaise longue en una esquina de la habitación y comenzó a sacar su contenido. —Deberíamos hacer un inventario de lo que hay aquí, luego puede decidir por dónde quiere empezar.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Moreland

DESPUÉS DE REUNIRME CON REXFORD, regresé a la casa de la ciudad.

Tenía la intención de seguir con mis actividades normales, principalmente ir a Gentleman Jackson's para una ronda de boxeo. Ciertamente podría utilizar el ejercicio para liberar mis frustraciones físicas. Pero la información que Rexford había compartido puso fin a esos pensamientos.

Un pequeño rincón de mi mente susurraba que me estaba mintiendo a mí mismo, que siempre había planeado volver a la casa para vigilar a Victoria. Ignoré esa voz. El asunto estaba fuera de mis manos, así que no tenía sentido fantasear sobre lo que podría haber sido.

Cuando entré en la casa de la ciudad, me animó ver a los tres corpulentos lacayos que esperaban en la entrada. Les hice un breve gesto con la cabeza, y desaparecieron, volviendo a sus puestos. Me había sentido culpable por dejar a Victoria aquí sola, pero la vigilancia del personal hizo mucho por tranquilizarme.

Deambulé por la planta principal. Al no encontrarla en ninguna de las habitaciones, subí al piso superior. Quería creer que no me entrometería si ella estaba en su habitación, pero sabía que era mentira. Aun así, primero me dirigí a la sala de música.

Lo que vi me detuvo en la puerta, y sonreí.

Parecía como si la pequeña tienda de material artístico que había visitado de camino a King's hubiera explotado aquí. Había paquetes y cajas por todas partes. Mi mirada se posó en Victoria, que estaba sentada en una chaise longue, con el ceño fruncido mientras se concentraba en dibujar.

Debí hacer un pequeño ruido porque levantó la mirada hacia mí. Una sonrisa se extendió por su rostro, una que me llenó de una emoción inesperada: satisfacción por haber podido hacer algo que la hiciera feliz.

—¡Moreland! —exclamó, dejando a un lado su cuaderno de dibujo y poniéndose de pie.

Esperaba que hiciera una reverencia, pero en su lugar, se arrojó a mis brazos. No pude resistirme a rodearla con mis brazos y atraerla en un fuerte abrazo. Para mi decepción, se separó demasiado pronto, y la solté.

—Le pido disculpas por mi exuberancia, ¡pero me ha comprado material de dibujo!

Me encogí de hombros, sintiéndome un poco avergonzado por el evidente exceso. —Le pedí al dueño de la tienda que enviara una unidad de cada tipo de material artístico que tuvieran. —Miré alrededor de la habitación la abundancia de suministros—. No me di cuenta de que habría tanta variedad.

En verdad, dudo que me hubiera contenido incluso si lo hubiera sabido. La felicidad de Victoria en ese momento eclipsaba todo lo demás.

—Pensé que empezaría con lo que ya conocía... dibujar. —Hizo un pequeño círculo, contemplando la variedad de artículos que nos rodeaban—. Supongo que tendré que decidirme por algunos elementos y guardar el resto. Simplemente no hay espacio suficiente aquí. —Se volvió para mirarme, juntando las manos en su cintura—. Pero ahora puedo experimentar todo lo que quiera, trabajar en mis dibujos. Quizás tenga tiempo para practicar el dibujo de personas. Me temo que mis habilidades son bastante débiles en esa área.

Una oferta para posar como modelo para ella estaba en la punta de mi lengua, pero de alguna manera me resistí. Me estaba involucrando demasiado en la vida de Victoria Wright. Necesitaba recordarme a mí mismo que este arreglo era temporal. Cuando se considerara seguro, ella seguiría con su vida. No quería imaginar lo que eso implicaría. Probablemente Rexford la establecería en algún lugar lejos de Londres y de la residencia rural de su padre.

Pensar en Rexford me hizo volver a la razón por la que había regresado tan pronto. —Me temo que tengo más noticias para usted.

Su sonrisa se apagó y dejó escapar un suave suspiro. Todo su ser pareció deshincharse ante mis ojos, y odié que, por segundo día consecutivo, llegara con malas noticias para ella.

—¿Qué ha ocurrido ahora? —preguntó.

—Hablé con Rexford. Confirmó que su padre la está buscando.

Ella negó con la cabeza. —Eso no es exactamente una novedad.

—Visitó a su hermano esta mañana.

Se rodeó con los brazos apretándolos. —Pensaba que citaría a mi hermano, pero si realmente fue a King's... —Un escalofrío la recorrió —. Debe de estar muy enfadado.

—Está definitivamente disgustado —admití—. Pero su hermano descubrió algo importante. Su padre está haciendo correr la voz de que usted dejó Londres para cuidar a un familiar enfermo.

Ella dejó caer los brazos y apartó la mirada. —Por supuesto que lo ha hecho. Ante los primeros rumores de especulación, habría hecho todo lo posible por sofocarlo. —Volvió a mirarme después de varios segundos—. Lo que significa que lo que estamos haciendo aquí no tiene sentido. —Se mordió el labio—. ¿Cree Rexford que debería trasladarme al campo?

—Esa es una opción, por supuesto. Pero no la única.

Inclinó la cabeza a un lado, esperando a que yo continuara.

—Podemos seguir adelante con los planes para esconderla en algún lugar fuera de Londres. O... —dudé—. Podemos continuar como empezamos y asegurarnos de que todos sepan que usted es mi amante.

Ella se dio la vuelta y comenzó a caminar de un lado a otro. —No veo cómo. No voy a salir a la calle para proclamarlo a todo el mundo. Y tampoco puedo visitar a mis conocidos con el propósito de anunciar que ahora soy una mujer caída. Quizás eso me hace débil, pero no puedo hacerlo.

Me acerqué a donde se había detenido junto al pianoforte y coloqué mis manos sobre sus brazos, girándola para que me mirara. —No, por supuesto que no. Pero todavía está ese baile del que hablamos. El que se celebra para miembros del demimonde. Cuando la vean... —dejé la frase en el aire, permitiendo que ella misma dedujera el resto—. A pesar de los esfuerzos de su padre por ocultar lo que está ocurriendo, la noticia se extenderá. Primero entre los hombres, pero eventualmente, también entre las mujeres. En poco tiempo, todos escucharán los rumores.

Podía ver los engranajes girando en su cabeza mientras imaginaba el escenario. Yo prefería con diferencia esta opción a que ella desapareciera para siempre. Había accedido a asistir al baile cuando Rexford lo mencionó por primera vez, pero tenía que asegurarme de que no hubiera cambiado de opinión.

—Las acciones de su padre le han dado una forma de terminar con esto. Puede abandonar Londres con su reputación intacta, y Rexford hará todo lo que esté en su poder para mantenerla a salvo.

Ella estaba negando con la cabeza antes de que yo terminara. —Mi padre nunca se dará por vencido. Hará todo lo que esté en su poder para encontrarme. Y una vez que lo haga, me obligará a casarme con el hombre que él elija. Todavía no ha renunciado a Rexford. Un hijo puede cometer muchos males, y todo será perdonado cuando hereden. Pero una hija... —Negó con la cabeza de nuevo—. No, no me permitirá fácilmente mi libertad. Solo sirvo para un propósito, y es formar una alianza para él. El camino hacia la libertad está en manchar mi nombre. Solo entonces no tendrá ningún uso para mí.

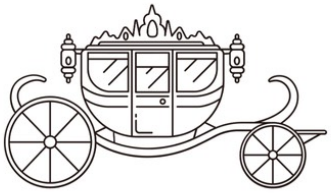
Observé a la determinada joven que tenía delante, con la barbilla alta. —¿Está segura?

Cuando asintió, solté mi agarre y tomé una respiración profunda y reconfortante.

Ella ladeó la cabeza. —¿Qué hacemos ahora?

Nunca en mi vida esperé pronunciar mis siguientes palabras. —Necesitamos ver a una modista para que tenga un vestido para el baile.

CAPÍTULO DIECISIETE



Victoria

SIN MÁS DILACIÓN, me encontré sentada en el carruaje de Moreland. Al parecer, ahora era *mi* carruaje. No me veía queriendo salir de casa por mi cuenta, pero Moreland me informó de que estaría segura con el cochero. Los dos lacayos que acompañaban al carruaje también eran responsables de garantizar mi seguridad.

A pesar de sus garantías, sabía que estábamos en peligro al estar a la intemperie. Me dije a mí misma que Padre no montaría una escena intentando un secuestro público y traté de obligarme a relajarme. Ayudaba que Moreland estuviese sentado frente a mí.

Las cortinas de las ventanas estaban cerradas, salvo la de la puerta del carruaje. Me recosté contra los cojines para que un observador casual no me viera.

Sin nada más que mirar, examiné a Moreland. Tenía los brazos cruzados sobre su amplio pecho, sus ojos grises oscurecidos en el interior del carruaje. Me observaba con lo que solo podría llamarse un intenso escrutinio.

Mantuve las manos suavemente entrelazadas sobre mi regazo. —No voy a cambiar de opinión.

Una esquina de su boca se elevó. —No pensaba que lo harías. Definitivamente eres la hermana de Rexford.

Me encogí de hombros. —Nos criaron para ser resilientes. Por supuesto, Padre también quería que permaneciéramos obedientes a él. Claramente, fracasó en eso.

Moreland no dijo nada a eso.

Suspiré. —Parece un desperdicio ir de compras por vestidos nuevos cuando ya he encargado tantos. Mis armarios en casa están a rebosar.

Un destello apareció en los ojos de Moreland. —No creo que ninguno de los vestidos que compraste para tu presentación en sociedad sean suficientes para esta reunión en particular.

Mi mente quedó en blanco momentáneamente, pero entonces me di cuenta de que tenía razón. No asistiría a un baile formal, ni

necesitaría limitarme a llevar vestidos recatados y virginales. Siempre me habían atraído los vestidos de colores vivos que podían llevar las mujeres casadas. Y había visto más de unos cuantos escotes bastante bajos.

Miré hacia mi modesto pecho. —No creo que ni siquiera el escote más bajo haga que mi escote resulte muy atractivo.

Cuando levanté la vista, Moreland estaba mirando mi pecho. El calor me subió a las mejillas. No podía creer que hubiera dicho algo así en voz alta. Y delante de él, ni más ni menos.

Se aclaró la garganta y apartó la mirada. —Estoy seguro de que eso no será un problema.

Sonreí ante el cumplido implícito. No estaba bien dotada, pero quizás a Moreland no le importaba eso.

Me estremecí interiormente ante el absurdo giro que habían tomado mis pensamientos. Era su amante solo de nombre. Sabía que resultaba agradable a la vista, pero también sabía que gran parte de mi atractivo residía en el hecho de que era la hija del Duque de Sherbourne. Muchos hombres querían alinearse conmigo por esa conexión. Moreland, sin embargo, sufriría por ello.

Me di cuenta entonces de que estaba siendo increíblemente egoísta. Él me había asegurado que no le preocupaba lo que mi padre pudiera hacerle, pero no podía evitar preocuparme. Empecé a ponerme de pie y, en ese momento, el carruaje se balanceó.

Moreland extendió la mano para estabilizarme, con sus manos en mis caderas. —¿Qué estás haciendo?

Me soltó, y me moví para sentarme junto a él. Se sentía natural estar tan cerca de él. A pesar de nuestro breve conocimiento, me sentía cómoda en su presencia.

—Padre hará todo lo que esté en su poder para arruinarte —dije en voz baja.

Se encogió de hombros. —Puede intentarlo.

—Estás en peligro, y estoy siendo egoísta. Di la palabra, y pondré fin a esto.

Ambos estábamos ligeramente girados en el asiento, nuestros cuerpos mirándose el uno al otro.

Extendió la mano para tomar las mías. —No.

—Pero...

Cubrió mis labios con un dedo. —No te preocupes por mí. Puedo cuidarme solo. Y tu hermano me asegura que ha colocado seguridad adicional a nuestro alrededor.

Hizo una mueca ante esa última parte, mientras el alivio me inundaba.

—¿No lo apruebas?

Se recostó, con los brazos cruzados sobre el pecho de nuevo, y frunció el ceño. —Puedo cuidarme solo.

No pude evitar sonreír. En ese momento, parecía un niño pequeño recalcitrante. —Quizás, pero no está de más ser prudente.

Quería decir más, pero el carruaje redujo la velocidad. Una rápida mirada por la ventana abierta mostró que estábamos en Bond Street. Peor aún, nos estábamos deteniendo frente a la tienda de Madame Argent.

Negué con la cabeza. —No podemos entrar ahí. Vine aquí para mis vestidos de la temporada. Toda persona importante se viste con ella. ¿Y si nos ven?

Levantó una ceja, y quise gemir por mi propia idiotez. Por supuesto, ese era el objetivo. Se suponía que debían verme. Pero aun así, la idea de entrar en esa tienda de vestidos, donde las personas que había conocido durante el último mes podrían darme la espalda... Me revolvía el estómago.

—No creo que esté preparada para una exhibición tan pública de mi ruina —admití.

Su mirada se suavizó. —La tienda está cerrada hoy.

—Pero...

—La modista mantiene horarios especiales para otra clientela.

No pude contener mi jadeo. —¿Madame Argent viste a la demimonde?

Se encogió de hombros. —Al parecer.

Entrecerré los ojos mirándole. —¿Trae a todas sus acompañantes femeninas aquí?

Me había dicho que nunca había tenido una amante, pero la pregunta se me escapó antes de que pudiera examinar el impulso.

Una irracionales celos me hicieron imaginar que escoltaba a una larga fila de mujeres hermosas hasta aquí.

Su mirada se encontró directamente con la mía. —¿Por qué demonios necesitaría escoltar a una mujer a una modista? Y ya sabes que nunca he tenido una amante.

No tenía nada que decir a eso, pero su tranquilidad alivió mis preocupaciones. Era una reacción extraña ya que ambos sabíamos que yo no era realmente su amante.

—Su hermano, con sus numerosos recursos, me dio esta información. El momento coincidía, así que pensé que sería mejor ocuparme del asunto de inmediato. La modista necesitará tiempo para coser las prendas.

Me reí, sin poder evitarlo. —Por favor, haga lo que haga, no llame costurera a Madame Argent en su cara. Podría apuñalarle accidentalmente con sus tijeras.

Sus ojos se iluminaron con alegría. —Gracias por la advertencia.

Moreland bajó primero del carruaje, luego se volvió hacia mí. —Llévese la capa —indicó, señalando la prenda que ni siquiera había notado que había colocado en el banco a mi lado.

Me alegré de su previsión. Ya era por la tarde, y las calles estaban llenas de gente. Si me cubría con la capucha y mantenía la cabeza agachada, podría ocultar mi identidad de los curiosos.

Después de ayudarme a bajar, me ofreció su brazo. Respiré hondo y miré el edificio frente a nosotros. Podía hacer esto. Si Madame Argent ofrecía sus habilidades a miembros de la demimonde, entonces se podía confiar en su discreción.

Deslicé mi mano por su brazo y le permití guiar el camino. Para mi sorpresa, en lugar de llevarme a la puerta principal de la tienda de Madame Argent, giró a la izquierda y llamó a la puerta del edificio contiguo.

Este edificio no tenía ningún letrero ni ventana de cristal en el frente. Nunca le había prestado atención antes.

La puerta se abrió, y fuimos recibidos por un joven de unos veinte años. Lo reconocí vagamente y recordé haber oído que era el hijo de Madame Argent.

¿Era esta su casa? Tenía sentido que viviera cerca de su tienda.

Pasamos por un pequeño vestíbulo y entramos en otra tienda de modista, una muy diferente a su tienda contigua. Carecía de la elegancia refinada de su establecimiento principal y, en cambio, era vibrante, rebosante de color. A diferencia de su otra tienda, la exhibición de ropa interior estaba a la vista, a pocos pasos de la entrada. El calor subió a mis mejillas cuando me di cuenta de que Moreland también las vería.

Madame Argent nos recibió ella misma, entrando majestuosamente a la habitación desde lo que supuse era una puerta contigua que conectaba con su tienda principal.

Tenía sentido que si atendía a dos grupos separados de clientela, querría mantenerlos divididos. Tiendas separadas y horarios comerciales dedicados para cada uno eran sensatos. Todos elogiaban a la modista francesa por sus diseños brillantes pero de buen gusto, pero parecía que su astucia se extendía también a su perspicacia para los negocios.

Su mirada penetrante recorrió a Moreland. —Me temo que no he tenido el placer. —Habló con un melodioso acento francés que solo añadía a su presencia impactante. Era de estatura modesta con cabello negro azabache. Las pequeñas líneas en las comisuras de sus ojos eran el único indicio de que era ligeramente mayor de lo que había supuesto inicialmente.

—Barón Moreland —dijo él con una ligera reverencia—. A su servicio.

Ella juntó las manos. —¡Una Leyenda! Nunca pensé tener a uno de ustedes en mi tienda. —Hizo una reverencia—. Bienvenido, monsieur. ¿Y quién es la mujer que ha traído?

Había mantenido mi cabeza girada, pero ante su pregunta, me volví para mirarla de frente y me quité la capucha de la capa.

Sus ojos se ensancharon brevemente. —¿Lady Victoria Wright? —Hizo un pequeño sonido con la garganta—. He oído rumores sobre usted, pero me dijeron hoy que había salido de la ciudad para visitar a su familia. Algo sobre un primo enfermo.

Me preparé para la censura en su expresión, quizás incluso un atisbo de repugnancia. Pero Madame Argent era claramente una

mujer que había visto mucho. Después de ese destello inicial de sorpresa, su rostro no mostró ningún juicio.

—Como puede imaginar —dije con cautela—, mi padre está haciendo todo lo posible para frenar los rumores que han surgido.

Madame Argent me dirigió una sonrisa tranquilizadora antes de mirar a Moreland. —Puedo ver por qué te sentirías tentada a alejarte del buen camino, *non*?

No supe cómo responder.

Afortunadamente, Moreland intervino. —Estamos aquí porque Lady Victoria tuvo que abandonar su hogar rápidamente. Se encuentra sin un vestuario adecuado. Tiene algunos vestidos de día pero no acceso al resto de su guardarropa.

Madame Argent asintió. —Entiendo. Aún tengo sus medidas. —Su mirada se dirigió rápidamente a mi vientre—. Supongo que nada ha cambiado, ¿verdad?

Confundida, abrí la boca para preguntar qué podría haber cambiado, pero Moreland respondió por mí. —No, nada ha cambiado.

—Bien —dijo con precisión—. Comprende por qué tenía que preguntar. Si una espera ocultar un pequeño embarazo, su modista siempre debe estar informada.

El calor subió a mis mejillas cuando me di cuenta de que todos llegarían a la misma conclusión. Cuando supieran que los rumores de mi caída eran ciertos, asumirían que Moreland me había dejado embarazada. Nada más explicaría mi repentina caída en desgracia.

—Entonces, ¿qué tenéis en mente?

Su mirada estaba en Moreland, pero me apresuré a responder. —Nada muy diferente de lo que ya hizo para mí. Los vestidos eran preciosos, por cierto. Me entristece no poder usarlos, pero difícilmente puedo pedir al personal de mi padre que me los envíe.

Madame Argent inclinó la cabeza pensativamente. —Comprendo. ¿Cuántos vestidos tenía en mente?

—Un vestido de baile —dije antes de volverme hacia Moreland.

—Tantos como sean necesarios —dijo Moreland—. Lo que usted considere apropiado. No saldrá en público a menudo, por razones obvias. Pero tenemos un baile dentro de dos días al que asistir.

Los ojos de Madame Argent brillaron. —Entiendo.

—Los otros vestidos pueden llegar cuando usted pueda, pero necesitamos un vestido rápidamente —dijo Moreland.

Madame Argent caminó a mi alrededor, evaluándome. —Mantengo algunos vestidos preparados para tales emergencias. —Encontró mi mirada—. Se sorprendería de cuántas jóvenes se encuentran aquí en el último minuto, necesitando algo un poco fuera de lo común.

No pude evitar preguntarme con qué frecuencia ocurrían situaciones como la mía, y quise presionarla para obtener detalles. Pero si esperaba que Madame Argent guardara mis secretos, debía respetar la privacidad de sus otras clientas.

—Esperad aquí —dijo enérgicamente—. Traeré algunos vestidos que puedo modificar fácilmente para Lady Victoria. —Se deslizó por la puerta hacia la tienda contigua.

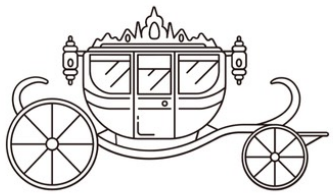
—Esto se siente tan normal —dije suavemente, sobrecogida por la sorpresa.

Nuestra visita no era muy diferente de mi última visita a la otra tienda de Madame Argent. Por supuesto, aquella vez había estado debidamente acompañada por una mujer mayor que mi padre empleaba para acompañarme. Ciertamente no había estado aquí con un hombre que se suponía que era mi protector.

Pero la manera tranquila y comprensiva de Madame Argent había aliviado el temor que sentía desde que el carruaje se detuvo frente a su tienda.

Quizás todo estaría bien.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Victoria

ANTES DE DARME CUENTA, la noche del baile había llegado y era hora de prepararme. Mientras Lily hacía su magia, me quedé mirando mi reflejo en el espejo. Era un ritual diario desde que se había convertido en mi doncella. Había demostrado ser muy hábil creando peinados elaborados pero elegantes. Por eso, fue una sorpresa cuando Lily dio un paso atrás y me informó de que había terminado.

Fruncí el ceño ante mi reflejo. —Pero tengo el pelo suelto.

Lily sonrió. —Es *artísticamente deshecho*.

—¿Qué significa eso?

Su sonrisa era indulgente, como si supiera mejor que yo lo que se esperaba, algo que, francamente, no dudaba. Solo era unos años mayor que yo, pero se comportaba con la confianza de alguien que había visto y experimentado mucho más.

—Empecé a sujetarlo aquí con horquillas —explicó, señalando las secciones cerca de mis sienes—. Afortunadamente, tu pelo tiene un rizo natural, así que no tuve que hacer mucho. La forma en que cae por detrás da la impresión de que alguien, en este caso Lord Moreland, pasó sus manos por tu pelo mientras estaba en pleno arrebato de pasión y comenzó a quitarte las horquillas.

La miré horrorizada. —¿Y se supone que debo dejar que la gente me vea así?

Su sonrisa se ensanchó, evidenciando su diversión. —Confía en mí. Cuando veas cómo va vestida la gente esta noche, pensarás que este peinado es modesto.

Me alarmó su afirmación, pero decidí tomarla al pie de la letra, ya que no sabía nada sobre el tipo de baile al que iba a asistir.

Untó una pequeña cantidad de color en mis labios. No era suficiente para parecer chillón, pero sí oscureció mi tono natural.

Asintió, satisfecha con su trabajo. —Cuando estés en el carruaje, pellízcate las mejillas. Eso aumentará el efecto.

No quería saber a qué "efecto" se refería, así que simplemente asentí.

Se dirigió al armario y sacó el vestido que habían entregado antes. Era casi medianoche, y me habían dicho que el baile no comenzaría realmente hasta la campanada de las doce. Había echado un vistazo rápido al vestido cuando llegó, pero ahora, mientras lo colocaba sobre la cama, me sorprendió lo poco recatado que era.

—Quítate la camisa —dijo Lily enérgicamente.

Hice lo que me indicó. Me había visto sin ropa lo suficiente, así que no sentía vergüenza. Cuando sacó otra camisa —más corta, casi transparente— incliné la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué el cambio?

Respondió con un enigmático apretón de labios mientras me ayudaba a ponérmela. Apenas me llegaba a la parte superior de los muslos, y ni siquiera me cubría los pechos.

Mi boca se abrió de par en par. —¿Dónde está el resto?

Lily se rio mientras sacaba un medio corsé. —Ten paciencia. —Envolvió el corsé alrededor de mi cintura y comenzó a atarlo.

—Inclínate hacia delante —me indicó.

El calor subió a mis mejillas mientras seguía la orden, levantando mis pechos de tamaño modesto según me indicó. Apretó los cordones por detrás, y cuando me enderecé de nuevo, mi boca se abrió de la impresión.

—¿Qué clase de brujería es esta? —murmuré, mirando mi reflejo en el espejo encima del tocador.

El corsé había transformado completamente mi figura. Ahora tenía un escote que solo podía describir como escandaloso.

Lily asintió satisfecha, luego me ayudó a ponerme el vestido —mi vestido *rojo*, un color que mi padre nunca me habría permitido llevar. Sin embargo, no era un tono brillante, sino un color más profundo. Atraería las miradas mientras seguía pareciendo elegante.

El efecto era impactante. El rojo contrastaba marcadamente con mi piel clara y mi pelo oscuro, y de alguna manera enfatizaba el toque de color en mis labios. Pero no era solo el color lo que me

impactaba; el escote era tan bajo que temía salirme del vestido por completo.

—No creo que pueda salir así —susurré, volviéndome hacia Lily con pánico.

Lily me estudió por un momento, su expresión llena de comprensión. —Puedes cambiar de opinión —dijo suavemente—. No estamos aquí para obligarte a hacer nada en contra de tu voluntad.

Sus palabras me devolvieron a la realidad. Tenía razón, por supuesto. Esta era mi elección.

Asentí, decidida a seguir adelante con nuestro plan. Era la única forma de conseguir mi libertad. —Estoy lista.

Había un brillo de complicidad en los ojos de Lily. —¿Su señoría vio el vestido cuando visitasteis a Madame Argent?

Negué con la cabeza. —Le hizo esperar en otra habitación.

Su sonrisa se ensanchó. —Creo que quedará encantado.

Cuando bajé las escaleras y entré en el salón, Moreland ya estaba de pie, con las manos entrelazadas a la espalda. Sus ojos se ensancharon, y su mirada me recorrió, apreciando los detalles de mi vestido. Luego maldijo por lo bajo.

La alarma me invadió. —¿Debería subir y cambiarme por otra cosa? Sabía que el vestido era un poco excesivo, pero Lily me había convencido de que le gustaría.

Negó con la cabeza. —Estás perfecta. Demasiado perfecta, de hecho. Me costará un infierno asegurarme de que nadie intente robarte esta noche.

No debería haberme halagado con sus palabras, pero mentiría si dijera que no me provocaron una emoción intensa. Moreland pensaba que era hermosa. Otros lo habían dicho, pero su aprecio significaba mucho más para mí. Y si estaba preocupado por mantenerme a su lado, no tenía motivos para temer que otra mujer le hiciera volver la cabeza en el baile.

—¿Deberíamos partir ya, milord? ¿O es aún demasiado temprano?

Miró el reloj. —Son casi las doce. Haremos que el carruaje dé vueltas un rato, ya que no queremos parecer demasiado ansiosos. Además, cuando hagas tu gran entrada, queremos público.

Asentí, sin saber qué responder. Tomé su brazo, y me condujo fuera hacia el carruaje.

Una vez que nos acomodamos dentro y estábamos en camino, susurré: —Tengo miedo.

Se inclinó hacia delante y tomó mis manos entre las suyas. —Esto es nuevo para ti. Si he de ser sincero, admiro tu valentía.

Sus ojos sostenían los míos, y no pude apartar la mirada.

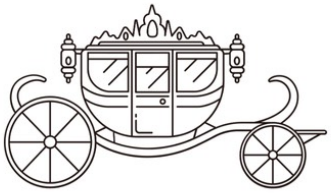
—No me siento muy valiente.

—Lo harás. —Metió la mano en un bolsillo para sacar algo y me lo tendió—. Esto es para ti.

Era una máscara, hecha del mismo tejido rojo intenso que mi vestido. Alargué la mano para cogerla, y un escalofrío me recorrió cuando mis dedos rozaron su palma. Ninguno de los dos llevaba guantes.

—Madame Argent la envió. Dijo que haría juego con el vestido. No estaba seguro de querer creerla. —Sacudió la cabeza—. Todas las miradas de la velada estarán sobre ti.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Moreland

NO ERA la primera vez que asistía a un baile como este. Normalmente, llegaba solo, lo que siempre me había convenido. Pero esta noche, mientras el carruaje se detenía, estaba llegando con mi amante, mi hermosísima amante a quien no podía tocar porque era la hermana de Rexford.

Cuando cruzamos el umbral hacia el gran salón, escuché los murmullos.

El hecho de que llegara con una acompañante ya era sorprendente en sí mismo. Nunca había tenido una amante, y todos sabían que prefería evitar tales enredos, lo que significaba que estaban intentando averiguar quién podría ser la mujer que iba de mi brazo.

Sin duda, gran parte de los cuchicheos se centraban en la columna de cotilleos que habían leído, esa que decía que una Leyenda había tomado a la hija de un duque como su amante. Pero sabía que sus especulaciones no eran sobre mí. No, su interés se centraba completamente en Victoria. Incluso sin el rumor en el *Chronicle*, era lo suficientemente hermosa como para atraer todas las miradas.

La atraje más cerca de mi costado mientras nos movíamos por el perímetro de la sala.

Rexford me había informado que reuniría a las tropas para el evento de esta noche. Con suerte, su presencia sería suficiente para mantener a Victoria a salvo. Sherbourne nunca pensaría en buscarla aquí. Para cuando la noticia llegara a él, y no tenía dudas de que llegaría, ella estaría nuevamente a salvo en la residencia de Rexford.

Bajé la mirada hacia Victoria y observé cómo sus ojos volaban por el gran salón detrás de su máscara, tratando de absorberlo todo. Sus movimientos eran lentos, su porte majestuoso, y para el observador casual, parecería compuesta. Pero yo podía ver las grietas en su fachada. Estaba nerviosa.

A nuestra izquierda, un hombre conducía a una mujer a uno de los muchos nichos escondidos a lo largo del perímetro del salón. Ya le estaba bajando el corpiño cuando ella, lánguidamente, alzó la mano para cerrar la cortina. La manera en que Victoria se tensó contra mí dejó claro que también lo había visto.

Me incliné para murmurarle al oído. Cualquiera que nos observara pensaría que le estaba dando un beso en la mejilla.

—Si quieres marcharte, solo dilo.

Me sonrió, con sus grandes ojos llenos de alivio. La fuerza de su mirada me golpeó en algún lugar en el centro del pecho.

—Creo —dijo con voz firme— que esta velada será bastante educativa.

Mi risa fue inesperada. Maldita sea, realmente estaba empezando a apreciar a Victoria.

La gente se dirigía al centro de la sala. Aquí no habría bailes campestres. Nada de reverencias o genuflexiones formales mientras las parejas se enfrentaban a una distancia respetable, para luego unirse con el roce de manos enguantadas. Esta noche todo se trataba del vals.

Me incliné ante Victoria y llevé su mano a mis labios. —Dime, querida, que sabes bailar el vals.

—Sí, mi señor —sus labios se curvaron—. Aunque no creo que lo que está ocurriendo en la pista de baile pueda llamarse propiamente vals.

Sonreí mientras la atraía a mis brazos. Empezamos a una distancia apropiada, pero cuando vi cómo nos observaba la gente, supe que tendríamos que dar un espectáculo.

—Por favor, perdóname —puse una palma firmemente en el centro de su espalda y la atraje hacia mí. Una descarga de conciencia me atravesó al sentir su cuerpo contra el mío.

Su boca se abrió por la sorpresa, pero se recuperó rápidamente. —No hay nada que perdonar. Se supone que soy tu amante, después de todo. Es lógico que interprete mi papel.

Deslizó sus manos por mis brazos, para luego rodearme el cuello. Mis pensamientos se paralizaron por completo.

Sus ojos estaban fijos en mí, entrecerrados y soñolientos. La manera en que su cabello caía sobre sus hombros la hacía parecer como si acabara de levantarse de la cama. El color en sus mejillas y labios hizo que mi cuerpo reaccionara como si acabara de hacerme la invitación más licenciosa.

Apoyó su mejilla contra mi pecho, y tomé varias respiraciones profundas para controlar mi deseo. No sabía cómo me contendría de arrastrarla a uno de esos nichos y devorarla.

¿Estaría Rexford ya aquí, presenciando nuestro comportamiento? Ese pensamiento no despertó la culpa que debería haber sentido. Rexford sabía lo que tendría que ocurrir cuando discutimos que trajera a Victoria aquí.

Bajé la cabeza para murmurarle al oído. Los sedosos rizos de su cabello oscuro rozaron mi mejilla, haciendo que cerrara los ojos brevemente. —No tenemos que quedarnos mucho tiempo. Podemos fingir que estamos tan enamorados el uno del otro que no podemos esperar a estar a solas.

Emitió un pequeño sonido, pero no pude descifrar su significado. No tenía que hacerlo. Le había dado una vía de escape. Dependía de ella lo que hiciéramos a continuación.

Pasamos los siguientes minutos así —apretados el uno contra el otro, balanceándonos juntos. Era intensamente consciente de cómo sus pechos se aplastaban contra mi torso y no podía evitar pensar en cómo se sentirían cuando estuviera completamente desnuda.

Mantuve mis manos en su cintura, pero mis pensamientos estaban llenos de lo mucho que deseaba agarrar sus caderas y presionarla contra mi creciente erección. Estar tan cerca de Victoria había despertado mis instintos más básicos, y era incapaz de contenerlos. Si ella notó o era consciente de mi predicamento, no dijo nada.

Finalmente, después de varios minutos de deliciosa tortura, deposité un beso en sus rizos. —Deberíamos dar una vuelta, asegurarnos de que nos vean.

Ella se apartó y me miró, sus ojos parpadeando detrás de su máscara. Apreté los dientes ante lo que imaginé que era deseo reflejado en sus profundidades. Si ella sentía aunque fuera una

fracción del deseo que me consumía, sería imposible asegurarme de que mantuviera su inocencia.

La volví a acomodar a mi lado, y reanudamos nuestro paseo. No tuvimos que ir muy lejos antes de que Fairfax y Kendrick se acercaran. Nos saludaron con una inclinación de cabeza.

Kendrick le sonrió a Victoria. —Es un placer verla aquí.

—Y luciendo aún más cautivadora que la última vez que nos encontramos —añadió Fairfax.

Quería golpearlo. Era irracional ya que solo estaba diciendo la verdad. Madame Argent había hecho un trabajo impecable asegurándose de que todas las miradas se posaran en Victoria.

Ella inclinó la cabeza. —¿Están todas las Leyendas aquí esta noche?

Kendrick asintió e inclinó la cabeza hacia la izquierda. Me giré para encontrar a Rexford apoyado contra una pared. Greyson y Clifton estaban a su lado. Los tres nos observaban. Aparté la mirada, negándome a sentir remordimiento por mi comportamiento o emociones. Cualquier otro hombre en mi lugar ya habría intentado atraer a Victoria a su cama. Honestamente, Rexford debería darme una medalla.

—Mirabelle está aquí —dijo Kendrick.

Asentí. —Por supuesto que lo está. Ya no eres su protector, así que es lógico que esté buscando otro.

—Espera que uno de nosotros intervenga —continuó Kendrick.

Uno de nosotros. Se refería a una de las Leyendas. Tendría que probar suerte con los demás porque yo no estaba interesado.

—¿Fairfax? —Me volví hacia él.

Se estremeció. —No deseo ver un artículo sobre nuestra próxima boda, muchas gracias. Si tomo una amante, será alguien sin expectativas tan irrazonables.

—¿Esperaba que usted se casara con ella? —preguntó Victoria.

Kendrick se encogió de hombros. —No es algo inaudito, aunque raramente ocurre. Creo que sobrestimó sus encantos.

Victoria negó con la cabeza. —Quizás debería presentarnos. Podría darme algunos consejos sobre cómo comportarme como una amante adecuada.

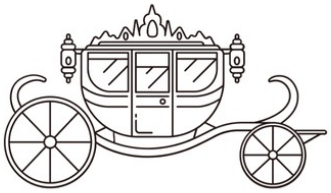
—Absolutamente no —dije.

Kendrick se encogió de hombros nuevamente. —Podría no ser tan mala idea. Definitivamente sabe lo que hace.

Le lancé una mirada fulminante mientras él y Fairfax se despedían y se perdían entre la multitud.

Y por supuesto, la siguiente persona en acercarse fue la mismísima Mirabelle.

CAPÍTULO VEINTE



Victoria

A SIMPLE VISTA, este baile era muy similar a otros a los que había asistido desde mi presentación en sociedad. Los hombres vestían con su elegancia habitual, y las mujeres se esmeraban en vestirse de manera que esperaban captara la atención del sexo opuesto. Pero ahí terminaban las similitudes.

Las mujeres mostraban más piel de la que estaba acostumbrada. Sí, había visto a algunas que llevaban vestidos con un escote muy atrevido, pero esta noche, esa descripción se aplicaba a todas las mujeres. Algunas lucían vestidos blancos casi transparentes que dejaban claro que no llevaban camisola. Incluso había visto a algunas que habían prescindido de sus corsés. La forma en que la tela se adhería a sus cuerpos me escandalizaba.

Varias mujeres habían llegado al extremo de llevar vestidos que, cuando se movían de cierta manera, revelaban una abertura escandalosamente alta a lo largo de un muslo. Si alguno de los vestidos tenía aberturas en la parte delantera, sinceramente esperaba no verlo. Mi entrenamiento para mantener la compostura ciertamente estaba siendo puesto a prueba esta noche.

Nunca imaginé que me encontraría en medio de una pista de baile, completamente pegada a un miembro del sexo opuesto mientras nos balanceábamos juntos. Pero la manera en que los brazos de Moreland me rodeaban me hacía sentir segura. No había sido un pensamiento consciente apoyar mi cabeza en su pecho. Se había sentido natural.

El fuerte latido de su corazón resultaba extrañamente reconfortante. Como si nada pudiera pasarme mientras él estuviera cerca. Pero no podía negar que me había avergonzado al darme cuenta de que Rexford me había visto recostada contra el barón.

Cuando los amigos de Moreland se alejaron, me giré para hacerle una pregunta. Pero cualquiera que fuera se me escapó por completo cuando una hermosa mujer se acercó a nosotros. Su cabello rubio era voluminoso, cayendo hasta la parte baja de su espalda, y podía

notar que era unos años mayor que yo. Sus mejillas habían perdido esa redondez que las mías aún poseían. Su rostro había madurado hasta convertirse en un lienzo perfecto para su boca ancha y sus pómulos altos. El azul pálido de sus ojos contenía un atisbo de diversión.

—Mi señor —hizo una reverencia exagerada que nos permitió tanto a Moreland como a mí ver el interior de su vestido blanco. Por supuesto, llevaba un vestido que se ceñía a sus curvas, abrazando sus pechos y sus redondeadas caderas—. No esperaba verte aquí con una invitada.

Moreland emitió un pequeño sonido, uno que la mujer de alguna manera sabía que significaba que estaba molesto.

No pude evitar preguntarme por qué. ¿Era esta mujer una de sus antiguas amantes? El pánico amenazó con consumirme ante ese pensamiento. Si ella era el tipo de mujer que Moreland normalmente entretenía, yo no tenía ninguna esperanza de captar su interés.

Claramente, nuestro baile había confundido mis pensamientos. Moreland solo estaba conmigo como un favor a mi hermano.

—Victoria, me gustaría presentarte a Mirabelle Devereux —dijo Moreland—. Mirabelle, esta es mi invitada, Lady Victoria Wright.

Mirabelle. Lord Kendrick acababa de decir que su antigua amante se llamaba Mirabelle. Mi ánimo se elevó al saber que no era una de las antiguas amantes de Moreland. Él había dicho claramente que no tenía interés en pasar tiempo con ella.

Los ojos de Mirabelle se agrandaron, y luego se rio.

—¿Sabe el marqués que está usted aquí con su hermana? —Negó con la cabeza, con una sonrisa indulgente—. Debo admitir que cuando escuché por primera vez los rumores, estaba segura de que la gente mentía. Pero veo que ahora te has pasado a corromper a jovencitas decentes.

Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba a abajo, y el calor subió a mis mejillas. Dado que la mujer era miembro del demimonde, no debería avergonzarme. ¿Quién era ella para juzgarme?

Moreland hizo algo que nunca esperé. Rodeó mi cintura con su brazo y me atrajo hacia su costado.

Mirabelle negó con la cabeza y suspiró dramáticamente.

—Quizás he estado perdiendo mi tiempo con Kendrick. Nunca imaginé que serías tan descarado como para tomar a la hermana de Rexford como tu amante. No sé cómo lo has conseguido, pero debo decir que estoy más que un poco intrigada.

Moreland se encogió de hombros.

—A veces somos impotentes ante nuestros deseos.

Mirabelle se lamió los labios, su mirada yendo de uno a otro.

—Quizás los tres podríamos...

Sus palabras se apagaron, y no pude entender lo que estaba insinuando. Pero fue imposible no notar la forma en que su mano se demoraba en el brazo de Moreland mientras se acercaba. Reprimí el deseo de interponerme entre ellos.

En su lugar, puse una mano en el pecho de Moreland y miré a Mirabelle a los ojos.

—No comparto.

Ella soltó su agarre del brazo y se rio, con los ojos brillantes. Me pregunté si mis ojos alguna vez brillaban, pero rápidamente descarté el pensamiento.

Mirabelle se acercó más y bajó la voz.

—Ustedes dos están poniendo un muy buen espectáculo, pero si quieren que la gente crea que ella es tu amante, tendrán que hacer algo escandaloso juntos. Ese vals no fue suficiente.

Metió la mano en su corpiño, sacó una tarjeta de visita y me la entregó. —Si alguna vez quieres algunos consejos, puedes contactar conmigo. Estaré más que encantada de ayudar —besó sus dedos y los agitó en el aire mientras se alejaba contoneándose, sus caderas balanceándose con cada paso.

Moreland nos alejó de la multitud que aún nos observaba. —Si Mirabelle ha adivinado lo que tramamos...

No necesitó terminar. Lo entendí.

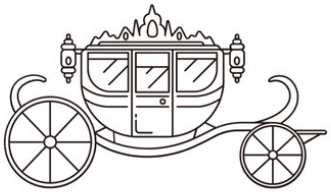
Deslicé mi mano por su pecho hasta que descansó justo encima de la caída de sus pantalones. Él contuvo la respiración y cubrió mi mano con una de las suyas. Luego me condujo por el perímetro de la sala. Maldijo cuando nos detuvimos en el primer, segundo y tercer reservado. Las cortinas estaban cerradas, y los sonidos amortiguados que venían del interior dejaban claro que estaban

ocupados. Finalmente, encontramos un espacio vacío, y me llevó a su interior con un brillo lascivo en su mirada.

Había visto esa misma mirada en los rostros de otros hombres cuando me observaban, pero siempre me había llenado de repulsión. Entonces, ¿por qué sentía... anticipación?

Cerró la cortina tras nosotros y me soltó. Nos quedamos allí, solos en el reservado oscurecido, mirándonos el uno al otro. Me di cuenta entonces de que respiraba agitadamente. Moreland también.

CAPÍTULO VEINTIUNO



Moreland

LAS PALABRAS de despedida de Mirabelle me habían desconcertado. Era más astuta de lo que había imaginado. Se había excedido con Kendrick, pero sabía leer a las personas. Me dejó preguntándome cuántos otros podrían ver que Victoria y yo estábamos interpretando un papel.

Necesitando tiempo para pensar, arrastré a Victoria a uno de los nichos. Pero una vez que estuvimos a salvo de miradas indiscretas, mi mente quedó en blanco. Estaba demasiado cerca. Se suponía que debía protegerla, pero en algún momento, la farsa había dejado de ser sobre ayudar a Rexford. En cambio, estaba completamente centrado en la joven frente a mí. Y era muy consciente de que le estaba fallando.

Ella esperaba que hablara, pero me sentía incapaz de moverme. Finalmente, lo único que pude hacer fue una rápida disculpa mientras me daba la vuelta. Necesitaba controlarme.

No esperaba sentir la mano de Victoria en mi brazo. No era lo suficientemente fuerte para moverme, pero no necesitaba usar la fuerza. Su ligero tirón hizo que me girara para mirarla.

Su voz era baja. —La señorita Devereux sabía lo que estábamos haciendo. ¿Crees que todos ahí fuera también lo saben?

De alguna manera me contuve de maldecir. —No lo sé.

—Pero temes que ella pueda tener razón.

Asentí. —Te he fallado.

Su sonrisa era suave. —Somos dos aquí, y claramente, ninguno de nosotros está representando adecuadamente su papel. —Apartó la mirada, con voz vacilante—. Pensé que bailar habría sido suficiente.

Cuando vi temblar su labio inferior, la atraje hacia mis brazos. Ella tomó unas cuantas respiraciones profundas mientras se acomodaba contra mí. Justo como lo hacía cuando bailábamos.

—Si alguna vez hago algo que te incomode, házmelo saber, y me detendré.

Ella me miró, sus ojos grandes y ensombrecidos sosteniendo los míos. —Creo que ambos sabemos que el fallo está en mí. Cualquiera que mire a la señorita Devereux sabe de un vistazo que es lo que dice ser: una mujer buscando un protector. Pero conmigo... —Soltó un suave suspiro que contenía más que un dejo de tristeza—. Me temo que mi padre me ha moldeado demasiado bien. Soy recatada y remilgada... —Su boca se torció hacia un lado, y bajó la mirada—. Una joven *respetable*.

Levanté su barbilla para que volviera a mirarme y dejé que mi mano descansara allí, acariciando suavemente la línea de su mandíbula. —No quiero oír ninguna negatividad de ti. Estamos juntos en esto.

Tomó una respiración profunda y temblorosa, y luego asintió. —¿Qué vamos a hacer?

La miré fijamente. —¿Todavía estás dispuesta a continuar? Rexford puede llevarte lejos. Estoy seguro de que aún está por ahí.

Negó con la cabeza. —No, absolutamente no. Me quedo contigo.

Si cualquier otra mujer hubiera dicho esas palabras, yo habría huido. Pero por alguna razón, viniendo de Victoria tenían exactamente el efecto contrario. Quería llevarla a casa y no dejarla ir nunca. Nada me impedía actuar según ese deseo. Se suponía que yo era su protector. Su amante. Nadie en nuestro grupo me reprocharía hacer lo necesario para asegurarme de que quedara arruinada. Cerré los ojos por un momento y respiré hondo. Tenía que encontrar mi autocontrol.

—Creo que necesitamos despeinarte un poco. —Mis ojos recorrieron su peinado. Ya estaba medio suelto.

Ella parpadeó sorprendida pero permaneció quieta mientras yo entrelazaba mis dedos por la masa de su cabello y sacaba las pocas horquillas que mantenían una parte recogida.

Murmuré en señal de aprobación cuando su cabello cayó suelto. —Es un buen comienzo.

Victoria se estiró y tiró de mi corbatín. Se lo permití. Cuando lo tuvo desatado, apartó la abertura de mi camisa y miró fijamente mi garganta.

—Nunca he visto la garganta de un hombre —admitió suavemente—. Incluso cuando mi hermano estaba en casa, hace muchos años, mi padre insistía en que se vistiera apropiadamente.

Sus palabras enviaron una oleada de calor por todo mi cuerpo. Nunca había visto la garganta de un hombre. Cerré los ojos mientras mi mente se llenaba de imágenes de todas las cosas que podría mostrarle, todos los deleites que podríamos descubrir juntos. Había jurado que no la arruinaría realmente, pero en ese momento, mi contención era extremadamente frágil. Haría falta muy poco para empujarme al límite.

—¿Puedo besarte? —Mi voz sonó inesperadamente áspera.

Nunca antes había tenido que pedir permiso a una mujer. Pero mis amantes anteriores siempre habían dejado claro que acogerían mis avances. Con Victoria, no podía estar seguro.

Sus manos se movieron hacia mis labios, y capturé uno de sus dedos en mi boca.

Sus ojos se ensancharon, y asintió. —Creo que me gustaría mucho.

Eso era toda la invitación que necesitaba.

El primer contacto de nuestros labios fue tentativo, la tela de nuestras máscaras un suave susurro en la oscuridad. Pude notar que nunca la habían besado antes. El hecho de que yo fuera el primer hombre en tocarla me volvió casi loco con el deseo de arrancarle ese maldito vestido de su cuerpo. Pero necesitaba recordarme a mí mismo que debía mostrar contención. No estábamos aquí para eso.

Intenté ignorar lo mejor que pude aquella vocecilla que susurraba: Puedes hacer mucho sin llegar a hacerle el amor.

Ella suspiró, y cuando su boca se abrió, profundicé el beso. Mantuve el suficiente juicio para estar atento a cualquier señal de reticencia por su parte. Pero en lugar de intentar apartarse, ella me rodeó el cuello con las manos, tal como había hecho mientras bailábamos, y se puso de puntillas para que estuviéramos mejor alineados. Le acaricié el trasero y la levanté contra mí. Ella emitió un suave sonido de sorpresa, pero luego correspondió al beso con igual fervor.

No sé cuánto tiempo nos entregamos a esa simple exploración, pero no fue suficiente. La cortina se agitó, seguida de una disculpa murmurada, y entonces Victoria y yo nos separamos.

Todavía estaba en mis brazos, mirándome fijamente, con los ojos casi negros en la oscuridad. Mis instintos más básicos me instaban a terminar lo que habíamos empezado y hacerla mía. Ella estaba interpretando el papel de mi amante. Nada nos impediría cruzar esa última barrera y convertirlo en realidad.

No necesitábamos fingir.

Pero entonces fui demasiado consciente de las risas y la música que aún sonaban fuera, y por primera vez en mi vida, una oleada de vergüenza me invadió. No podía hacerle esto a Victoria. No aquí, en cualquier caso. Si íbamos a hacer el amor, no sería aquí, en un nicho de una reunión social. Esta mujer merecía algo mejor que eso.

La bajé al suelo y contemplé su rostro sonrojado. Tenía los labios hinchados por nuestro beso, y me llevó unos momentos encontrar mi voz.

—Creo que ya estás lo suficientemente desaliñada.

Su risa tenía un matiz que dejaba claro que aún intentaba recuperar la compostura. Sus manos se movieron hacia mi garganta, y tragué con dificultad. Sus dedos desabrocharon hábilmente los botones de mi chaleco, pero se detuvo en la caída de mis pantalones.

Contuve la respiración anticipando su contacto. De alguna manera me obligué a respirar profundamente y cubrí sus manos con las mías.

—Con esto será suficiente.

Una cosa estaba clara: ya no podía confiar en mí mismo estando a solas con Victoria. Estaba duro como una roca, y quería poseerla, al diablo con las consecuencias.

En lugar de eso, la atraje a mi costado y la acompañé fuera del nicho. Cualquiera que nos viera mientras nos dirigíamos a la salida sabría que no habíamos estado simplemente conversando en privado. Y bastaría una mirada para ver mi evidente excitación.

La primera palmada en mi espalda al pasar junto a un grupo de hombres, acompañada de sus comentarios obscenos, normalmente

habría bastado para distraerme de mis deseos. Pero mis pensamientos estaban llenos de la forma en que Victoria me había mirado y cómo me había tocado. Cuando había dudado en la caída de mis pantalones, todo dentro de mí se había detenido mientras esperaba ver si bajaba más.

La metí en el carruaje, por el que afortunadamente no tuvimos que esperar mucho. Entonces tuve que obligarme a permanecer en el banco opuesto a la mujer que parecía el pecado mismo. En el interior tenuemente iluminado del carruaje, la piel sobre el escote muy bajo de su vestido parecía brillar en la oscuridad. Me invitaba a tocarla.

Cuando se lamió los labios, dejé escapar un gemido audible.

—No debería haberte traído aquí.

Su mirada sostuvo la mía.

—Dime, milord, ¿qué crees que me habría hecho Lord Heddington después de que nos casáramos?

Su pregunta se alojó en mi cerebro, y odié la imagen que evocaba. Podría ser una joven de buena cuna, pero su padre había estado a punto de entregarla a alguien que podría haberle hecho cualquier cosa que quisiera.

Nunca lo había considerado seriamente antes de conocerla. Todas esas jóvenes de buena cuna, escoltadas a todo tipo de bailes, fiestas y veladas musicales, cuidadosamente protegidas por sus acompañantes. Sin embargo, muchas de ellas eran entregadas alegremente en matrimonio a viejos lujuriosos. No dudaba que la mayoría estaban mal preparadas para lo que sucedería en el dormitorio. Lo mejor que podían esperar era que fuera rápido.

Victoria había escapado de ese destino, sí, pero no permanecería inocente para siempre. En algún momento, incluso si nadie se casaría con ella por haber sido completamente arruinada, tomaría un amante.

Podía verlo con demasiada claridad. Me había contado sus planes aquella primera noche durante la cena. Cuando todo esto terminara y estuviera libre del control de su padre, quería mudarse a un pueblo pequeño, establecer su propio hogar y vivir tranquilamente. Rexford

la ayudaría a lograr ese objetivo y se aseguraría de que no le faltara nada.

Pero Victoria era demasiado hermosa para permanecer sola, y había vislumbrado la pasión que acechaba en su interior. Los hombres acudirían en tropel a ella. Y no importaría si buscaban una relación ilícita o le ofrecían un matrimonio honorable. Los odiaba a todos por principio porque ella era mía.

De alguna manera, logré mantener mis manos alejadas de ella durante el viaje de vuelta a casa. La acompañé al interior, y un lacayo me aseguró que la casa no había visto actividad durante nuestra ausencia. Después de despedirlo, me volví hacia Victoria e incliné la cabeza en dirección al salón. Me siguió sin protestar.

—¿Crees que ha ido bien esta noche? Después de lo que dijo la señorita Devereux... —Se mordió el labio inferior.

Me reí. —Créeme, todos piensan que somos amantes.

Soltó un suspiro tembloroso mientras se llevaba las manos para quitarse la máscara. Yo ya me había quitado la mía en el carruaje. —¿Porque te desabroché la corbata y los botones del chaleco? ¿O porque llevaba el pelo suelto?

Negué con la cabeza. La lujuria me hizo coger la mano que no sostenía la máscara y llevarla hasta mi erección, que seguía dura. —No. Porque para todos estaba claro que no podía sacarte de allí lo suficientemente rápido. Creen que te estoy llevando a la cama ahora mismo.

Esperaba que apartara la mano cuando la solté. En lugar de eso, curvó sus dedos a mi alrededor, y tuve que cerrar los ojos. Nunca en mi vida había sentido tanta tentación por alguien que sabía que no podía tener.

—Todavía podríamos hacerlo. —Su voz era baja y melodiosa, como el canto de una sirena—. Después de todo, soy tu amante.

Maldiciendo, la arrastré a mis brazos y devoré su boca. Vertí cada gota de frustración y deseo en nuestro beso, agradeciendo la manera en que correspondía a mi ardor. Luego la aparté.

—Yo sé lo que quiero —dije, con voz ronca y grave—. Pero tú necesitas estar segura de que quieres lo mismo.

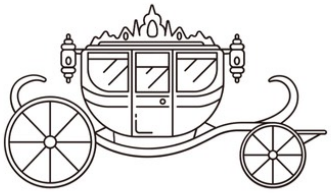
—Lo estoy —susurró.

Negué con la cabeza. —No. Esta noche no. Deberías subir ahora. Dormirás en tu habitación, y yo dormiré en la mía. Podemos hablar de esto mañana.

Quería protestar. Podía verlo en la inclinación obstinada de su barbilla y en la forma en que sus labios se apretaban en esa deliciosa línea que me tentaba a separarlos. Pero después de un momento, asintió.

La vi alejarse, con la espalda recta como una vara, su largo cabello oscuro balanceándose con cada paso. Y me maldije a mí mismo por comportarme como un idiota.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Victoria

ME HABÍA VUELTO MUY buena compartimentando mis sentimientos, lo cual era la única razón por la que pude subir y prepararme para acostarme. Incluso logré quedarme dormida rápidamente y soñé con lo que podría haber sucedido entre Moreland y yo si no me hubiera enviado lejos.

Cuando amaneció, me desperté temprano y llamé a Lily. La anticipación me llenaba mientras pensaba en las últimas palabras de Moreland. Hoy, hablaríamos de nuestra relación.

No había cambiado de opinión. La noche anterior me había demostrado que no tenía miedo de experimentar la intimidad con él. De hecho, ocurría lo contrario. Anhelaba su contacto.

Si solo pudiera tenerlo por un breve tiempo, lo aceptaría. Cualquier cosa que ocurriera entre nosotros en el dormitorio sería preferible a lo que habría experimentado en el lecho matrimonial con Lord Heddington.

—¿Está despierto Lord Moreland? —pregunté tan pronto como Lily entró en mi habitación.

Lily negó con la cabeza mientras se dirigía al armario y sacaba un vestido. —Su señoría fue llamado temprano esta mañana.

Mi ánimo decayó, y crucé la habitación hasta el tocador, donde me quedé mirando el surtido de horquillas y cepillos esparcidos sobre su superficie. —¿Dejó alguna nota para mí?

Se colocó detrás de mí y comenzó a cepillarme el pelo. —Me temo que no tuvo tiempo. Pero dejó dicho al mayordomo que regresaría a tiempo para la cena.

Solté un suave suspiro. —Puedes enviar una bandeja a mi habitación para el desayuno. No tiene sentido que el personal se esfuerce demasiado por mí.

—Como deseéis, mi señora.

El silencio se extendió entre nosotras mientras terminaba de sujetarme el pelo con horquillas y me ayudaba a vestirme. El día se

abría ante mí, pero al menos podría dibujar, gracias al atento regalo de Moreland.

Después de que Lily se marchara para organizar mi desayuno, me senté en el borde de la cama e intenté no preocuparme. Pero estaría mintiendo si dijera que no me inquietaba que Moreland hubiera cambiado de opinión.

Probablemente había decidido que su lealtad hacia mi hermano significaba que no podía tocarme. Ya lo había dicho antes, pero yo tenía la esperanza de que la situación hubiera cambiado después de todo lo que habíamos hecho anoche. Había estado al borde de perder el control.

Tenía que averiguar cómo llevarlo de nuevo a ese límite.

Mi mirada se posó en la mesita y en la tarjeta de visita que había colocado allí anoche, la tarjeta de Mirabelle Devereux. Cuando Moreland y yo habíamos entrado en el reservado, había seguido su ejemplo y me la había metido en el corpiño. Me había olvidado de ella hasta que me estaba preparando para acostarme. La cogí ahora. Su nombre estaba grabado en relieve en el frente. Al darle la vuelta, vi una dirección escrita con una fina caligrafía. Mi emoción creció al considerar cómo podría ayudarme.

Me daba demasiada vergüenza preguntarle a Lily qué sabía sobre los hombres. Pero Mirabelle había sido la amante de Lord Kendrick. Ella sabría cómo seducir a un hombre y mantener su interés.

Me mordí el labio inferior, considerando mis opciones. No podía ir a verla, pero podía invitarla aquí. Con una sonrisa, me levanté y fui en busca de una pluma y pergamino.

ERA PRINCIPIOS DE LA TARDE, y estaba en la sala de estar esperando la visita de la señorita Devereux. Empezaba a preocuparme que no aceptara mi invitación cuando escuché que llamaban a la puerta principal. No estaba segura de si era prudente hacerme amiga de esa mujer, pero no podría hacerme daño tenerla como aliada.

Me puse de pie y esperé a que el mayordomo la hiciera pasar. El suave acento de su voz precedió a su llegada. Pero la mujer que entró en mi salón solo guardaba un parecido superficial con la que había conocido anoche. Hoy, no me habría sorprendido que alguien me dijera que era miembro de la alta sociedad. Su cabello rubio estaba recogido en un arreglo modesto, su rostro desprovisto de cosméticos. Y su vestido era uno que podría verme usando mientras hacía mis propias visitas.

Me sorprendió la diferencia en su aspecto. Anoche en la reunión, había sido la tentadora seductora. Hoy, era la imagen de una mujer correcta que sabría comportarse en cualquier situación.

—Me alegro mucho de que haya aceptado mi invitación, señorita Devereux.

Cruzó la habitación e hizo una discreta reverencia. —Me sentí honrada al recibir su nota. Y por favor, llámeme Mirabelle.

Nos acomodamos en el sofá. —Ya he organizado el té. Debería llegar en breve.

Mirabelle me examinó. —¿Es esta simplemente una visita social?

Dudé, momentáneamente desconcertada por su franqueza. Sin embargo, había llegado hasta aquí, así que no tenía sentido retrasar lo inevitable. —Dijiste algo anoche que me intrigó.

La sonrisa de Mirabelle se volvió calculadora. —Os vi a ti y a Lord Moreland entrar en el reservado. Cuando salisteis, pensé con certeza que me había equivocado en mis suposiciones.

Intenté ignorar el calor que me subía a las mejillas, y levanté un hombro en lo que esperaba fuera un encogimiento despreocupado. —Tengo algunas preguntas para usted.

Se inclinó hacia delante. —Debo admitir que mi curiosidad está despierta.

Respiré hondo y me lancé a compartir los detalles que había decidido contarle. —Usted sabe quién soy.

Asintió. —Eres la hermana de Rexford, ¿no es así? No estaba segura de si podía creer los rumores.

Cuando asentí, ella negó con la cabeza. —Todavía no puedo creer que Moreland haya tomado como amante a la hermana de su amigo. Tu padre debe estar furioso.

Desvié la mirada. —Lo que piense mi padre ahora apenas importa.

—Dime —dijo ella—. ¿Por qué elegirías ser la amante de un hombre en lugar de casarte con un caballero con título que podría darte todo lo que quisieras?

Sostuve su mirada curiosa. —Porque mi padre quería que me casara con Lord Heddington.

Mirabelle hizo una mueca. —Entiendo tu dilema.

Asentí, de acuerdo. —Esta era la mejor alternativa.

—Quizás —dijo Mirabelle—. Pero un hombre de la edad de Lord Heddington... Puede que no te hubiera molestado demasiado.

Fruncí el ceño. —¿Molestado?

Ella rio suavemente. —Definitivamente eres una inocente. Cuando los hombres alcanzan cierta edad, muchos se encuentran incapaces de cumplir.

Mi ceño se profundizó. —¿Cumplir?

Negó con la cabeza. —Tener relaciones maritales. Acostarse con sus esposas. No pueden... físicamente realizar el acto. Así que podrías haberte encontrado siendo como una hija para él. Alguien que le acompañe a los bailes y organice sus reuniones.

Consideré sus palabras, preguntándome si había sido demasiado precipitada. Pero entonces recordé cómo me había mirado Moreland anoche, cómo había comprado todos los materiales de arte imaginables porque sabía que me gustaba dibujar. Y no podía negar cómo reaccionaba mi cuerpo cada vez que me tocaba. No, no me arrepentía de lo que había hecho.

Negué con la cabeza. —No hay forma de saberlo. Con toda probabilidad, podría ser todo lo contrario. No tiene un heredero, después de todo. Estoy segura de que está bastante ansioso por asegurar que el título pase a un hijo.

Mirabelle suspiró. —Probablemente tengas razón. Y Moreland es muy atractivo... —dejó la frase en el aire, y luego soltó un bufido incrédulo—. Simplemente no puedo creer que tu hermano esté de acuerdo con esto.

Arqueé una ceja. —¿Has conocido a mi hermano?

Ella rio. —Ahí me has pillado. Es ampliamente considerado como el rey de los Legends, después de todo. Y su moral es más laxa que la de la mayoría.

No tenía respuesta para eso. No cuando Moreland estaba mostrando una frustrante cantidad de contención en cuanto a su comportamiento hacia mí.

—Dime, Lady Victoria. ¿Por qué me has invitado aquí hoy?

Respiré hondo y me obligué a desnudar mi alma ante esta mujer. —Estoy teniendo un problema con Moreland.

Inclinó la cabeza. —Por favor, no me digas que tiene problemas para... cumplir.

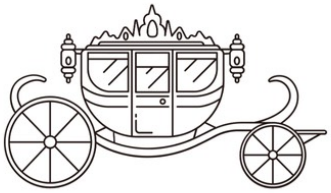
—No, por supuesto que no —dije rápidamente, recordando lo duro que había estado anoche, cómo se había sentido bajo mi tacto. No tenía pruebas que indicaran lo contrario, pero estaba segura de que Moreland no tendría problemas en ese departamento—. Es solo que... a veces, me resulta difícil hacer que olvide que soy la hermana de Rexford. Es demasiado circunspecto conmigo, y me falta el conocimiento sobre cómo puedo incitarle a que abandone su contención.

La mirada de Mirabelle se agudizó, y tuve la extraña certeza de que se había dado cuenta de la verdad: que Moreland y yo aún no habíamos hecho el amor y que yo esperaba tentarle.

—Ah, aquí está el té —dijo mientras un lacayo entraba con una bandeja de té y dulces. Esperó a que yo sirviera una taza para cada una antes de continuar—. Tengo mucha información para compartir contigo que será de gran beneficio.

El alivio se extendió por todo mi cuerpo. Definitivamente había hecho lo correcto al contactar con esta mujer.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



Victoria

MI CONVERSACIÓN con Mirabelle fue reveladora. No intenté ocultar el hecho de que mis conocimientos tenían importantes lagunas. Pero no pude hacer la pregunta sobre la que sentía más curiosidad. ¿Cómo se sentiría tener a un hombre dentro de mí por primera vez?

Había oído rumores sobre el dolor, pero empezaba a cuestionar si eso era cierto. Sobre todo porque Mirabelle dejó claro que disfrutaba del acto de hacer el amor.

Si le pareció extraño mi recelo a compartir detalles sobre mis experiencias con Moreland, se lo guardó para sí. Después de todo, me habían sobreprotegido y acababa de debutar en sociedad. Sabía que ella asumía que mi resistencia a revelar cualquier detalle se debía a mi inexperiencia.

Después de que se marchara, mis pensamientos giraban en torno a todas las posibilidades. Pero difícilmente podría hacer algunas de las cosas que me había sugerido cuando todavía necesitaba convencer a Moreland de que no me apartara de su lado.

Pasé el resto del día experimentando con pinturas al óleo y descubrí rápidamente que no tenía talento para ellas. Tendría que continuar con las acuarelas, con las que apenas había empezado a practicar antes de que mi padre interrumpiera mis clases de arte.

Cuando se acercó la noche, dejé a un lado las pinturas y los pinceles. Se había hecho tarde y tuve que pedirle a una de las doncellas que limpiara mis pinceles. Me pareció un lujo, pero tenía que prepararme para la llegada de Moreland.

Subí apresuradamente y llamé a Lily para que me ayudara a ponerme el vestido que Madame Argent había enviado aquella tarde. No era uno de los estilos más atrevidos que me había sugerido, pero la tela lucía encantadora sobre mi piel.

Contemplé el vestido, que le había pedido a Lily que extendiera sobre mi cama. Era de un azul pálido, su tela brillaba a la luz del atardecer que se filtraba por la ventana. El corpiño era modesto pero

favorecedor. Era un vestido adecuado para una velada, aunque quizás demasiado formal para una cena privada en casa. Aun así, quería verme lo mejor posible para Moreland.

Consideré pedirle a Lily que me soltara el pelo, pero al final, desistí de hacerlo. Ella sabía que Moreland y yo dormíamos en habitaciones separadas, y no podía admitir que esperaba que esta noche pusiera fin a ese arreglo.

Cuando bajé las escaleras, me alegró descubrir que Moreland ya me esperaba en el salón.

Su mirada me recorrió, observando mi atuendo formal. —¿Tenías pensado salir esta noche?

Una energía nerviosa me invadió mientras acortaba la distancia entre nosotros. —No tengo muchos vestidos aquí.

—Siempre estás preciosa, Victoria.

Me sonrojé y me acerqué más a él, apoyando una mano en su brazo. Por un momento, temí que me apartara. En cambio, su expresión se suavizó y me dio el beso que había estado esperando. No fue nada comparado con el apasionado abrazo que habíamos compartido la noche anterior, pero indicaba que no tenía intención de rechazarme.

Nuestro beso fue breve, y demasiado pronto me soltó. —Me han dicho que has tenido una visita hoy.

Suspiré. Dada mi precaria situación, tenía sentido que el personal le informara sobre cualquier entrada y salida. —Pensé que, dada mi posición, podría valer la pena hablar con ella.

Frunció el ceño. —No necesitas consejos de Mirabelle Devereux.

Arqueé una ceja. —¿Acaso no soy tu amante?

Maldijo entre dientes. —No vas a pasar de un protector a otro en una serie de acuerdos a corto plazo. Lo que tenemos aquí... —Sacudió la cabeza—. Ni siquiera sé lo que estoy diciendo. No estoy seguro de qué estamos haciendo.

—Sabes que te admiro y que me resultas atractivo.

Sus ojos se oscurecieron, su mirada escudriñando la mía mientras desnudaba mi alma.

Aterrada de que cambiara de opinión, continué. —He estado pensando en lo que ocurrió anoche, y debes saber que mis

sentimientos siguen siendo los mismos.

Entonces sonrió, y la única palabra para describirla era pecaminosa. —Tu hermano me retará a duelo por esto.

—Lo dudo muchísimo. Por todo lo que he oído, no estaría en posición de juzgar mis acciones.

—Quizás no. Pero se me pidió que te protegiera.

Coloqué una mano sobre su brazo mientras la preocupación florecía en mi pecho. —¿Te advirtió que no...? —me interrumpí, incapaz de terminar la frase. ¿Cómo podría expresarlo exactamente cuando estaba demasiado avergonzada para pedir lo que realmente quería de él?

Negó con la cabeza. —Me advirtió que no te hiciera daño. Pero creo que sabía que, dada la situación y lo cercanos que tendríamos que llegar a ser... —Se encogió de hombros—. Creo que se da cuenta de que es inevitable.

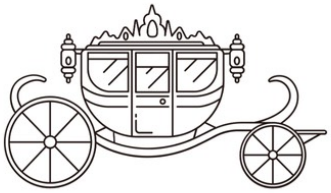
—Porque eres conocido por acostarte con muchas mujeres —Mirabelle me lo había dicho, y odiaba las imágenes que habían aparecido en mi mente—. ¿Has estado viendo a alguien cuando no estás aquí? —No pude evitar que la pregunta se me escapara. Mi mayor temor era que estuviera haciendo de enfermero conmigo mientras buscaba placer en otra parte.

—No, Victoria —su voz era firme, segura—. No he podido pensar en otra mujer desde que te conocí.

El tono oscuro de su voz hizo que se me encogiera el estómago. —No estoy segura de cómo voy a poder comer ahora.

Se rio entonces, con una expresión casi infantil. —Estoy seguro de que nos las arreglaremos.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



SE MORDIÓ EL LABIO INFERIOR, y tuve que contenerme para no gemir. Con cualquier otra mujer, habría pensado que era un gesto estudiado para llamar la atención sobre su boca. Pero con Victoria, sabía que era una señal de que no estaba segura de cómo proceder.

—Tu mayordomo me ha informado de que servirán la cena cuando estemos listos —le ofrecí mi brazo, y ella lo tomó, apoyándose ligeramente contra mí. Era imprudente, pero el afecto hacia esta mujer florecía en mi pecho.

La cena fue agradable. Nunca había compartido tantas comidas con la misma mujer, pero Victoria estaba llena de divertidas historias sobre su infancia. No recordaba mucho a Rexford, dada la diferencia de diez años entre ellos y el hecho de que él había estado en el internado durante gran parte del año. Y pensé que era mejor no compartir las historias que yo conocía sobre él.

Un silencio tenso se apoderó de la habitación cuando un lacayo retiró nuestros platos de postre. Supuse que estaba preocupada por lo que sucedería a continuación, y quería asegurarle que no la obligaría a hacer nada. Me sentiría decepcionado si cambiaba de opinión, pero aceptaría su decisión.

Debería haber sabido que seguía preocupada por el duque.

—Padre estaba muy disgustado cuando Rexford fundó su club —volvió a morderse el labio—. Pero mi hermano es su heredero, y en algún momento perdonará a Rexford. Pero conmigo... —bajó la mirada hacia la mesa, que ya había sido despejada—. Nunca me perdonará.

—Victoria...

—No espero que lo haga, y no necesito eso de él. Pero tengo miedo de lo que hará cuando me encuentre.

Me levanté y rodeé la mesa para ponerme a su lado. Le ofrecí mi mano, que ella tomó, y la ayudé a ponerse en pie.

—Tu padre no te encontrará. Rexford ha hecho todo lo posible para asegurarse de que estemos seguros aquí. Además, me tienes a

mí. Prometo mantenerte a salvo.

Tragó saliva visiblemente, y luego asintió. —Quiero creerte.

Le acuné la mejilla. —Puede que aún no me creas, pero es cierto. Y por esa razón, quiero que sepas que si has cambiado de opinión sobre esta noche, respetaré tus deseos.

Sus ojos se encontraron con los míos, y vi todo tipo de emociones cruzar por su rostro. Pero la predominante era el miedo. La decepción amenazaba con aplastarme, pero la solté y di un paso atrás.

—No —volvió a buscar mi mano—. No he cambiado de opinión. Tengo miedo de que me encuentres insuficiente. Tienes tanta experiencia...

La atraje hacia mis brazos y la besé entonces. No quería que Victoria pensara en las otras mujeres con las que había estado, porque en ese momento, nadie más importaba. Solo la quería a ella.

No duraría. Nunca duraba. Pero eso no significaba que no pudiéramos disfrutar de lo que teníamos ahora.

Su beso fue tentativo, pero luego rodeó mi cuello con sus brazos y se hundió en mí. Me prometí que no tomaría su virginidad esta primera noche, pero nada podría impedirme iniciarla en el mundo del deleite físico.

Me aparté y juntos subimos las escaleras hacia su dormitorio. No había sirvientes acechando en el pasillo, pero sabía que estarían al tanto de lo que sucedía entre Victoria y yo. Los criados siempre lo sabían, lo que significaba que Rexford también lo sabría, pero no habría puesto a su hermana bajo mi cuidado si no confiara en mí.

Cerré la puerta tras nosotros, luego me volví para mirar a Victoria, que mantenía las manos juntas a la altura de la cintura.

—Dime qué quieres que haga, mi señor.

Esas palabras saliendo de su deliciosa boca me pusieron duro como una roca, lo que era un inconveniente.

—Date la vuelta.

Lo hizo, dejando caer las manos a los costados mientras yo me colocaba detrás de ella y comenzaba a desabrochar la hilera de botones en la espalda de su vestido. Le di un beso en la base del

cuello, donde se unía con el hombro, y vi cómo se le ponía la piel de gallina en los brazos.

—No tengas miedo —dije.

Negó con la cabeza. —No tengo miedo. Descubro que estoy deseando que ocurra.

Cuando llegué al último botón, bajé su vestido. Lo solté para que cayera al suelo, y luego me puse a desatar su corsé. Lo lancé sobre su tocador.

—Date la vuelta para mí.

Todavía estaba en camisola cuando se dio la vuelta y salió del montón de tela en el suelo. Un candelabro ardía con fuerza sobre la mesita de noche detrás de ella, permitiéndome ver la forma de su figura bajo la camisola. Era gloriosa. Mis dedos me picaban mientras una necesidad casi desesperada de rasgar esa frágil tela me invadía, pero de alguna manera, me contuve. Su mano se movió hacia la cinta que mantenía su camisola cerrada a la altura de sus pechos. Si se desnudaba para mí ahora, no podría mantener ni un ápice de contención.

Tragué con dificultad. —Déjatela puesta.

Dejó escapar un suspiro de alivio y se tumbó en la cama. Sus manos se cerraron en puños a los lados, y me miró fijamente.

—¿Vas a...?

Negué con la cabeza. —No te tomaré esta noche, Victoria.

Se incorporó sobre los codos, pero puse un dedo sobre sus deliciosos labios para acallar su protesta.

—No esta noche, pero te mostraré el placer que se puede sentir cuando un hombre te toca.

Esperé a que asintiera. Cuando volvió a recostarse, me permití tocarla. Comencé con sus labios, recorriéndolos con mi pulgar antes de acomodarme en la cama junto a ella y besarla. Emitió un suave sonido de satisfacción y se giró hacia mí. Tracé la línea de su mandíbula, luego su garganta, siguiendo el contacto con mis labios.

Cuando acaricié sus pechos, su suave gemido me atravesó. Nunca antes me había dedicado tan completamente a dar placer a una mujer sin pensar en mi propia satisfacción. Pero en ese

momento, lo único que me importaba era asegurarme de que Victoria disfrutara de mi contacto.

Pasé mi lengua por la cima de uno de sus pezones, a través de la camisola, humedeciendo la tela, y luego llevé la punta de su pecho a mi boca. Sus manos volaron a la parte posterior de mi cabeza, manteniéndome allí mientras emitía suaves sonidos felinos desde el fondo de su garganta. Cada gemido servía para aumentar mi deseo. Me moví para dedicar atención a su otro pecho, luego bajé besando su vientre.

Encontré su mirada, necesitando prepararla para lo que estaba a punto de suceder. —Voy a tocarte entre las piernas.

Asintió, con su carnoso labio inferior atrapado entre los dientes. —Sí —suspiró después de liberar su labio.

Sonreí. Estaba intentando contenerse. Yo pretendía hacerla gritar.

Observé su rostro mientras deslizaba mis manos desde sus delicados tobillos, a lo largo de sus pantorrillas, y luego por sus suaves muslos. Me detuve justo antes de llegar a mi destino.

—¿Has cambiado de opinión, Victoria?

Negó con la cabeza. —No.

El deseo me invadió, sabiendo lo que encontraría cuando alcanzara su centro. Estaba completamente húmeda. Mi diversión se desvaneció entonces mientras la exploraba. Cuando rocé con el pulgar ese pequeño punto de nervios, gimió. Dediqué mis esfuerzos allí mientras deslizaba un dedo en su interior. Estaba mordiéndose el labio inferior de nuevo.

Quería llevarla al éxtasis con mi boca, pero eso sería demasiado para su primera vez. Esta noche, me limitaría a usar mis manos.

—Grita para mí, Victoria.

Su respiración se entrecortó, y entonces lo hizo. Mientras se estrechaba alrededor de mi dedo, continué acariciándola. Cuando los temblores cesaron y se hundió en el colchón, me detuve y bajé su camisola para cubrirla.

Estaba sobre sus codos de nuevo, mirándome con ojos abiertos de asombro. —Nunca... —Negó con la cabeza—. No es de extrañar que los hombres busquen aventuras.

Me reí. Eso era lo último que esperaba que dijera.

—Estoy ansiosa por experimentar lo que viene después.

No pude evitar besarla. Pero no podía permitirme quedarme, así que me aparté. —Esto es suficiente por esta noche.

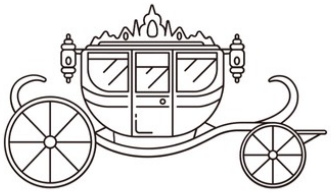
Agarró mi brazo para detenerme.

Dejé un beso en su frente y sonreí. —Haremos esto despacio o no lo haremos en absoluto.

Sus ojos se encontraron con los míos, y entonces asintió.

—Bien. —Le aparté el cabello de la cara y me levanté de la cama. Girándome, salí de la habitación antes de ceder a la abrumadora tentación que era Victoria Wright.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Victoria

LA INVITACIÓN de Mirabelle llegó cerca del mediodía de la mañana siguiente.

Gracias por invitarme a tomar el té ayer. Tengo algunas citas programadas para esta tarde. Si no está recibiendo visitas hoy, pensé que quizás le gustaría acompañarme. Me gustaría presentarle a mi modista.

Pasaré a las cuatro a menos que sepa lo contrario.

~ M.D.

Me quedé mirando la sencilla nota y consideré la sensatez de aceptar.

Después de nuestra intimidad, demasiado breve, de ayer, esperaba encontrar a Moreland ausente esta mañana. Para mi deleite, me estaba esperando en el comedor del desayuno. Desafortunadamente, después de desayunar, se marchó.

Necesitando distraerme, deambulé hasta la sala de música. O más precisamente, la habitación que ahora era mi estudio de artista. Se habían trasladado armarios a la habitación para guardar los materiales de arte, pero me encantaba ver el caballete y los lienzos alineados en una pared. Era un recordatorio diario de que ya no necesitaba ocultar mis intereses.

Cogí mi cuaderno de bocetos y pasé a la página donde había intentado, sin éxito, dibujar los rasgos de Moreland. Fruncí el ceño ante mi lamentable esfuerzo por capturar el brillo de sus ojos cuando le vi por primera vez en el club de mi hermano.

Siempre había pensado que el lecho matrimonial era una prueba que tendría que tolerar, pero Moreland me había demostrado que no tenía por qué ser así. Quizás los maridos eran criaturas aburridas, pero los protectores eran otra cuestión completamente distinta. Dada la elección entre continuar esta farsa con él o casarme con Lord Heddington, preferiría con mucho pasar el resto de mis días como amante de Moreland.

Nunca ocurriría, por supuesto, pero eso no significaba que no pudiera disfrutar de nuestro tiempo juntos. Y quizás después, podría encontrar a alguien capaz de proporcionarme aunque fuera una fracción del placer que él ya me había mostrado.

Cogí un lápiz y me acomodé en la chaise longue, decidida a tener una imagen de Moreland para recordarle. Desafortunadamente, mi segundo y tercer boceto no fueron mucho mejores. Soltando un suspiro frustrado, dejé el cuaderno y miré el reloj de la repisa. Era casi la hora de la visita de Mirabelle.

Cuando regresé abajo, me encontré frente a un mayordomo que me miraba con desaprobación.

—Está fuera de toda cuestión, milady.

Su tono y comportamiento eran correctos, pero era más joven de lo que se esperaría para un puesto tan elevado dentro del personal de la casa. Dado que estaba asignado principalmente para garantizar mi seguridad, tenía sentido que mi hermano contratara personal compuesto por hombres más jóvenes, hombres que pudieran lidiar con cualquier intento que mi padre pudiera hacer para llevarme de vuelta.

Estaba decidida a mantenerme firme. —¿Fue esa la orden de mi hermano? ¿Que no puedo salir en absoluto?

El mayordomo frunció el ceño. —No exactamente con esas palabras, pero estaba implícito.

Alcé una ceja. —¿Implícito? Así que no está siguiendo sus órdenes. Me mantiene encerrada aquí por su propia cuenta.

—Es extremadamente imprudente que usted salga. No podríamos protegerla.

Sonreí dulcemente. —Entonces envíe una escolta, sus hombres más fuertes. Tomaremos nuestro propio carruaje, y uno de sus

hombres puede viajar en el coche con nosotras. Otro puede sentarse fuera con el cochero. Estoy segura de que entre los tres, estaré bastante a salvo. Solo voy a visitar a una modista. Hice una visita similar con Lord Moreland recientemente —me incliné ligeramente—. Odiaría tener que decirle a mi hermano que alguien de su personal estaba siendo poco razonable.

El color se drenó de su rostro, y sentí una punzada de culpabilidad.

Asintió rígidamente. —Permanezca aquí mientras organizo su escolta. La señorita Devereux debe dejarme la dirección de la modista. Y, por supuesto, enviaré un mensaje a Lord Rexford sobre su salida.

Sonreí. —Eso es aceptable.

Diez minutos después, Mirabelle y yo estábamos sentadas en mi carruaje, mientras el carruaje de Mirabelle nos seguía. Además de los hombres que acompañaban los vehículos, dos escoltas a caballo nos seguían a cierta distancia. El lacayo que viajaba con nosotras en el carruaje era un joven corpulento.

—Vaya, vaya, vaya —murmuró Mirabelle, inclinándose hacia delante y dedicándole una sonrisa seductora—. No esperaba que viniera usted con compañía. —Me miró—. Dígame, ¿Moreland le invita a todas partes donde vais vosotros dos?

El color subió por el cuello del hombre, pero no dijo nada, su expresión impasible.

No tenía ni idea de lo que Mirabelle quería decir. En lugar de preguntar, pensé que lo mejor sería cambiar de tema. —Moreland solo quiere que esté segura. Como puede imaginar, mi padre no está contento con nuestro acuerdo.

Mirabelle asintió. —Lo entiendo. Y me complace que haya aceptado mi invitación hoy.

—Debo admitir que he visitado a una modista desde mi cambio de posición. Madame Argent.

Mirabelle sonrió. —Eso está muy bien. Madame Argent tiene mucho talento. Pero también es un poco... convencional. —Sus ojos brillaron con algo indescifrable—. Mi modista puede ayudarla de otras maneras.

Me lanzó una mirada significativa antes de que su mirada se deslizara hacia nuestro acompañante. Se me cortó la respiración al recordar algunos de los camisones que habían sido entregados recientemente en la casa de la ciudad. Si Madame Argent era convencional, casi me daba miedo ver lo que la modista de Mirabelle sugeriría.

Quería pedirle más detalles a Mirabelle pero no podía con el lacayo en el carruaje. No me sentía del todo cómoda discutiendo asuntos personales delante de hombres a los que no conocía bien. En realidad, no me sentía cómoda hablando de tales cosas delante de hombres en absoluto. Excepto con Moreland. Después de la intimidad que habíamos compartido anoche, podría ser agradable sacar el tema con él.

Era difícil ignorar al hombre sentado en el banco frente a nosotras, pero sentía curiosidad por la situación actual de Mirabelle. —Moreland mencionó que está buscando un nuevo protector.

Mirabelle se encogió de hombros. —Así es el mundo cuando se trata de mujeres como yo.

—¿Cómo le va por lo demás? Si puedo hacer algo para ayudarla, por favor, pídaselo.

Le debía al menos eso. Era la única persona que se había acercado a entablar amistad conmigo ahora que estaba arruinada.

Una extraña emoción cruzó el rostro de Mirabelle, pero desapareció tan rápido como llegó. —Es usted muy generosa, definitivamente un crédito a su educación. En otra vida, creo que podríamos haber sido amigas.

Sonreí. —Podemos ser amigas ahora.

Mirabelle se inclinó más cerca, bajando la voz. —¿Está segura de que no preferiría volver con su padre? No es demasiado tarde. Puedo ayudarla si ha cambiado de opinión y se ha dado cuenta de que está demasiado comprometida con su situación actual. Estoy segura de que su hermano lo entendería. —Parecía tan angustiada.

Me conmovió su preocupación. —No debe preocuparse. Por primera vez en mi vida, soy feliz.

Su rostro decayó, y no pude evitar preguntarme si estaba pensando en sus propias circunstancias. Vivir entre protectores y

buscar a alguien que la cuide debía de ser difícil. Imaginé que pensaba que yo estaba loca por renunciar a la seguridad inherente a mi vida anterior.

Odiaba pensar que algún día podría encontrarme en una situación similar. Una vez que esta incertidumbre se asentara y estuviera verdaderamente libre del control de mi padre, Moreland se cansaría de mí. Él había admitido que nunca había mantenido a una amante, y sin duda me faltaba la habilidad en ese departamento para mantener su interés por mucho tiempo. Entonces, yo también estaría sola. Pero a diferencia de Mirabelle, tenía el apoyo de mi hermano. No necesitaba buscar a otro hombre que me cuidara. Rexford se aseguraría de que me mantuviera a salvo.

—Por favor, no se preocupe por mí. —Puse una mano en su brazo—. Estoy bastante contenta. —Me volví para mirar por la ventana cuando me di cuenta de que el carruaje estaba reduciendo la velocidad—. Parece que hemos llegado.

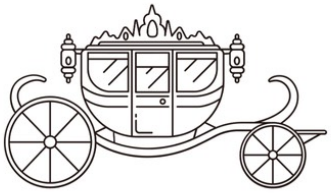
Antes de que pudiera distinguir dónde estábamos, la puerta del carruaje se abrió de golpe. Para mi sorpresa, Moreland estaba en la abertura.

—Salga.

Me quedé paralizada. Nunca le había visto tan enfadado. Pero antes de que pudiera obedecer, Mirabelle murmuró una rápida disculpa y salió apresuradamente del carruaje. Momentos después, Moreland estaba sentado a mi lado. El hombre que había acompañado a Mirabelle y a mí se había marchado con ella. Éramos solo nosotros dos dentro del carruaje. Mientras el vehículo avanzaba una vez más, examiné a Moreland, preguntándome por qué estaba tan enfadado. Había tomado precauciones, después de todo. Pero su furia era evidente en la tensión de su mandíbula y en la forma en que sus puños se apretaban a sus costados.

Si hubiera sido mi padre, habría estado aterrorizada. Pero no tenía miedo de Moreland porque no estaba solo enfadado. Yo había sentido la misma emoción demasiadas veces como para no reconocerla en otro. Estaba aterrorizado.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



Moreland

NO HABÍA PODIDO LIBRARME de mi preocupación desde el momento en que recibí la noticia de que Victoria había salido con Mirabelle. Pero había intentado convencerme de que estaba debidamente escoltada. Después de todo, Mirabelle era inofensiva.

Entonces Rexford salió de su despacho, y él también había recibido un informe. Debería haber imaginado que tenía hombres vigilando la casa de su padre. Se había enterado de que el duque había abandonado su residencia, escoltado por un verdadero ejército de lacayos y matones. Mirabelle había traicionado a Victoria.

El miedo recorrió mis venas al ver la expresión sombría de Rexford.

—Sherbourne salió de casa hace una hora.

Vi toda la situación desarrollarse en mi mente. Mirabelle estaba conduciendo a Victoria hacia donde Sherbourne y sus hombres estarían al acecho. Saqué la nota que el mayordomo me había enviado y la lancé en dirección a Rexford antes de salir furioso del club. No había tiempo que perder. Partí a caballo hacia una pequeña calle trasera de Londres, cabalgando a toda velocidad, con el corazón amenazando con estallar en mi pecho.

No sabía qué le habría dicho Mirabelle a Victoria, pero no importaba. Podría decirle cualquier cosa, y Victoria la creería. Victoria era demasiado confiada. A pesar de haber pasado toda su vida como prisionera de su padre, todavía le gustaba ver lo mejor en los demás.

Yo había sido receptor de esa confianza, pero ahora, también lo era Mirabelle.

Rexford había gritado que enviaría hombres para ayudar, pero yo estaba desesperado por llegar primero.

Cuando por fin llegué a la calle mencionada en la nota, desmonté. Me consumía el temor de haber llegado demasiado tarde. Quería irrumpir en el pequeño establecimiento donde Mirabelle estaba llevando a Victoria.

Algún instinto me retuvo. Yo venía desde el club, que estaba más cerca que la casa, y había venido a caballo. Al carruaje le llevaría más tiempo llegar a la tienda. Si me precipitaba y los hombres de Sherbourne seguían al acecho, acabarían conmigo rápidamente. Aun así, no podía evitar imaginar a Victoria siendo sacada por la fuerza por la parte trasera de la tienda.

Con mi mente decidida, di un paso hacia la puerta de la tienda. Entonces un carruaje entró en la calle. Era imposible estar seguro, pero pensé que parecía el carruaje de Victoria. Esperé, con los músculos tensos. Mi mirada oscilaba entre la fachada de la tienda y el carruaje que se acercaba. Al igual que la segunda tienda de Madame Argent, esta modista carecía de ventanas de cristal. Un detalle que jugaba a mi favor.

Di unas palmadas en el hombro de mi caballo y até las riendas antes de entrar en acción en el momento en que el carruaje se detuvo. Mi corazón seguía latiendo con fuerza, el miedo que me había impulsado por las calles de Londres se transformaba en algo más. Ira. Aunque no contra Victoria. Nunca contra ella.

No, mi furia ardía por Mirabelle y por Sherbourne.

La antigua amante de Kendrick haría bien en mantenerse oculta durante algún tiempo. Porque si la volvía a ver... Negué con la cabeza. No le haría daño, pero nunca más se acercaría a Victoria.

Abrí de golpe la puerta del carruaje y ordené a una sorprendida Mirabelle que se marchara. El guardia que había estado con ellas decidió, sabiamente, salir también del carruaje. Le di instrucciones para que se ocupara de mi caballo antes de volverme hacia Victoria.

El carruaje comenzó a moverse y mi corazón latía con fuerza mientras la miraba, la emoción inundaba mis sentidos. Su labio inferior tembló antes de que lo atrapara entre sus dientes. Enderezó los hombros y me miró.

—Estaba debidamente escoltada, y le dije al mayordomo adónde íbamos —juntó las manos en su regazo, pero no apartó la mirada—. No me di cuenta de que no se me permitía salir de la casa. Solo iba a la modista. Llevábamos una escolta mayor que cuando usted y yo hicimos un viaje similar.

Me obligué a respirar profundamente, pero mi corazón se negaba a ralentizarse.

—¿Sabes lo cerca que has estado de caer de nuevo bajo el control de tu padre?

El color desapareció de su rostro.

—¿Qué?

—Mirabelle te estaba llevando directamente a Sherbourne —mi voz era tensa, apenas conteniendo la ira que aún hervía dentro de mí—. ¿Esa modista? Rexford tiene hombres siguiendo a tu padre. Está esperando ahí dentro junto con otros. No creo que necesite decirte lo que planeaban hacer cuando entraras en la tienda.

Su rostro se desmoronó.

—No lo sabía. Mirabelle fue tan amable conmigo.

—A Mirabelle solo le importa el poder y el dinero. Si podía conseguirlos devolviéndote a tu padre... —me detuve cuando vi cómo retorcía las manos en su regazo—. Estoy seguro de que le prometió una generosa recompensa.

Por un momento que me paralizó el corazón, pensé que lloraría. En cambio, susurró un suave "Gracias".

Exhalé y tomé varias respiraciones profundas.

—Debería haberlo sabido. ¿Por qué alguien como Mirabelle querría ser mi amiga?

Maldije entre dientes y me senté a su lado. —No tiene nada que ver contigo. Mirabelle está acostumbrada a ser descartada cuando los hombres se cansan de ella —vacilé, eligiendo mis palabras con cuidado—. Por esa razón, siempre ha tenido que ponerse a sí misma por delante. Estoy seguro de que se dijo a sí misma que te estaba haciendo un favor. En su mente retorcida, habría justificado sus acciones. No lo vería como una traición. Sin duda pensó que te estaba devolviendo a tu posición adecuada en la sociedad.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Victoria. Su pecho se elevó al tomar una respiración profunda y soltarla. —No cometeré el mismo error otra vez.

Una extraña sensación se retorció dentro de mí. Me sentí como un monstruo que acababa de patear a un pequeño gatito. El fuego

se había extinguido en ella, y se desinfló tan completamente. Casi me deshizo cuando apartó la mirada.

—Esto no es culpa tuya, Victoria. Ves lo mejor en las personas, y admiro eso. Pero también es cierto que no estás acostumbrada a las maquinaciones de hombres poderosos. Solo has visto cómo se comporta Sherbourne como padre —tomé su mano—. No has visto cómo se comporta con los demás, la despiadada manera con la que persigue sus intereses.

Estaba anormalmente quieta. Esperé hasta que se volvió para mirarme. Todavía sostenía su mano, y nuestras rodillas se tocaban.

Su voz apenas superaba un susurro cuando habló. —Si padre hubiera tenido éxito hoy, me habrían llevado de vuelta a nuestra casa en Mayfair. Entonces... —tomó otra respiración profunda—. El Dr. Mullins estaría esperando para comprobar el estado de mi doncellez.

Una maldición salvaje salió de mis labios mientras imaginaba la escena. La forma en que el hombre le separaría las piernas, la examinaría y luego emitiría su juicio. Su padre estaría encantado. Luego la encerraría. No habría sirvientas como Lily que le brindaran ni siquiera un mínimo de confort humano, no habría segundas oportunidades.

Apreté mi agarre en su mano y me forcé a relajarme. —Evitamos que eso sucediera. Y ahora que conoces hasta dónde llegará, no volverá a ocurrir.

Me miró en silencio, con una expresión indescifrable. Luego algo destelló en las profundidades de sus ojos.

—Dime qué estás pensando.

Sus labios se apretaron, como si pretendiera negarse. Entonces, finalmente, colocó su otra mano sobre la mía, donde yo sostenía la suya.

—Necesitas tomar mi doncellez.

A pesar de que la voz de Victoria era baja, apenas audible, sus palabras parecieron resonar por todo el carruaje. O quizás simplemente resonaban dentro de mi cabeza. Desde el momento en que nuestros ojos se encontraron en la sala de billar de King's, siempre nos dirigíamos hacia aquí. Había intentado convencerme de

que no la tocaría porque era la hermana de Rexford, pero eso siempre había sido una mentira.

No era noble. Tomaba lo que quería. Y quería a Victoria.

Aun así, no podía olvidar mi promesa a Rexford de que no la lastimaría. La había iniciado en el mundo de la pasión anoche, mostrando una contención que nunca había logrado con ninguna otra mujer. Pero necesitaba estar seguro de que no se arrepentiría.

Llevé nuestras manos unidas a mis labios y dejé allí un beso. —No hay vuelta atrás de eso.

Su mirada se suavizó. —Lo sé.

Busqué en sus ojos incluso un indicio de temor. —Si en algún momento quieres que me detenga, solo dilo.

Sonrió. —Confío en ti, y realmente quiero esto. La noche pasada me mostró que deseo estar contigo más de lo que podría haber imaginado.

Tragué con fuerza e intenté frenar la lujuria que ardía dentro de mí. Era casi imposible contenerme de levantarla del asiento y extender sus muslos sobre mi regazo. Pero aún no estábamos fuera de peligro. Tenía que mantener la cabeza despejada en caso de que nos siguieran. Sabía que Rexford había enviado hombres adicionales, pero su padre estaba igualmente decidido a recuperar a su hija. No era el momento para distracciones. Nos sentamos uno al lado del otro, yo sosteniendo una de sus manos en mi regazo mientras me obligaba a mirar por la ventana en busca de cualquier indicio de que nos estuvieran persiguiendo.

Llegamos a la casa urbana sanos y salvos, y escolté a Victoria al interior. Mi tensión no se alivió hasta que la puerta se cerró con llave detrás de nosotros.

—Sube las escaleras. Me reuniré contigo en unos minutos.

Ella asintió y se alejó.

La vi subir las escaleras hacia su dormitorio antes de volverme finalmente hacia el mayordomo. —Podríamos tener problemas esta noche. Sherbourne intentó recuperar el control de su hija, y ahora sabe dónde se está quedando.

El hombre asintió, con expresión grave. —Entiendo. Me aseguraré de que todos estén despiertos y alerta ante cualquier

señal de dificultad.

Asentí. —Gracias. ¿Sabe usted si Rexford tiene alguna pistola en la casa?

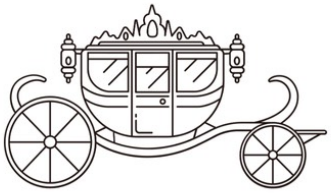
—Hay un juego de pistolas de duelo guardadas bajo llave en el cajón inferior del escritorio de la biblioteca, mi señor.

Sacó un manojo de llaves de su bolsillo del abrigo y separó una del resto. Asentí en señal de agradecimiento y me dirigí a la biblioteca. La parte fría y lógica de mi cerebro me decía que nadie lograría atravesar la puerta principal de la residencia.

Aun así, el sol se pondría pronto, y podrían intentar con sigilo lo que no se atrevían a hacer durante las horas de luz. Sherbourne no querría causar más escándalo, pero eso no significaba que fuera a rendirse.

Y si alguien conseguía entrar en la casa, yo estaría preparado.

CAPÍTULO VEINTISIETE



Victoria

MORELAND IBA A TOMAR MI VIRGINIDAD. Todavía era media tarde, pero había aprendido de Mirabelle que los hombres y las mujeres no necesitaban esperar hasta el anochecer para compartir una cama. Me alegré mucho de tener ese conocimiento porque no quería esperar ni un minuto más.

Lily me ayudó a ponerme un recatado camisón. Intentó convencerme de que usara una de las prendas más atrevidas que Madame Argent había enviado, pero no me sentía preparada para eso. Quizás, con el tiempo, tendría la confianza para ponérmelas, pero no esta noche.

Cuando se marchó, me giré hacia la cama y esperé sentir algún indicio de incertidumbre o miedo. En lugar de dudas, todo lo que sentí fue anticipación. Anoche, después de que Moreland se fuera, había soñado que se quedaba conmigo y me daba placer durante toda la noche.

Quería tocarlo, algo que él me había negado. Sonriendo, me deslicé bajo las sábanas. Moreland estaría aquí muy pronto, y esta vez, no se detendría.

El único otro hombre que me había tocado íntimamente era el médico que mi padre había contratado para comprobar el estado de mi virginidad. Había detestado el tacto frío y rutinario de aquel hombre. Lily había supervisado la interacción, y no había sentido más que vergüenza durante toda aquella penosa experiencia. Pero anoche, cuando Moreland me había tocado, las sensaciones que había arrancado de mi cuerpo habían sido inesperadas. Estaba ansiosa por experimentarlas de nuevo.

Pasaron varios minutos, y empecé a preguntarme si habría cambiado de opinión. O peor aún. Quizás los hombres de mi padre habían seguido el carruaje y estaban exigiendo entrar. Un momento de pánico me atravesó, pero lo aparté. Lily habría regresado si eso estuviera ocurriendo. Me había salvado una vez antes, y sabía que

estaba comprometida a mantenerme a salvo. Y justo detrás de ella vendría Moreland. Él no permitiría que mi padre me llevara.

Me cubrí la cara con las manos mientras me invadía la vergüenza. Me había comportado tontamente hoy. Mirabelle incluso había insinuado sus motivos en el carruaje. Ahora que nuestra salida se había revelado bajo una nueva luz, reconocí la extraña emoción que había visto cruzar su rostro: culpa. No era la mujer insensible que Moreland pensaba, pero ella era la única responsable de su propia seguridad. Solo podía compadecerla. Después de que todo esto terminara, yo podría seguir contando con mi hermano para mantenerme a salvo. Mirabelle solo podría confiar en sí misma.

Un suave golpe sonó en la puerta, y tomé un respiro para calmarme antes de invitar a entrar. Cuando la puerta se abrió, Moreland estaba en el umbral, mirándome.

Su mirada recorrió mi posición en la cama. Después de observarme, entró en la habitación y colocó un estuche sobre mi tocador. No lo había visto antes y no sabía qué contenía. Fuera lo que fuese, lo dejó allí, y luego se giró para cerrar con llave la puerta de mi alcoba.

Se volvió para mirarme de nuevo, con una comisura de su boca elevándose. Esa sonrisa a la vez calmó mis nervios y aumentó mi anticipación. Me incorporé y esperé, insegura sobre cómo proceder. Estaba demostrando ser una pobre amante, pero después de esta noche, esperaba tener la confianza para continuar adecuadamente mi relación con Moreland. Estaríamos unidos durante al menos unas semanas, o eso esperaba. Planeaba aprovechar el tiempo que tuviéramos juntos para forjar recuerdos que me duraran toda la vida.

—Última oportunidad para cambiar de opinión, Victoria.

Encontré su mirada, y mi voz no titubeó. —Deseo esto más de lo que podrías imaginar. Y no por lo que ha ocurrido hoy. No cambiaré de opinión.

Avanzó más hacia el interior de la habitación, con pasos silenciosos. Observé la forma elegante en que se movía mientras se quitaba la levita y levantaba una mano hacia su corbatín. Estaba

fascinada mientras deshacía el nudo de la tela y lo aflojaba. Lo dejó caer sobre la silla de mi tocador y colocó su abrigo sobre el respaldo.

Estaba cautivada mientras continuaba. Desabrochó los botones de su chaleco y lo quitó con cuidado antes de añadirlo a la creciente pila de ropa en la silla. Esperé para ver si se quitaría la camisa a continuación. Sin el chaleco y el corbatín, se abría suelta en el cuello. Podía ver el indicio de músculos y vello en el pecho asomando bajo la tela. No sabía que los hombres tenían vello en el pecho, pero no podía esperar para ver cuán diferente era su cuerpo del mío.

En lugar de quitarse la camisa, movió las manos hacia sus calzones. Cuando bajó la prenda y se quitó los zapatos y las medias, el borde de su camisa le cubría hasta la parte superior de los muslos. Se quedó así, mirándome.

Me humedecí los labios repentinamente secos. —¿Vas a... vas a quitarte la camisa? —lo formulé como una pregunta, pero lo dije como una exigencia.

Arqueó una ceja y cruzó los brazos sobre el pecho. —Me quitaré la camisa cuando tú te quites el camisón.

Reuniendo mi valor, bajé la colcha y me puse de pie. Ahora estábamos uno frente al otro, con solo unos pocos metros separándonos.

—Eso no es justo, mi señor. Tú eres la persona con más experiencia aquí. Yo no soy más que una tímida doncella.

Se rio y extendió una mano. —Ven aquí.

Obedecí su orden sin cuestionarla y permití que me atrajera a su abrazo. Era donde quería estar, después de todo: en sus brazos. Levanté mi rostro y me puse de puntillas justo cuando él se inclinó y tomó mi boca en un beso ardiente.

Cualquier incertidumbre que albergaba se desvaneció. El sol aún no se había puesto, y era escandaloso hacer esto antes del anochecer, pero no me importaba.

Profundizó el beso, y rodeé su cuello con mis brazos. Con un sonido ronco, colocó sus brazos bajo mi trasero, y solo entonces me di cuenta de que había estado subiendo poco a poco la tela de mi camisón. Estaba tan distraída por la forma en que me besaba, la

sensación de su pecho musculoso contra el mío y la dureza de su miembro presionando contra mí. Me levantó con sorprendente facilidad, y por instinto envolví mis piernas alrededor de su cintura. Cuando se apartó para mirarme, sus ojos estaban oscurecidos.

—No voy a parar, Victoria.

Sonreí. —Bien. No quiero que lo hagas.

Y con eso, caímos juntos sobre la cama.

Con una ráfaga de movimientos, levantó cuidadosamente mi camisón. Yo estaba demasiado distraída con mi propia tarea de despojarlo de su camisa. Mis manos temblaban, pero no porque tuviera miedo. No creo que jamás hubiera deseado algo más que lo que estaba sucediendo entre nosotros.

Su mirada recorrió mi cuerpo. —He estado pensando en cómo sería verte así. Dejarte anoche fue lo más difícil que he tenido que hacer jamás.

Puede que él estuviera contento con solo mirar por el momento, pero yo estaba ansiosa por tocarle. Empecé por sus hombros, disfrutando de la sensación de su carne dura bajo mis dedos. Bajé hasta su pecho, explorando los músculos bajo el vello que lo cubría. Mi caricia descendió hasta su abdomen, donde el vello se estrechaba formando una fina línea que conducía más abajo.

Sus manos cubrieron las mías, y nuestras miradas se encontraron. No tenía que hacer la pregunta.

—Quiero hacer esto.

Asintió y me soltó. Miré por primera vez la dura longitud de su miembro. No era completamente inocente. Después de mi conversación con Mirabelle ayer, había reunido el valor para hacerle algunas preguntas a Lily esta mañana. Ella había llenado los huecos en mi conocimiento sobre lo que ocurría entre un hombre y una mujer.

Lily no se había sorprendido por mis preguntas, y me di cuenta de que el personal ya sabía que Moreland y yo ya no fingíamos que yo era su amante. Pero las descripciones indirectas de mi doncella sobre lo que pasaría esta noche no me habían preparado para esto.

Le miré. —¿Se supone que eso debe caber dentro de mí?

Se rio y nos hizo girar. Ahora yo estaba de espaldas, y él se cernía sobre mí.

—Cabrá —dijo y me besó de nuevo.

Había pretendido tocarle, darle algo del mismo placer que me había mostrado anoche, pero la sensación de su cuerpo ardiente tocándome por todas partes borró todos los pensamientos. Me convertí en pura sensación, deleitándome en la forma en que sus manos recorrían mi cuerpo mientras yo exploraba los músculos de su espalda. Cuando su mano se movió entre nosotros, abrí mis piernas. Ya sabía lo que iba a pasar.

—Estoy lista —dije cuando sus dedos me encontraron.

Me miró fijamente. —Me aseguraré de ello —. Entonces comenzó a besarme descendiendo por mi cuerpo.

Pasó algún tiempo besando y acariciando mis pechos. Cuando separó más mis piernas y me miró desde entre ellas, recordé algo que Mirabelle había compartido conmigo. Pero también me había dicho que a la mayoría de los hombres no les gustaba hacer eso.

Estaba a punto de decirle que no tenía que hacer nada que no quisiera, pero entonces su boca estaba sobre mí, y fui incapaz de hablar. Los sonidos que emití deberían haberme avergonzado, pero estaba más allá de la vergüenza. Cuando introdujo suavemente uno, luego dos dedos dentro de mí y los curvó contra mi interior, el placer me atravesó y grité su nombre.

No había pensado que fuera capaz de superar el éxtasis que me había mostrado anoche, pero claramente estaba equivocada. Si continuaba por su trayectoria actual, entonces hacer el amor sería aún mejor.

Se levantó sobre mí, con el rostro serio. —Esto puede doler.

—¿Porque es demasiado grande?

Una risa sorprendida escapó de él. —No, Victoria, no porque sea demasiado grande. Porque es tu primera vez. Pero te prometo que la próxima vez será más fácil.

Asentí en señal de comprensión, pero mi mente estaba fija en la promesa implícita de esas palabras. La próxima vez. No se acostaría conmigo para luego aburrirse y pasar a otra mujer. No de inmediato.

Era su manera de prometerme que se quedaría conmigo por un tiempo.

Me besó mientras acomodaba su dura longitud a lo largo de mis pliegues. Me había gustado la sensación de sus dedos y su boca cuando me había tocado ahí, pero esto era algo completamente nuevo. Era como si mi cuerpo supiera lo que estaba a punto de suceder y estuviera desesperado por que me hiciera el amor.

Sentí un agudo pinchazo de dolor cuando embistió dentro de mí, y luego se quedó quieto.

Jadeé.

—Eso sí que dolió.

—Lo sé —apoyó su frente contra la mía y esperó—. Dime cuándo puedo moverme.

Tenía un poco de miedo de moverme, pero fiel a su palabra, él permaneció quieto, aunque podía ver la tensión en la forma en que apretaba la mandíbula y cerraba los ojos. No sé cuánto tiempo permanecimos así antes de que me diera cuenta de que el dolor había pasado, pero me sentía llena. Me apreté a su alrededor y él gimió.

—Victoria...

—Puedes moverte —dije.

—Gracias a Dios —salió lentamente y luego volvió a entrar con suavidad, mucho más despacio que la primera vez.

Me tensé, esperando que volviera el dolor, pero no ocurrió. Cuando lo hizo por segunda vez y presionó su pulgar en ese punto donde antes había colocado su boca, el placer recorrió mi cuerpo. No pude contener mi gemido.

Entonces comenzó a moverse más rápido. Cuanto más entraba en mí, más aumentaba mi excitación. Cuando había usado su boca, mi alivio había sido rápido. Pero esta vez, fue una construcción lenta. Mi cuerpo alcanzó una altura que temí que me matara.

—Moreland —dije—, no sé si puedo...

—Sí puedes —inclinó sus caderas y golpeó un lugar dentro de mí que provocó una descarga de sensaciones que me atravesó. Su pulgar seguía moviéndose contra mí, y una euforia abrumadora me

invadió. Todo mi cuerpo se tensó, y vi estrellas detrás de mis párpados cerrados.

Él gimió mientras se introducía completamente dentro de mí. Luego maldijo mientras salía. Pude sentir su liberación contra mi vientre. Lily me había hablado de ello, que encontraría algo que pudiera usar para evitar quedarme encinta, pero que debía tener cuidado porque si él se derramaba dentro de mí, podría ocurrir. Había olvidado por completo su advertencia. Gracias a Dios que Moreland mantuvo la cabeza fría.

Me besó suavemente.

—Quédate aquí —se levantó, y le observé caminar hacia la jofaina detrás de un biombo. El juego de músculos en su trasero era sorprendentemente agradable de contemplar. Regresó con una toallita y limpió el desorden que había dejado en mi estómago.

—¿Quieres que yo...? —indicó entre mis piernas.

—No —negué con la cabeza—. Lo haré yo.

Sonrió un poco.

—Hay sangre ahí. No mucha, pero...

Asentí.

—Lo sé.

Esperé a que se diera la vuelta, pero como no lo hizo, reuní valor y me dirigí al área del vestidor. Agradecí la privacidad del biombo mientras me limpiaba. Cuando regresé, solté un grito ahogado al ver la sangre en la colcha.

Tenía razón cuando dijo que no había mucha, pero seguía siendo impactante.

—Ven aquí —dijo, bajando la tela.

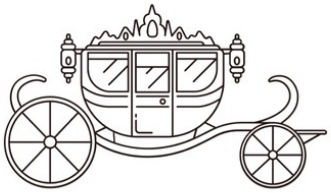
Me deslicé en la cama. Moreland permaneció de pie, mirándome. Contuve la respiración mientras esperaba ver si se unía a mí. Cuando se alejó, mi corazón se hundió.

Pero en lugar de dirigirse hacia donde había dejado su ropa, se movió hacia el área del vestidor, y me di cuenta de que debía estar limpiándose la sangre.

Cuando regresó, se metió en la cama a mi lado. Me moví a sus brazos sin decir palabra y me acomodé contra él. Una sensación de satisfacción me invadió cuando apoyó mi cabeza sobre su pecho. Me

di cuenta de que así era como se sentía ser feliz. Cerré los ojos, memorizando cómo se sentía. Saborearía este momento el resto de mi vida.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



PARECÍA QUE ERA incapaz de dejar a esta mujer fuera de mi vista. Había quebrantado mi tenue control sobre mi contención, y ya no era capaz de contenerme.

Esperaba que Victoria protestara cuando la mantuve en la cama durante el resto de la velada, pero me sorprendió. Fue ella quien llamó a su doncella para que nos subiera la cena.

No volví a hacerle el amor. Estaría demasiado dolorida después de haberle tomado su virginidad. Pero ya la había iniciado en algunas de las otras formas de dar placer, y era una alumna apta.

Lo condenable era que disfrutaba demasiado de su compañía. Para alguien tan joven, era sorprendentemente culta. Y tenía un conocimiento de novelas de terror que me sorprendió.

Mi educación se había centrado en los clásicos, pero ella insistía en contarme con gran entusiasmo todo lo que me estaba perdiendo. Tuve el pensamiento errante de que podría fácilmente volverme adicto a escucharla relatar los detalles de todas las tramas ridículas de tantas de esas historias.

Arrugó la nariz cuando comenté sobre una novela particularmente ridícula acerca de una joven atrapada en un castillo al borde de un acantilado con un héroe mayor y taciturno. —La situación no es tan diferente de aquella en la que me encuentro ahora.

Sonreí con suficiencia, concediéndole el punto. —Al menos aquí no hay gemidos misteriosos en mitad de la noche ni ruidos de cadenas.

—Bueno —dijo ella—, hasta ahora no ha habido gemidos.

Con eso, comenzó una exploración de mi cuerpo mientras yo yacía allí esperando ver qué haría. Por supuesto, estaba duro cuando finalmente me tocó. Su boca formó una pequeña O de interés, y tuve que cerrar los ojos ante tal visión.

Definitivamente quería hacer otras cosas con Victoria, pero aún no. A pesar de todo lo que habíamos compartido, seguía siendo

demasiado inocente. No quería que fuera solo otra mujer con la que saciara mis deseos. Le tenía cariño, y ese era un descubrimiento peligroso.

No dejamos su habitación hasta la mañana siguiente, cuando bajamos a desayunar. Esperé a que ella llenara su plato, luego hice lo mismo. Mis emociones habían estado en tumulto ayer después de casi perder a Victoria. Pero cuando desperté esta mañana, fue con la certeza de que solo teníamos una manera de asegurar que ella permaneciera a salvo.

Tomó un sorbo de su té, entrecerrando los ojos hacia mí por encima del borde de la taza. —Pareces estar reflexionando sobre algo. —Dejó la taza en su platillo—. Si es sobre mi comportamiento imprudente de ayer, puedes estar seguro de que no volveré a salir de la casa sin ti o sin mi hermano.

Negué con la cabeza. Victoria no cometería el mismo error dos veces. —No me preocupa eso. Pero debo admitir que Mirabelle también me sorprendió. No la creía capaz de tal traición.

Victoria se mordió el labio inferior, luego suspiró. —Creo que se convenció a sí misma de que me estaba ayudando.

Le había sugerido algo así ayer cuando se enteró de la traición de Mirabelle, pero no podía creer que fuera cierto. —O se estaba ayudando a sí misma con la recompensa que Sherbourne sin duda le ofreció.

Victoria hizo una mueca. —Quizás. Pero durante su visita inicial, me contó sobre su primer protector, y el recuerdo la entristeció. No creo que quisiera esta vida. Una vez fue una joven que soñaba con encontrar el amor verdadero. —Sacudió la cabeza—. Has visto lo hermosa que es, y su familia no tenía dinero. Así que, aunque los hombres se interesaban por ella, sus intenciones no eran honorables.

Podía imaginar perfectamente la situación que había llevado a la caída de Mirabelle. Pero había caído de pie y no era una víctima. Aun así, no podía evitar recordar el artículo en *The Mayfair Chronicle* sobre un posible matrimonio entre ella y Kendrick. ¿Seguiría esperando encontrar a un hombre que la salvara de su vida actual?

—Sus intenciones no importan. Ambos sabemos que estás mucho mejor conmigo que bajo el cuidado de tu padre. Claramente él no está buscando a alguien que vele por tu bienestar emocional cuando te cases.

Ella se estremeció. —Lord Heddington tendría un solo uso para mí. Bueno, quizás dos. Darle hijos y actuar como anfitriona para sus invitados.

No quería pensar en lo cerca que había estado de casarse con ese hombre. Si Rexford no hubiera instalado gente en la casa de su padre para cuidar de su hermana, nada habría podido detener a Sherbourne.

—Entonces, ¿qué estabas considerando tan seriamente, milord? —Me observó mientras mordisqueaba una esquina de su tostada.

Miré fijamente mi plato lleno, dándome cuenta de que mi apetito había desaparecido. Sabía que este día llegaría, pero pensaba que me quedaban años por delante.

—Creo que tú y yo deberíamos casarnos.

Victoria hizo una pausa, sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa, y luego estalló en carcajadas. Esperé, sintiéndome nada divertido. Pero tenía que admitir que era comprensible que pensara que mi oferta no era real.

Cuando se dio cuenta de que yo no me reía ni siquiera sonreía, se serenó. —¿Te estás divirtiendo a mi costa, verdad?

Levanté una ceja. —Debo admitir que nunca esperé que, cuando me propusiera, fuera recibido con tanta diversión.

—Pero eres uno de los Lores Legendarios. Vosotros no ofrecéis propuestas de matrimonio a las mujeres.

Mi mirada permaneció fija en ella. —Claramente, eso no es cierto.

Frunció el ceño, y me pregunté qué estaría pasando en esa cabeza suya tan atractivamente distractora. Debería haber comprendido que era demasiado lista para no considerar la posibilidad de que le estuviera ofreciendo matrimonio solo por sentido del deber.

—No. —Negó con la cabeza y apartó su plato. Tomó otro sorbo de té y luego colocó cuidadosamente la taza sobre el platillo antes

de encontrarse de nuevo con mi mirada—. No espero tal sacrificio de tu parte. Sé que actuar como tu amante... —Agitó las manos, animándose con el tema—. Has admitido que nunca has tenido una amante antes, pero tienes reputación de libertino. —Su boca se tensó formando una línea.

—¿Y qué, Victoria? Adelante, pregúntame lo que quieres saber.

Dejó escapar un suspiro tembloroso. —No creo que pudiera estar casada contigo y encontrarme sola en casa mientras tú... —Agitó las manos otra vez.

—¿Mientras yo qué, exactamente?

Hizo un suave sonido de disgusto. —Mientras continuaras acostándote con otras mujeres.

Era una preocupación válida, y ciertamente podía entender por qué ella creería tal cosa de mí. —Mi padre era un mujeriego.

Ambas cejas se le dispararon ante mi confesión. Nunca le había ofrecido información sobre mi familia antes. No me gustaba hablar de ellos.

—¿Y por eso tú también lo eres?

—No. —Fruncí el ceño—. Mi padre... —Me encogí de hombros—. No me sorprendería tener bastantes medio hermanos y hermanas. Nunca los he conocido, pero por lo que mi madre ha insinuado, no estaría fuera del ámbito de lo posible. Aún así, vi lo infeliz que hacían a mi madre las infidelidades de mi padre. Cuando mis padres fallecieron...

Me detuve, mi mente rehuyendo compartir las circunstancias que rodearon sus muertes. El viaje en carruaje había sido considerado un accidente, pero una parte de mí siempre se había preguntado si eso era cierto. Mi padre llevaba a mi madre en un faetón, que ella odiaba. Y dadas las discusiones entre ambos, no me sorprendería que mi padre hubiera causado el accidente con la intención de hacerle daño. Siempre había sido poco amable con ella.

—He sido... libre con mi atención cuando se trataba del sexo opuesto porque siempre supe que cuando me casara, no causaría a mi esposa un dolor similar.

No era una declaración de amor. No estaba seguro de ser capaz de eso. Pero Victoria me había demostrado que *sí* era capaz de

afecto y fidelidad. No sería ningún sacrificio estar casado con ella.

Sus ojos se abrieron de sorpresa. —¿Y estarías bien con eso?

Me recliné en mi silla, crucé los brazos sobre el pecho, y no traté de ocultar mi diversión. —Creo que tú y yo hemos demostrado el uno al otro que somos bastante compatibles en el dormitorio. Y eso fue solo el principio.

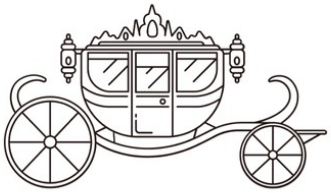
Sus mejillas se sonrojaron. —No lo sé. ¿Lo permitiría Rexford? —Entonces jadeó—. Aún soy menor de edad. Mi padre nunca dará su permiso.

—Lo sé. Necesitaremos hablar con tu hermano. Quizás podamos hacer algo para cambiar la opinión de tu padre.

—Podríamos fugarnos —dijo Victoria.

Ya había considerado esa posibilidad. —Podría llegar a eso. Pero iremos a King's después del desayuno y hablaremos con tu hermano. Ha demostrado ser ingenioso cuando se trata de burlar a tu padre.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



Victoria

MORELAND QUERÍA CASARSE CONMIGO. No nos conocíamos desde hacía mucho, pero sentía una certeza profunda de que quería ser su esposa.

Arrugué la nariz cuando se me ocurrió un pensamiento. Estábamos solos en el carruaje, pero había visto al verdadero ejército de escoltas que nos había seguido desde la casa. Habíamos partido tan pronto como terminó el desayuno. Aún era temprano y las calles estaban tranquilas, pero si Padre sabía dónde me encontraba, sus propios hombres estarían vigilando la casa. Y habrían visto nuestra partida. No quería pensar en la posibilidad de que los hombres de mi padre pudieran seguirnos, esperando una oportunidad para arrebatarme de Moreland.

—Si vamos a casarnos, debería conocer tu nombre de pila.

Por un momento, pensé que no respondería, pero luego, con un pequeño encogimiento de hombros, dijo: —Matthew.

—Matthew —repetí. Me gustaba. Lo humanizaba, haciendo que pareciera menos una Leyenda y más un hombre común.

El trayecto en carruaje desde la casa urbana hasta el club de mi hermano fue corto, apenas diez minutos desde Grosvenor Square hasta Saint James Street. Padre estaba furioso cuando Rexford decidió abrir su propio club a poca distancia de White's en lugar de seguir la tradición y unirse al club más establecido de Padre.

Por lo que había llegado a conocer de mi hermano en el breve tiempo que llevábamos reencontrados, imaginaba que había elegido la ubicación de King's deliberadamente. Cada vez que Padre visitaba White's, no podía evitar ver el club de su hijo. Seguramente, a Rexford le gustaba ser una constante fuente de molestia para nuestro padre. No podía culparlo. Sentí un estremecimiento al saber que estaba libre del control de Padre.

Pero a diferencia de Rexford, mi situación era mucho más precaria. No podía hacer mucho por mí misma y tenía que depender de él y de Moreland.

Miré a Moreland desde el otro lado del carruaje. No era tan ingenua como para esperar que se enamorara de mí, pero podría estar contenta en nuestra unión si cumplía su promesa de mantenerse fiel.

Él me devolvió la mirada, y observé cómo su expresión se volvía ardiente. Sin duda estaba recordando las intimidades que habíamos compartido. Y en ese momento, me di cuenta de que lo amaba. Quería que fuera feliz, y juré hacer todo lo que estuviera en mi poder para que eso fuera una realidad.

El carruaje redujo la velocidad y giró hacia la parte trasera del club, donde mi hermano tenía sus caballerizas. Era un lujo en esa parte de Londres, pero uno por el que estaba muy agradecida porque significaba que no tendría que arriesgarme a ser vista entrando en King's del brazo de Moreland.

Cuando estés casada, no importará quién te vea. Sonreí ante ese pensamiento, deseándolo más que nada. Pero sabía que Padre nunca daría su consentimiento, lo que significaba que tendríamos que fugarnos.

Cuando se abrió la puerta del carruaje, Moreland saltó y se giró para ayudarme a bajar. Sus manos permanecieron en mi cintura cuando llegué al suelo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

Sonreí y me acerqué. —Estoy pensando en cuánto deseo volver a estar a solas contigo.

Me dio un rápido beso en los labios y se giró para guiarme dentro del club. El señor Clarence acababa de llegar para recibirnos.

Se inclinó en mi dirección. —Es un placer volver a verla, Lady Victoria.

Le sonreí radiante al hombre mayor. Mis recuerdos de su época como administrador de Padre eran vagos, pero recordaba que siempre había sido amable. No sabía por qué había dejado el empleo de mi padre, pero me alegraba que trabajara para Rexford.

Le seguimos por la entrada trasera del club.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó Moreland.

El señor Clarence negó con la cabeza. —A estas horas de la mañana, solo está Lord Rexford.

Moreland asintió. —Probablemente sea lo mejor.

El señor Clarence nos guio por las escaleras traseras hasta el despacho de mi hermano y dio dos golpes en la puerta. Rexford llamó desde dentro, y el señor Clarence nos abrió la puerta.

Cuando nos vio, Rexford se puso de pie y me estrechó contra él.

—Me sentí muy aliviado de que Moreland pudiera llegar hasta ti antes que Padre.

Rodeé su cintura con mis brazos, devolviendo su abrazo. —Siento todos los problemas que te causé ayer. No estaba pensando con claridad.

Rexford se apartó, con expresión seria. —Ninguno de nosotros lo estaba. Debería haber imaginado que Padre reclutaría aliados entre nuestros conocidos.

—Bueno, definitivamente he aprendido la lección.

Cuando me sonrió desde arriba, agradecí que no se pareciera a nuestro padre. Ambos nos parecíamos a nuestra madre, que tenía el pelo oscuro y compartía nuestros ojos azules. Los ojos de padre eran de un tono más claro de azul, ojos gélidos que atravesaban a cualquiera. Su pelo era gris, pero recordaba que era de un tono mucho más claro de castaño cuando yo era niña.

Moreland tomó mi mano entre las suyas. —Necesito hablar con tu hermano sobre lo que discutimos esta mañana. ¿Deseas quedarte?

Mi corazón se elevó por la forma en que me miró mientras esperaba mi respuesta. Estaba acostumbrada a que otros determinaran mi futuro por mí. Antes de escapar de la casa de mi padre, nadie me había preguntado nunca qué quería yo.

—Vosotros dos necesitaréis elaborar una estrategia porque esto no será fácil. No necesito conocer los detalles. Confío en ti.

Moreland me apretó la mano antes de soltarla.

Seguí al señor Clarence hasta la pequeña sala en la que había estado la última vez que vine, cuando Rexford me explicó por primera vez su plan para arruinar mi reputación. Ahora, esperaba de nuevo mientras él y Moreland discutían cómo podrían salvar mi reputación convirtiéndome en baronesa. La ironía no me pasaba desapercibida.

Suspiré y me volví hacia el señor Clarence. —Gracias de nuevo por todo lo que ha hecho. Me temo que he sido una gran carga para todos vosotros.

El señor Clarence se detuvo ante mí, con las manos entrelazadas detrás de la espalda. No podía descifrar su mirada mientras continuaba observándome. Lo había notado antes. Si tuviera que describirlo, diría que estaba intentando memorizar mis rasgos.

—Nunca tiene que disculparse —dijo.

—Pero algo le preocupa —mi voz era suave—. Parece afligido.

Entonces sonrió. —Se parece mucho a su madre. Era hermosa y bondadosa, y la admiraba enormemente.

Mi corazón se estremeció ante el evidente cariño en su voz. Padre nunca hablaba de mi madre, que había muerto cuando yo aún era una niña. —No recuerdo mucho de ella. Solo que tenía el pelo oscuro y que a menudo estaba triste.

Sus cejas se juntaron. —Sí, lo estaba. Me temo que su matrimonio con su padre no fue feliz.

No me sorprendió escuchar eso.

Dio un paso más cerca. —Le prometo que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerla a salvo. Ella habría querido eso.

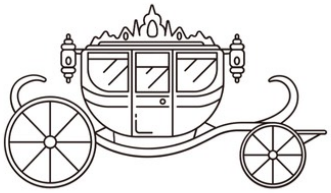
Su tono sincero me hizo preguntarme qué exactamente podría haber presenciado entre mis padres que le hacía estar tan desesperado por protegerme. Casi se lo pregunté, pero el miedo me detuvo.

No quería saber lo horriblemente que padre había tratado a mi madre. —Gracias, señor Clarence.

Asintió. —Haré que el personal le traiga algunos refrigerios. —Con una sonrisa afectuosa, se giró y salió de la habitación.

Le vi marcharse, preguntándome sobre todos los secretos que el señor Clarence debía conocer, tanto pasados como presentes. No podía evitar esperar que el señor Clarence hubiera sido un amigo para mi madre en aquellos años cuando ella tan desesperadamente necesitaba uno.

CAPÍTULO TREINTA



Moreland

OBSERVÉ A VICTORIA SALIR del despacho de Rexford con Clarence, conteniéndome para no ir tras ella. Estaba segura aquí. Lógicamente, lo sabía. Pero el susto del día anterior me había afectado profundamente. No quería dejarla fuera de mi vista.

—Te importa ella.

Casi había olvidado que Rexford estaba allí. En lugar de salir corriendo tras Victoria, me obligué a darme la vuelta y enfrentarme a su hermano. Rexford siempre había sido perspicaz, uno de los rasgos que lo hacían tan formidable.

—Me encargaste velar por su seguridad. Y ayer... —negué con la cabeza—. Casi llego demasiado tarde. La intercepté justo a la salida de la tienda de la modista.

Rexford se recostó contra su escritorio, sus manos agarrando la superficie detrás de él. —Estaba a punto de ir yo mismo. Cuando saliste disparado de aquí...

Encontré su mirada. —¿Por qué no lo hiciste?

Me observó atentamente. —Estaba comprobando una teoría.

Las palabras de Rexford no me sentaron bien. Contra mi voluntad, mis manos se cerraron en puños a mis costados. —¿Comprobando una teoría? ¿Qué teoría era esa? ¿Quién saldría victorioso? Dime que no has apostado sobre lo que le va a pasar a Victoria.

Cruzó los brazos sobre el pecho y continuó examinándome. Parecía demasiado tranquilo para mi gusto.

—Viéndote salir corriendo de aquí, sabía que tenías la situación bajo control. No olvides que te he visto en el ring de boxeo. Y envié hombres tras de ti.

Me obligué a relajar los puños y sacudí las manos. Después de todo, Rexford tenía razón. No necesitábamos estar los dos allí, y él había enviado un pequeño ejército tras de mí.

—Voy a repetir mi pregunta —dijo Rexford—. ¿Te importa ella?

Ya no podía mentirme a mí mismo. Sí tenía sentimientos por ella. En algún momento del camino, había desarrollado un afecto por Victoria que me desconcertaba, lo que hacía que mi plan fuera tolerable. Siempre había asumido que cuando me casara, sería con una mujer que pudiera tolerar. Pero con Victoria... podríamos ser felices juntos. Disfrutaba de su compañía, y *quería* hacerla feliz. Era lo más condenado.

—Moreland —insistió Rexford.

Encontré su mirada. —Sí, me importa ella.

La sonrisa de Rexford fue pequeña pero satisfecha. —¿Por qué estáis los dos aquí hoy? ¿Has venido a pedirme que me lleve a Victoria al campo?

Casi retrocedí ante la idea. Estaba en el poder de Rexford hacer eso, y no estaba seguro de poder detenerlo.

—Todo lo contrario —dije—. Victoria y yo discutimos el asunto esta mañana.

—¿Y?

—Hemos decidido casarnos.

No sé qué esperaba. Un ceño fruncido, quizás. Como mínimo, sorpresa. En cambio, el rostro de Rexford permaneció como una máscara lisa e indescifrable.

—Ya veo. ¿Y qué dice mi hermana al respecto?

—Está preocupada porque vuestro padre no aceptará la unión, y como aún no es mayor de edad...

—Ese es un obstáculo. Así que parece que tendremos que esconder a Victoria en el campo después de todo. —Rexford se enderezó y comenzó a rodear su escritorio.

Pero antes de que pudiera sentarse, le agarré del brazo y lo hice girar. —No. Nos fugaremos si es necesario.

Rexford examinó mi rostro. Cuando su mirada bajó a mi mano, lo solté.

—¿Y si te dijera que uno de los otros Legends se ha ofrecido a casarse con Victoria en tu lugar?

Sentí las palabras de Rexford como un golpe. —No crees que sea lo suficientemente bueno para ella.

Su expresión no cambió. —No es lo que he dicho.

—Entonces, ¿qué quieres decir exactamente? ¿Ya has hablado con otra persona sobre casarse con ella? ¿Era lo suficientemente bueno para hacerla mi amante pero no lo suficientemente bueno para casarme con ella?

Rexford me miró a los ojos. —Siempre puedo contar contigo.

Negué con la cabeza. —¿Qué significa eso?

—Significa —continuó Rexford— que nunca has dicho que no a ninguna de mis peticiones. Siempre estás ahí, sin importar cuál sea la exigencia, pero no quiero que sacrifiques el resto de tu vida solo para complacerme.

—¿Y aun así no te importa pedírselo a alguno de los otros?

—No —dijo Rexford—. No he hablado de matrimonio con nadie. Solo quería ver tu reacción.

Di un paso atrás. —No entiendo qué está pasando aquí.

—No quiero obligarte a casarte con mi hermana, pero sé que si te lo pidiera, lo harías. Ese es un sacrificio que jamás te impondría. Hacerlo me convertiría exactamente en alguien como Sherbourne, y nosotros no nos parecemos en nada. No disfruto moviendo a los hombres como piezas en un tablero de ajedrez para satisfacer mis caprichos.

Por supuesto que no. Podía ver claramente la ira y la frustración de Rexford. Su padre había pasado toda su vida controlándole, y aunque yo no sabía exactamente lo que había sucedido, sabía que el señor Clarence había sido fundamental para ayudar a Rexford a escapar.

Antes de que Rexford estableciera King's, Sherbourne le había hecho bailar a su ritmo, manejándole como un titiritero. Recordaba lo furioso que había estado Rexford por aquel entonces. Podría ser despiadado, pero Rexford no utilizaba a la gente de esa manera.

Nos miramos de frente y enderecé los hombros. —*Quiero* casarme con Victoria. Somos compatibles en todos los aspectos, y sería un privilegio hacerla feliz.

Rexford entrecerró los ojos al oír eso, pero no dijo nada.

Continué. —Incluso si no fuera tu hermana, incluso si no estuviera en peligro, Victoria es la mujer que quiero como esposa.

Me examinó durante varios segundos y luego asintió. —Ya veo. Entenderás por qué necesito hablar con ella antes de dar mi consentimiento.

Asentí. —No esperaría menos.

—Quédate aquí. Hablaré con ella, y si está de acuerdo, tendremos que averiguar cómo llevar esto a cabo. Con suerte, se podrá gestionar sin que vosotros dos tengáis que huir a Escocia esta noche.

Le vi salir de la habitación. Cuando pasaron cinco minutos, empecé a pasear. Mi preocupación aumentaba. Quizás no le había convencido de que actuaba enteramente por voluntad propia. ¿Y si estaba ahí dentro intentando convencer a Victoria de que no deberíamos casarnos?

Me hundí en uno de los sillones que Rexford había dispuesto para cuando los Leyendas se reunían y me obligué a esperar, aunque todos mis instintos me gritaban que irrumpiera en esa sala. Confiaba en Victoria. No permitiría que Rexford la alejara.

La puerta se abrió y me levanté. Rexford entró en la habitación, seguido por Victoria. Los tres permanecimos así durante un momento que hizo que el corazón se me parara, antes de que Victoria sonriera y se lanzara a mis brazos.

—Vamos a casarnos.

Le sonreí, llenándome de alivio y de una emoción que se sentía peligrosamente cercana a la felicidad. —Sí, vamos a casarnos.

No sé cuánto tiempo permanecimos así antes de que Rexford se aclarara la garganta. Por segunda vez, había olvidado que estaba en la habitación. ¿Qué tenía esta mujer que me hacía centrarme únicamente en ella?

Rexford estaba claramente divertido. —¿Cómo vamos a conseguir el consentimiento de Sherbourne?

—Tengo una idea.

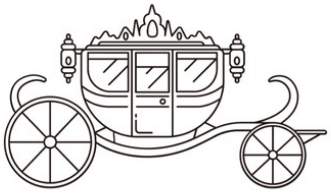
Ambos miramos a Victoria, que se encogió de hombros.

—He tenido tiempo para pensar mientras os esperaba. —Miró a Rexford—. Padre tiene miedo de enfrentarse a un hombre. Si podemos conseguir su ayuda...

Rexford sonrió. —Por supuesto.

Miré de uno a otro. —¿Y quién sería ese?
—Lord Brantford —dijeron al unísono.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



Victoria

EL AMBIENTE dentro del carruaje de regreso a casa era tenso, con un silencio pesado. Moreland estaba sentado a mi lado, y frente a nosotros se encontraban dos hombres corpulentos que, según me habían informado, eran necesarios para nuestra seguridad. Los jinetes que habían acompañado al carruaje anteriormente aún nos seguían, pero los dos que viajaban con nosotros constituían la última línea de defensa si mi padre intentaba interceptar el carruaje.

Tuve que recurrir a toda mi educación para enmascarar el tumulto que se arremolinaba en mi interior. Pensé que había tenido éxito. Cuando entramos en la casa, el mayordomo nos aseguró que todo había estado tranquilo. Moreland tomó mi mano y me condujo escaleras arriba. Cerró la puerta de mi dormitorio y se volvió hacia mí.

—Intenta no preocuparte —dijo.

Dejé escapar una risa temblorosa. —¿Tan mala soy ocultando mis emociones?

Su sonrisa fue suave. —No serías la persona que he llegado a conocer si no estuvieras un poco alterada.

—¿Y quién es esa?

Tomó mis manos y me acercó más. —Te preocupas. Estás inquieta por las dificultades que nuestro matrimonio podría causarme y te preguntas si deberías darme mi libertad.

Había estado esforzándome tanto por no pensar en el rincón en el que había arrinconado a Moreland, pero ya no podía fingir que no existía. —Sé que me dijiste que no te importaba, pero mi padre intentará arruinarte. Estoy segura de que ya está poniendo en marcha cosas con ese fin.

Me atrajo contra su pecho, y yo cedí de buen grado. Rodeé su cuello con mis brazos, disfrutando del peso de sus manos en mi cintura.

—No es simplemente que no me importe. *Quiero* casarme contigo.

Una emoción me invadió al escuchar sus palabras, pero me resultaba imposible olvidar que estaba acostumbrado a estar con muchas mujeres. —Intentaré no aburrirte ni ser demasiado exigente con tu tiempo. Estás acostumbrado a...

Me dio un rápido beso en los labios. —Quiero que seas tú misma.

Negué con la cabeza. —No estoy segura de quién es esa. Me han educado para ser la hija obediente de Lord Sherbourne, la anfitriona perfecta y un crédito para su nombre y para mi futuro marido.

Él frunció el ceño. —Puedes estar segura de que no organizaré ningún baile ni reunión social.

Me reí, intentando sonar despreocupada. —Bueno, ahí se va toda mi utilidad.

Sonrió, con un brillo travieso en los ojos. —Creo que podemos encontrar algunas cosas que podrías hacer para mantener mi interés.

Una oleada de consciencia me invadió, pero no pude evitar provocarle. —No lo sé, milord. ¿Y si me canso de tu atención?

Bajó la cabeza y su boca quedó suspendida sobre mi oreja, su suave aliento provocándome escalofríos. —No puedo permitir eso. Tendremos que ver qué puedo hacer para remediar tus preocupaciones.

No sé qué me poseyó para ponerme de puntillas y susurrarle al oído. —Ya no estoy dolorida de anoche.

Se echó hacia atrás y me miró fijamente, luego su boca se curvó en esa sonrisa pícara suya que había llegado a amar tanto.

Nuestras bocas se unieron en un beso explosivo. Solo habían pasado unas horas, pero mi cuerpo lo anhelaba. Moreland iba a ser mi marido. Tendríamos años juntos.

A pesar de lo que había dicho, me resultaba difícil creer que no se cansaría de mí. No era completamente inocente y sabía que pocos maridos permanecían fieles a sus esposas. Pero ya no me importaba. Tomaría lo que él eligiera compartir conmigo ahora y atesoraría los recuerdos después.

Me condujo hacia atrás a través de la habitación. No vi hacia dónde me llevaba, pero supuse que era la cama. Me sorprendí, por

tanto, al sentir el tocador contra mi espalda. Trazó una línea de besos hasta mi oreja.

—Date la vuelta, Victoria. Quiero que veas lo que voy a hacerte.

Obedecí sin pensar, y nuestras miradas se encontraron en el espejo del tocador.

Todo era nuevo para mí. No estaba segura de lo que planeaba hacer, pero observé cómo me soltaba el pelo, arrojando las horquillas sobre la superficie del tocador.

Sus ojos permanecieron fijos en mi cabello oscuro mientras caía por mi espalda. Luego lo apartó hacia un lado y lo recogió en su palma mientras su otra mano se extendía alrededor para abarcar mi cintura. Me presionó contra él, y pude sentir la dureza de su excitación contra mi espalda baja.

Cuando besó el lateral de mi cuello, emití un suave sonido de placer e incliné la cabeza para darle mejor acceso. Sus manos estaban entonces por todas partes, acariciando mis pechos mientras sus caderas me presionaban contra el tocador. Observé sus manos en el espejo, y cuando miré hacia arriba para ver lo que estaba pensando, me di cuenta de que su mirada había estado fija en mi rostro todo el tiempo, captando cada expresión.

Me sentí más expuesta de lo que había estado anoche cuando me desnudé para él. Ambos estábamos completamente vestidos, pero había algo en lo que estábamos haciendo ahora que parecía más íntimo.

Mis pensamientos se dispersaron y me convertí en pura sensación mientras observaba sus manos recoger la tela de mis faldas y comenzar a levantar lentamente el material. Debería haberme avergonzado cuando mis piernas desnudas quedaron a la vista. Le vi alcanzar entre mis muslos para tocarme allí, donde ya me había mostrado que se encontraba el centro de mi placer. Pero en lugar de vergüenza, aquella visión solo aumentó mi deseo.

Lo que estábamos haciendo era perverso, pero no me importaba. Nunca podría decirle que no porque yo deseaba lo que estaba ocurriendo entre nosotros tanto como él.

Acercó su boca a mi oído. —Inclínate hacia delante, amor.

Aquella palabra cariñosa provocó una punzada en mi corazón. No lo decía en serio, por supuesto. Moreland no me amaba. Pero yo sí le amaba a él, y en ese momento, podía fingir que él sentía lo mismo.

Obedecí y observé cómo desabrochaba la bragueta de sus pantalones. No podía ver exactamente lo que estaba haciendo, pero sus movimientos eran inconfundibles.

Anoche estábamos desnudos cuando hicimos el amor, pero seguíamos completamente vestidos cuando sentí su dura longitud contra mi húmeda excitación. Gemí su nombre, con voz baja y ronca.

—Shhh. —Depositó otro beso en el lateral de mi garganta, y luego empujó dentro de mí.

Jadeé ante la repentina intrusión. Pero no de dolor. No, se sentía bien, y deseaba esto más de lo que jamás hubiera creído posible. Me había mostrado el deseo y la satisfacción con sus manos y su boca. Luego, anoche me había hecho el amor, pero había sentido algo de dolor al principio. Hoy, solo había placer.

Sujetó mis caderas y se meció dentro de mí otra vez. —Abre los ojos.

Estaba tan concentrada en cómo se sentía, que no me había dado cuenta de que los había cerrado. Me mordí el labio y encontré su mirada en el espejo.

—¿Qué estás sintiendo? —preguntó—. ¿Es esto —embistió dentro de mí con más fuerza— demasiado?

De nuevo, dejé escapar un suave grito. —No —dije entre jadeos —. Continúa. No pares.

Aumentó la velocidad, y yo acompañé su movimiento ondulante con el empuje hacia atrás de mis caderas.

Dejó escapar un gemido profundo y extendió la mano para tocarme justo por encima de donde nuestros cuerpos se unían. Un suave movimiento de sus dedos fue todo lo que necesité para deshacerme en un millón de pedazos. Sus ojos nunca abandonaron los míos, luego me agarró las caderas de nuevo, manteniéndome quieta mientras alcanzaba su propio clímax. Permanecimos así, con nuestra respiración comenzando a ralentizarse, mientras él se ablandaba y salía de mí.

Entonces cerró los ojos y maldijo. —Lo siento. Debería haber salido antes.

Me di la vuelta y le abracé, recordando la conversación que había tenido con Lily. —Puede que no pase nada.

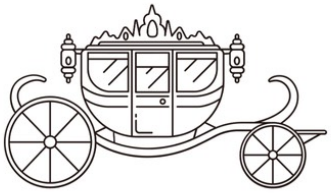
Él permaneció inmóvil, mirándome fijamente.

Intenté ignorar mi inquietud. —Pronto estaremos casados, así que no pasaría nada si quedara embarazada de tu hijo.

Se tensó, y por un momento, temí haber dicho algo inadecuado.

Finalmente, asintió y me estrechó entre sus brazos. —Creo que me gustaría eso.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



LA NOTA de Rexford llegó tres días después. Había conseguido concertar una cita con el Conde de Brantford. Mientras esperábamos noticias, no me había separado del lado de Victoria.

Poco a poco iba asumiendo el hecho de que, en lugar de aburrirme, estaba más decidido que nunca a convertirla en mi esposa. Normalmente, las mujeres recién presentadas en sociedad no me resultaban tan interesantes. Pero la profundidad del carácter de Victoria me intrigaba. Se esforzaba tanto por ser autosuficiente, y sabía que era porque no quería ser una carga. Era lo más desconcertante, pero cuanto más intentaba alejarse, más deseaba mantenerla cerca.

Y ahora que la había tenido en mi cama, no podía soportar la idea de que alguien más la tocara. Era mía, y tenía la intención de conservarla.

No sabía qué había tenido que prometerle Rexford a Brantford para conseguir una audiencia, pero los dos hombres ejercían una gran influencia. Tenía sentido que Brantford, quien parecía tener el oído de todos en el gobierno, si no de la propia familia real, viera el beneficio de forjar una alianza con el Marqués de Rexford.

Era mediodía cuando salimos de la casa y nos dirigimos a la residencia de Brantford en Mayfair. Era un viaje corto en carruaje, y en otras circunstancias, habría sugerido que fuéramos caminando. Pero la casa de Brantford estaba muy cerca de la residencia londinense del Duque de Sherbourne.

Cuando pasamos frente a la casa, la misma de la que Victoria había escapado, ella buscó mi mano. La atraje hacia mi lado y le di un beso en el pelo. Dado el peligro que había corrido hace apenas unos días, habría necesitado una admirable cantidad de valor para acompañarme hoy.

Contuvo la respiración, pero dos minutos después, cuando nos detuvimos frente a la casa de Brantford, había logrado recuperar su equilibrio. En el momento en que el carruaje se detuvo, se enderezó

y se separó de mí. Ante mis ojos, se transformó de la joven asustada que temía que su padre la encontrara y la volviera a someter a su yugo, a la serena hija de un duque, que no tenía miedo alguno.

Alguien llamó suavemente a la puerta del carruaje.

—¿Estás lista? —pregunté.

Respiró hondo y asintió. Salí primero, y luego extendí mi mano para ayudarla.

El lacayo que había llamado a la puerta del carruaje se mantenía a un lado, pero no pasé por alto cómo sus ojos recorrían la calle arriba y abajo. No esperaba que Sherbourne intentara algo en la puerta de Brantford. Nadie era tan valiente, o tan insensato.

La puerta principal ya estaba abierta y un mayordomo de mediana edad se encontraba en el umbral. Acompañé a Victoria al interior de la casa y le entregué mi tarjeta al hombre. Con un asentimiento, se giró y nos condujo al salón. Al parecer, éramos los últimos en llegar. Rexford ya estaba esperando, junto con su mano derecha, el señor Clarence. Brantford estaba presente, al igual que su esposa. Después de que Rexford hiciera las presentaciones, experimenté un momento de incertidumbre sobre lo que se suponía que debía suceder ahora.

Antes de que pudiera preguntar, la esposa de Brantford se acercó al lado de Victoria y tomó su otro brazo. —Creo que los hombres tienen que tramar algo —dijo.

La solté con reticencia. —Esto involucra a Victoria. Ella debería tener voz sobre lo que ocurra.

Lady Brantford me sonrió cálidamente. —Estoy de acuerdo. Pero por ahora, podéis discutir entre vosotros sobre el mejor curso de acción. Cuando hayáis decidido lo que queréis hacer, se lo podéis presentar y ver qué piensa.

Victoria le sonrió a la mujer. —Creo que eso suena aceptable.

—Bien. Ahora ven conmigo. Estoy segura de que podemos encontrar algo mucho más entretenido que hacer mientras nos conocemos mejor.

Vi alejarse a Victoria, reprimiendo mi preocupación. Nada le ocurriría dentro de la casa de Brantford, pero odiaba dejarla fuera de

mi vista. La última vez que se había ido para pasar tiempo con una amiga, su padre casi había conseguido encontrarla.

Cuando me volví, todos me estaban observando. Les ignoré y tomé asiento en el sofá junto a Clarence. Rexford y Brantford estaban sentados en los dos sillones.

Sabía que Rexford ya habría esbozado nuestra situación. No podía imaginar qué habría tenido que prometerle a Brantford para obtener su cooperación, pero sabía que haría cualquier cosa para ayudar a su hermana.

Me dirigí a Brantford directamente. —Supongo que sabe por qué estamos aquí hoy.

Era la primera vez que me reunía con el hombre. El aire de fría indiferencia que le rodeaba coincidía con su reputación. Se decía que todos querían ser su amigo, pero pocos habían conseguido acceder a su círculo íntimo. Normalmente llevaba sus asuntos lejos de su esposa, con sus acciones veladas bajo un manto de secretismo.

Brantford juntó las yemas de sus dedos y me evaluó con su fría mirada azul. —Rexford me ha puesto al día. Decidiste deshonrarla, y ahora quieres casarte con ella. Pero solo tiene dieciocho años y necesita el permiso de su padre.

Asentí.

—¿Y estás seguro de que quieres casarte con ella? Está en mis manos ayudar a ocultarla. Su padre podría registrar toda la comarca, y te aseguro que no la encontraría.

La fría indiferencia con la que hizo esa declaración me llenó de inquietud. Porque si Sherbourne no podía encontrarla, yo tampoco podría.

El pánico amenazó con apoderarse de mí. —¿Dónde está ahora? No estarás...

Rexford se inclinó hacia delante y puso una mano en mi brazo, impidiéndome que me levantara de un salto. —No la han sacado por la puerta trasera.

Una de las comisuras de la boca de Brantford se crispó. —En efecto. Mi esposa es una romántica. Cuando se enteró de vuestro apuro, no tuve más remedio que acceder a ayudaros. —Dirigió una

mirada evaluadora a Rexford—. Tengo a tu amigo aquí que culpar por ello.

Rexford se encogió de hombros. —Todos jugamos según nuestras fortalezas, y no pensé que te importaría demasiado.

Casi esperaba que Brantford cancelara toda la reunión. Para mi sorpresa, sonrió. —Rose es mi debilidad. —Volvió a dirigirme esa mirada evaluadora—. Y supongo que Lady Victoria es lo mismo para ti.

Todo el mundo volvía a mirarme.

—Si has cambiado de opinión... —comenzó Rexford.

No le dejé terminar. —No. Quiero casarme con ella, y si tenemos que fugarnos, lo haremos.

Los ojos de Brantford se entrecerraron al mirarme. —Sherbourne no tiene dinero para su dote.

Fruncí el ceño. —No necesito su dinero.

—Cierto —dijo Brantford—. Pero aunque tú no necesites el dinero, no puedo decir lo mismo de su padre. Es la razón por la que concertó el compromiso de Victoria antes incluso de que asistiera a su primer baile esta temporada.

Esa declaración me llenó de ira. —Entonces, ¿estás diciendo que vendió a su hija?

Brantford se encogió de hombros. —¿No es eso lo que hace cualquier otro miembro de la alta sociedad? ¿Comprar y vender la posición de sus hijas en la sociedad con la mira puesta en su propio avance?

Pensé en el estado de mis finanzas. Ciertamente podría comprarla si eso era lo que Sherbourne quería. Podría permitírmelo fácilmente. Pero Victoria valía más que eso. No era una mercancía que se pudiera comprar. —Si estás sugiriendo...

Brantford negó con la cabeza. —No, Sherbourne quiere dinero *y* un título distinguido. Y me temo que como barón...

Completé su pensamiento. —Soy la última persona que querría para su hija.

—Exactamente —dijo Brantford.

Rexford se inclinó hacia delante. —Sherbourne ha hecho todo lo posible para que nadie se entere de sus limitaciones financieras.

Me volví para mirar a Clarence. Había sido administrador de Sherbourne antes de irse para ayudar a Rexford a establecer King's. Que yo supiera, había estado con Lord Sherbourne desde antes del nacimiento de Rexford. —¿Sabías algo de esto?

Clarence se encogió de hombros. —Sabía que era descuidado con sus bienes y sus inversiones, pero logré frenar algunos de sus excesos mientras controlaba sus propiedades. Estoy seguro de que fue un gran golpe cuando Lord Rexford se marchó y se llevó su herencia con él.

La sonrisa de Rexford tenía un toque de amargura. —Había estado desviando dinero de mi herencia, la que mi madre me dejó y a la que legalmente no tenía ningún derecho. Afortunadamente, Clarence logró mover algo de dinero y recuperar los fondos que mi padre robó.

—En efecto —dijo Clarence—. Lo cual significaba que Lord Sherbourne ya estaba al borde de encontrarse endeudado cuando su hijo tomó el control de su herencia.

Silbé. —Es un milagro que Sherbourne no te haya hecho matar.

Clarence sonrió. —Estoy seguro de que lo deseaba, pero sé demasiado. Ciertos secretos saldrían a la luz con mi muerte, secretos que Sherbourne haría cualquier cosa por mantener ocultos.

Me volví para mirar a Rexford. —¿Necesito saber cuáles son esos secretos?

Rexford se encogió de hombros. —Ni siquiera yo sé cuáles son, pero al parecer, Clarence ha hecho arreglos para que se conozcan si le llegara a ocurrir algo.

Asentí. Siempre había sabido que Rexford confiaba en Clarence, pero ahora entendía por qué. Parecía que Rexford solo había logrado obtener su independencia del control de su padre gracias a la intervención de su gerente del club.

Me volví hacia Brantford. —Entonces, ¿qué hacemos?

Brantford unió las yemas de sus dedos sobre su pecho. —Hablaré con ese hombre. Como representante de la Corona, puedo hacerle saber que sería de su interés no crear más escándalos con respecto a su hija.

—A estas alturas, ¿le importaría siquiera? —pregunté.

—A mi padre le importa —dijo Rexford—. Le importa mucho. Pero más que eso, no quiere que nadie se entere de sus limitaciones financieras.

Brantford miró sus uñas. —Y en ocasiones, tengo la oportunidad de informar a la Corona sobre cuáles de sus aristócratas son más fiables. Unas pocas palabras en sus oídos, y Sherbourne se convertiría en un paria social.

Observé a los tres hombres. —Todo esto parece demasiado fácil. ¿Debería ir a verle yo?

—Absolutamente no —dijo Brantford—. Eso es lo último que deberías hacer. Un barón que va a verle, pidiendo la mano de su hija... —Negó con la cabeza—. No quisiera que te ocurriera nada malo.

Un escalofrío recorrió mis venas. Mensaje recibido. Mantenerme lo más lejos posible del padre de Victoria. Pero no podía evitar sentir que aún me faltaba una pieza importante del rompecabezas. —Así que regresamos a casa y esperamos a que nos digas que todo está resuelto.

—En realidad —dijo Rexford—, yo regresaré a casa con Victoria. Debemos mantener las apariencias ahora, lo que significa que, como la casa de la ciudad está a mi nombre, tendré que establecer mi residencia allí.

Una de las comisuras de los labios de Brantford se elevó. —Mi esposa se ha encargado de rehabilitar la reputación de Lady Victoria. Se las verá juntas por la ciudad, y tu prometida vivirá con su hermano en su casa de la ciudad.

Había un tono cortante en las palabras de Brantford que me indicaba que sabía exactamente lo que estaba pensando. Sabía perfectamente que yo no quería separarme de Victoria ni siquiera por un día.

Miré a Rexford. —Si crees que esto es lo mejor...

Rexford asintió. —Lo es.

Solté un suspiro áspero. —De acuerdo. Pero quiero ser yo quien se lo diga. —Me puse de pie, y los demás hicieron lo mismo—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Estoy casi seguro de que mi esposa la ha llevado a la sala de ejercicio.

Alcé las cejas. —¿La sala de ejercicio?

Sus ojos brillaron con diversión. —Ella y mi hermana han estado enseñando a las mujeres de la alta sociedad a defenderse contra insinuaciones impropias y posibles agresores. Se ha convertido en una especie de proyecto personal para ellas. Estoy seguro de que no habría podido resistir la tentación de tomar a Lady Victoria bajo su tutela ahora mismo, dado todo lo que está ocurriendo.

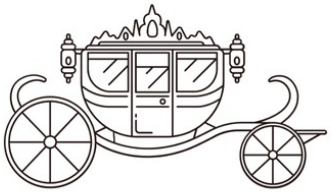
Sonreí al hombre, aumentando mi aprecio por él. Era aún más impresionante de lo que había imaginado.

Brantford se levantó y habló con el lacayo que esperaba en el vestíbulo. —¿Podría mostrarle al barón Moreland el camino a la sala de ejercicio?

El mayordomo hizo una reverencia y, con un «Sígame, mi señor», comenzó a avanzar por el pasillo.

Obedecí, fascinado por lo que iba a encontrar.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



Victoria

ESTABA SUDANDO y sin aliento mientras Lady Brantford me observaba desde unos metros de distancia.

Negó con la cabeza. —No, está usted mal colocada. Debe ponerse así.

Colocó mi cuerpo en lo que consideraba la postura adecuada, y luego me mostró lo que quería que hiciera. Se movió con un giro y bajó un hombro antes de lanzar el gran y pesado saco por encima de su hombro.

Se enderezó y volvió a mirarme. —No puede dudar. Si un agresor se le acerca por detrás, no esperará a que usted decida qué hacer.

Negué con la cabeza, asombrada. De todas las cosas que podrían haber sucedido hoy, jamás imaginé que la esposa de Lord Brantford comenzaría a instruirme en el arte de defenderme contra un atacante.

—No estoy segura de poder hacer eso. No soy muy fuerte.

La condesa me sonrió. —No necesita fuerza. Tendrá el elemento sorpresa. Aunque... —suspiró y colocó las manos en sus caderas—. Sospecho que la noticia está empezando a correr entre ciertos caballeros. Quizá tengamos que empezar a instruir a las mujeres en el uso de cuchillos.

Me quedé boquiabierta ante la mujer. —¿Espadas de esgrima?

Sonrió suavemente. —No, algo más pequeño. —Levantó el dobladillo de su vestido y me mostró lo que, a primera vista, parecía una liga—. Esto es a lo que me refiero. Si saliera de casa, tendría un pequeño cuchillo insertado aquí en esta vaina. También llevo uno en mi bolso. Pero como hoy estoy en casa, no lo necesito. —Se encogió de hombros y dejó caer la tela.

Negué con la cabeza, asombrada. —¿Cómo es posible que usted...? —Mi boca se cerró de golpe—. Por supuesto. Lord Brantford.

—Sí. —Rose sonrió—. Su hermana, la Duquesa de Castlefield, también es muy hábil. Me tomó bajo su protección cuando mi

esposo comenzó a cortejarme. Había otras... complicaciones en ese momento, pero todo eso quedó atrás. Y desde entonces, las dos hemos estado ayudando a otras mujeres. Es horrible que nos dejen tan indefensas ahí fuera. Y a menudo, los mismos hombres que esperamos que velen por nosotras son de quienes necesitamos protección.

Mi boca se torció hacia un lado. —No puedo imaginar una situación en la que yo sacaría un cuchillo contra mi padre.

Hizo una mueca. —No, por supuesto que no. —Sus ojos se estrecharon mientras me observaba atentamente—. ¿Y si la vida de Moreland estuviera en peligro?

Mi corazón se encogió en mi pecho ante ese pensamiento.

Asintió con comprensión. —No tiene que matar a nadie. A veces, solo una pequeña herida es suficiente para darle tiempo de escapar. Pero debe recordar que cuando lleguemos a esa etapa en nuestras lecciones, si no se ve a sí misma usando un arma, es importante no llevarla. Porque si lo hiciera, entonces su agresor tendría algo que tomar y usar en su contra.

Mis pensamientos daban vueltas. —¿Voy a tener lecciones con usted?

Asintió. —Y con mi cuñada, por supuesto.

—Pero pensé que estábamos aquí para hacer otros planes.

Sonrió. —Si decide que los quiere, por supuesto. Solo pensé que, dado que estaba en riesgo de ser secuestrada, sería bueno mostrarle algunas cosas que podrían resultarle útiles.

Enderecé los hombros y asentí. —Muéstreme ese movimiento de nuevo, luego intentaré lanzar ese saco por encima de mi hombro.

Rose sonrió radiante. Era difícil creer que estuviera tratándome con tanta familiaridad con la Condesa de Brantford. Mi padre tenía un rango superior al de su esposo, pero todo el mundo sentía admiración por Lord Brantford.

—Siga mis movimientos lentamente, luego la observaré hacerlo a velocidad normal. Después, podemos intentarlo con uno de los otros sacos que hay en la habitación. Puedo lanzar uno de ellos por encima de mi hombro, pero levantarlos es otra cosa completamente diferente.

Hicimos exactamente eso. Al principio tuve dificultades cuando agarré lo que se suponía que era un brazo. Y aunque el movimiento no fue tan rápido o elegante como me había mostrado mi instructora, logré enviar el saco de tamaño natural volando sobre mi hombro y hacia el suelo frente a mí.

Un silbido bajo sonó desde la puerta, y me giré para ver a Moreland apoyado en el marco, observándonos. De repente fui consciente de mi pelo despeinado, y mis mejillas sin duda estaban rojas por el esfuerzo inusual.

—Dígame, mi señora —dijo, mirando a la condesa—, que no le está enseñando a mutilarme.

Rose se rió. —Por supuesto que no, milord. A menos que haya decidido convertirse en un posible agresor, claro está.

Sus ojos se encontraron con los míos, y me sonrojé al pensar en algunas de las cosas que habíamos hecho en el dormitorio. Esperaba que la condesa no pudiera descifrar esa mirada.

Se enderezó y avanzó hacia el interior de la habitación. —Hemos decidido un plan —miró a la condesa—. ¿Puedo hablar a solas con Victoria un momento?

Rose me sonrió y me apretó el hombro. —Os veré a ambos en la sala de estar.

La vi marcharse. Moreland hizo una reverencia en su dirección y luego cerró la puerta tras ella. Cuando volvió a mirarme, se me cayó el alma a los pies.

Me apresuré a su lado. —¿Qué ocurre? Por favor, dime que habéis decidido un plan de acción que nos permitirá casarnos. ¿O has cambiado de opinión?

Me silenció con un beso breve e intenso. —No estoy cambiando de opinión. Pero hay malas noticias.

Tomé una bocanada de aire e intenté calmar mi acelerado corazón. Moreland no había cambiado de idea sobre casarse conmigo. No sabía por qué mis pensamientos seguían saltando a esa conclusión cuando él no me había dado ningún motivo para dudar de él.

Pero eso significaba que las malas noticias solo podían ser una cosa. —¿Tendré que esconderme hasta cumplir veintiún años? ¿O

nos vamos a fugar?

Negó con la cabeza. —Ninguna de las dos. Tu padre tiene dificultades económicas. Tu hermano y Brantford han decidido que él aceptaría cualquier cosa para evitar que esa información se conozca.

Asentí. —Lo haría. Pero debo decir que estoy sorprendida. No tenía ni idea de que tuviera problemas financieros.

—Nadie lo sabe —dijo Moreland—. Lo ha ocultado muy bien. Y por eso quería que te casaras con Lord Heddington. Porque en lugar de dar a Heddington la dote acostumbrada, tu padre tenía la intención de aceptar una gran suma de dinero de él.

Palidecí ante esa información. —Si eso es cierto, padre no querrá renunciar a su plan.

La expresión de Moreland era feroz. —No tendrá elección. No voy a renunciar a ti, y bajo ninguna circunstancia te casarás con Heddington.

Se me cortó la respiración. Los ojos de Moreland ardían de determinación, y era intensamente consciente de lo apuesto que era. Más allá de eso, podía ver claramente lo dedicado que estaba a asegurar nuestro matrimonio. Él quería esto, y yo le quería a él. Incluso si nunca llegaba a amarme, era suficiente que se preocupara por mí.

Asentí. —Entonces, ¿cuáles son esas malas noticias que querías contarme?

Hizo una mueca. —Tu hermano se mudará a la residencia, y yo me marcho.

Se me cayó la mandíbula.

—Rehabilitaremos tu imagen ahora, Victoria, borrando todos nuestros intentos de arruinarte. Es la única manera de seguir adelante con un matrimonio sin fugarnos a Escocia.

—Pero... —comencé.

Trazó mi labio inferior con su pulgar, y mi protesta murió.

—Lo sé —dijo—. A mí también me desagrada. Pero conseguiré una licencia especial para que podamos casarnos rápidamente.

Me apoyé en él, aferrándome a sus hombros. —No quiero una gran boda social que lleve semanas planificar.

Me sonrió. —No creo que nadie espere que la boda de un Legend sea un acontecimiento social. Esperarían algo privado.

Asentí. —Eso tiene sentido. Por supuesto, van a pensar que me has deshonrado y que estoy embarazada.

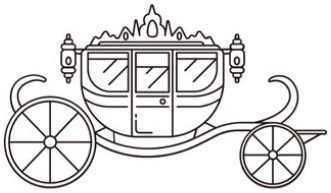
Bajó la mano y colocó su gran palma sobre mi vientre. —Podrías estarlo.

Un escalofrío de felicidad me recorrió ante ese pensamiento.

—Pero no importa. Con Brantford de nuestra parte y con las conexiones de tu hermano, nadie te rechazará. Difícilmente serás la primera señorita de sociedad que dé a luz ocho meses después de casarse.

Me besó entonces, y me sumergí en él. Todos mis temores por el futuro se desvanecieron. Lo único que me importaba era estar con Moreland.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



Victoria

LOS DETALLES sobre lo que sucedería a continuación se decidieron rápidamente. Lord Branford visitaría a mi padre más tarde ese día para explicarle que Moreland y yo contábamos con su apoyo para nuestra futura unión.

Aunque sabía que Lord Branford tenía mucho poder, en circunstancias normales, su apoyo no habría hecho cambiar a mi padre de su deseo de verme casada con Lord Heddington. Pero la amenaza de Lord Brantford de hacer público que mi padre estaba al borde de la bancarrota sería una amenaza poderosa. Me quedé conmocionada al enterarme de que mi padre había gastado el dinero reservado para mi dote y ya había vendido una de sus propiedades no vinculadas.

No estaba segura de que sus amenazas de exponerlo fueran suficientes para convencer a mi padre, pero mantenía la esperanza.

Rexford sugirió que pidiéramos a nuestro padre que nos visitara en King's. Pero yo propuse invitarle a visitarnos en la casa de la ciudad. Me había sentido cómoda en el hogar que Moreland y yo habíamos creado juntos en los últimos días.

Cuando regresé a esa casa, fue mi hermano quien me acompañó. Tenía sentido, después de todo. Habíamos ideado el plan original para arruinar mi reputación, pero ahora teníamos que dar marcha atrás. La casa de la ciudad era de Rexford, así que se difundiría la historia de que yo me alojaba con mi hermano. Cuando pregunté sobre todas esas veces que Moreland había visitado la casa, Rexford se encogió de hombros y dijo: —Simplemente estaba visitando a un amigo.

Sabía que sus garantías no detendrían a los chismosos, pero la sociedad seguiría adelante bastante rápido cuando estallara el próximo escándalo. Y si la vida tenía una constante, era que siempre había otro escándalo.

Entramos en la casa, y me aparté mientras Rexford explicaba al personal que pasaría la noche en la habitación de Moreland. Como el

barón regresaría a su propia casa de la ciudad, no sería necesario preparar otro dormitorio.

Me di la vuelta, con las mejillas ardiendo. El personal sabía que Moreland había estado pasando las noches conmigo recientemente, así que su habitación ya estaba limpia. Estaba segura de que Rexford lo sabría, pero no iba a mencionarlo.

Rexford me llevó al salón y se acomodó junto a mí en el sofá. —No es demasiado tarde para cambiar de opinión sobre invitarle aquí. Ambos sabemos lo desagradable que puede ser Sherbourne, y quisiera ahorrarte su ira. Puedo pedirle que se reúna conmigo en el club mañana. No tienes por qué estar presente.

Me mordí el labio mientras consideraba su oferta. Estaría mintiendo si dijera que no estaba tentada, pero al final, negué con la cabeza. —Necesito estar allí, y me siento más cómoda aquí, con Moreland y contigo a mi lado. Es hora de que deje de huir de mi padre. He estado escondiéndome de su ira toda mi vida, pero eso termina ahora.

Me miró fijamente durante varios segundos, y supe que buscaba cualquier señal de duda por mi parte. Pero estaba decidida a seguir adelante con esto. Si quería casarme con Moreland, era hora de volverme digna de él. Él había arriesgado mucho para salvarme de mi padre. Necesitaba demostrarle que podía estar a su lado.

Sabía que la reunión sería desagradable. Había presenciado a mi padre poniendo a otros en su lugar. Sería despiadado con Moreland, y yo tenía que estar allí para mostrarle mi apoyo.

Finalmente, Rexford asintió. —Estoy orgulloso de ti.

Me reí. —¿Sabías que llegaríamos a esto?

Su sonrisa ocultaba profundidades. —¿Llegar a qué?

Solté un suspiro. No conocía tan bien a mi hermano. Se había marchado a la escuela cuando yo era muy pequeña, y cada vez que nos visitaba entre períodos escolares, había sido distante y reservado. Sabía que era porque mi padre había hecho todo lo posible para controlarlo y convertirlo en poco más que una extensión de sí mismo.

No sabía cómo Rexford había conseguido su independencia y encontrado los fondos para establecer su propio club. Sospechaba

que el Sr. Clarence le había ayudado, ya que ya no era el administrador de mi padre y ahora dirigía el club de Rexford.

Pero el hecho de que Rexford hubiera instalado personas dentro de la casa de mi padre con el único propósito de velar por mi bienestar significaba que se había preocupado por mí. Y no había dudado en ayudarme cuando acudí a él.

—¿Sospechabas que al final tendría que casarme?

Pude ver cómo Rexford sopesaba sus palabras. —Esperaba que fuera suficiente con arruinarte, pero Sherbourne es obstinado. Siempre existía la posibilidad de que tuvieras que casarte, pero era igualmente posible que tuviera que encontrar una manera de esconderte en el norte.

Asentí. —¿Y Moreland?

Se encogió de hombros. —Estaba dispuesto a dejarme guiar por ti en esto, pero debo decir que me alegro de que lo hayas elegido a él.

Me estremecí ante eso. ¿Rexford aprobaba realmente nuestro próximo matrimonio? —Sé lo de su reputación con las mujeres.

Rexford hizo una mueca. —Todos tenemos algo de reputación. Pero Moreland... —Negó con la cabeza—. Moreland es leal. Cuando te da su palabra, no la rompe.

—¿Estás diciendo que tus otros amigos no son leales?

—Son leales a mí, por supuesto, y entre ellos.

—¿Pero? —insistí cuando dudó.

—No sé. Siempre he tenido la sensación de que Moreland, de todos nosotros, sería el primero en casarse. Claro que esperaba que se casara por conveniencia. Pero contigo... —Su mirada se posó en mí, escrutadora. Parecía estar intentando leer mis pensamientos—. Le importas.

Respiré hondo. —Él también me importa a mí. —Mi voz se hizo más baja—. Le amo.

La sonrisa de Rexford se suavizó. —Me alegra oír eso.

—¿Crees que es posible que él pueda...?

La expresión de Rexford era impasible. —Esa es una pregunta que tendrás que hacerle a él.

Negué con la cabeza. —Supongo que en realidad no importa. Me aseguró que no se casa conmigo por un sentido de responsabilidad, pero ¿cómo puedo estar segura? Como has dicho, te dio su palabra de que cuidaría de mí.

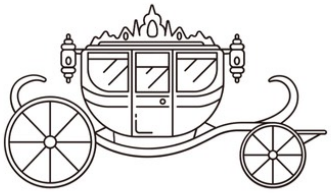
Cogió mis manos y las apretó. —Le liberé de su promesa, Victoria. Le dije que te enviaría lejos y Brantford tiene los medios para asegurar que nunca te encuentren. Entre los dos, serías libre. Y si Moreland hubiera querido su libertad, podría haberla tenido.

Se me cortó la respiración. —¿Entonces crees que hay una oportunidad para nosotros dos?

—Creo que tendrás que preguntarle a él sobre sus sentimientos hacia ti. Pero puedo decirte que Moreland retaría a cualquier hombre que intentara apartarte de él. Creo que es seguro asumir que no está actuando meramente por un sentido del deber hacia mí.

Mi corazón se aceleró. Aunque Moreland no me amara, las palabras de mi hermano hacían mucho para asegurarme que yo le importaba. Tendría que ser suficiente.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



Moreland

DESPUÉS DE QUE Victoria y su hermano subieran al carruaje, no pude soportar verla marcharse sin mí. Así que me di la vuelta para alejarme.

Aún no había anochecido cuando regresé a mi residencia vacía. Siempre había disfrutado de la soledad que conllevaba vivir solo, pero la casa parecía inusualmente silenciosa. No podía evitar sentir que ya no pertenecía allí. Yo pertenecía a donde Victoria estuviera.

Había pasado tan poco tiempo desde que Victoria había venido a King's para ver a Rexford, y sin embargo mi vida había cambiado para siempre. Ya no era el hombre que nunca pasaba más de una noche con la misma mujer. Ese hombre se habría sentido atrapado en la situación en la que me encontraba. Después de todo, aún no tenía treinta años y antes de esta semana, no había considerado seriamente la idea de casarme. A todas luces, debería estar temiendo mi próxima boda.

Pero aunque me encontraba lleno de ansiedad, no era porque estuviera a punto de perder la libertad que venía con la soltería. Estaba inquieto porque Victoria no estaba aquí conmigo.

Me dirigí al despacho y fui directo al aparador, donde guardaba mi coñac. Después de servirme una generosa cantidad, me hundí en un sillón. Tenía que moderarme. Mañana, nos reuniríamos con el padre de Victoria, y yo debía desempeñar mi papel. Victoria ya se estaba rebajando al casarse con un simple barón. No la avergonzaría aún más asistiendo a esa reunión mientras sufría los efectos evidentes de haber consumido demasiado alcohol. Así que bebí lentamente el único vaso que me permitiría mientras me torturaba con pensamientos de cuánto deseaba correr a su lado. Parecía imposible que la hermana de Rexford pudiera volverse tan importante para mí en tan poco tiempo.

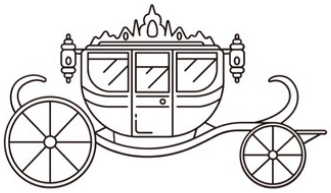
Sonreí al recordar aquel primer momento cuando nuestras miradas se encontraron en King's. Nunca había sentido una atracción

tan inmediata y visceral hacia una mujer antes. ¿Era esto el destino? ¿Estábamos destinados a estar juntos desde siempre?

Apuré lo último del coñac y me recliné en el sillón. Cerré los ojos, coloqué las manos sobre mi cintura, y me ordené pensar en cualquier cosa menos en Victoria. En cambio, escenas de todo el tiempo que habíamos pasado juntos desfilaron ante mis ojos. Las conversaciones que habíamos tenido, lo adorable que se veía aquel primer día cuando estaba jugando con sus pinturas. No le había dicho que tenía una salpicadura de pintura roja en la mejilla. Pero verla allí me había hecho sentir satisfecho porque significaba que la había hecho feliz. Le había dado algo que claramente disfrutaba y que le había sido negado. Pasaría el resto de mi vida intentando hacerla feliz. Ese pensamiento debería haberme aterrorizado. En su lugar me llenó de placer.

Ninguno de los dos quería una gran boda social. Tan pronto como terminara la reunión de mañana, conseguiría una licencia especial. De una forma u otra, Victoria Wright pronto sería mi esposa. No podía pasar un día más lejos de ella. Pero por esta noche, necesitaba informar al personal que debían preparar mi casa para recibir a la próxima Baronesa Moreland.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



Moreland

LA ANTICIPACIÓN RECORRIÓ mis venas a la mañana siguiente cuando desperté. La sensación no era muy diferente a la que sentía antes de comenzar un combate en el club de Gentleman Jackson. No estaba a punto de participar en una pelea física, pero sin duda iba a entrar en batalla. En lugar de puños, las armas serían palabras y demostraciones de poder.

Me esmeré al vestirme, eligiendo mi leontina más cara y añadiendo un alfiler de diamante en mi corbatín. Mi chaleco era de una rica seda azul, y mi levita y pantalones habían sido adquiridos del sastre más solicitado de Bond Street. En términos de posición social, yo estaba por debajo de Victoria. Ella era hija de un duque, y yo simplemente un barón, pero hoy no sería una vergüenza para ella.

Salí de casa justo antes del mediodía. Rexford había enviado aviso de que la reunión estaba programada para la una de la tarde. Sabía que a él le gustaba despertarse temprano por la mañana, y Victoria parecía compartir esa costumbre, pero decidí a propósito no llegar demasiado pronto.

A lo largo de los años había aprendido que antes de comenzar un combate de boxeo, era importante no mostrar ni un atisbo de debilidad. Temía que llegar demasiado temprano sería un flaco favor para Victoria. Estaba seguro de que ella estaría preparada para la reunión. Había presenciado de primera mano cómo Rexford podía infundir su serena confianza en quienes le rodeaban, mientras que conmigo, ella tendía a confiarme sus miedos más profundos. No quería que se obsesionara con lo que podría salir mal antes de que llegara su padre. Por mucho que me costara admitirlo, Rexford había tenido razón al pedirme que me marchara anoche. Mi energía nerviosa habría socavado la calma que todos necesitábamos proyectar.

Me percaté de que Rexford aún tenía hombres vigilando la casa. Les saludé con despreocupación y entré en la residencia. Dos

lacayos permanecían en el vestíbulo, con los músculos tensos y listos para actuar. Se relajaron al verme.

Les hice un gesto con la cabeza y me dirigí al salón. El alivio me invadió cuando vi a Victoria. Estaba sentada al borde del sofá, con las manos entrelazadas sobre el regazo, luciendo un recatado vestido amarillo pálido que sabía que su padre aprobaría. Como los lacayos del vestíbulo, sus músculos estaban tensos. Cuando me vio, se levantó de un salto y corrió a mis brazos. El alivio me inundó mientras la estrechaba contra mí.

Solo entonces me di cuenta de que Rexford también estaba en la habitación. Se recostaba en un sillón, con los brazos cruzados sobre el pecho y una ceja arqueada mientras nos observaba.

Me volví hacia Victoria y le di un beso en la sien. —Pronto habrá terminado todo.

Ella asintió contra mi pecho, luego respiró hondo, como si llenara sus pulmones con mi aroma, antes de apartarse. —Sí. A mi padre le gusta llegar temprano. Dice que pone nerviosos a sus oponentes.

Por supuesto que lo haría. Vivíamos en una sociedad donde a la gente le gustaba levantarse a mediodía. Llegar temprano aseguraría que sus oponentes no estuvieran en su mejor momento. Sentí un instante de pánico. —¿No habrá...?

Rexford negó con la cabeza. —No. Debería darse cuenta de que estaríamos preparados para sus trucos habituales.

Victoria miró a su hermano. —La reunión estaba fijada para las dos, pero como ya es casi la una, espero que...

Alguien llamó a la puerta.

—Ahí está. —Rexford se puso en pie—. Sigue con sus viejas artimañas.

Victoria me sonrió. —Me alegro de que estés aquí.

La besé rápidamente. —No querría estar en ningún otro lugar.

Ella me dedicó una radiante sonrisa antes de volver al sofá.

Quería sentarme junto a ella, pero aún no estábamos prometidos. En su lugar, me coloqué junto a Rexford. —¿Está todo en orden?

Rexford asintió. La puerta principal se abrió y, momentos después, el Duque de Sherbourne entró en el salón. A nadie le

sorprendió que no hubiera esperado a ser anunciado.

Su mirada recorrió a los ocupantes de la habitación, y su mandíbula se tensó cuando se detuvo en Victoria. —Me has causado muchos problemas.

Observé cómo su rostro no reveló ni un ápice de emoción ante las palabras de su padre. Al fin y al cabo, estaba acostumbrada a ser reprendida por él.

Miró a Rexford a continuación. —No esperaba menos de ti.

Luego su mirada despectiva cayó sobre mí. —Esperaba que pudiéramos discutir este asunto sin complicaciones presentes.

Mantuve mis músculos relajados. Si pensaba que yo era simplemente una complicación, me había subestimado enormemente. Entró en la habitación, apoyándose pesadamente en su bastón, y se acomodó en el sofá.

Me di cuenta del imperceptible apretón de los dedos de Victoria sobre su regazo antes de que se forzara a relajarlos.

Sherbourne sacó una nota doblada de su bolsillo. —Recibí una visita de Lord Brantford ayer por la noche. Debo decir que todos habéis complicado innecesariamente esta situación—. Se volvió para mirar a Victoria. —Al parecer, conseguiste mantener tus delicadas sensibilidades ocultas de mí. Había supuesto que la hija que crié conocía su lugar. Pero está claro que heredaste el mismo defecto que tu hermano, eligiendo huir en lugar de quedarte y cumplir con tus obligaciones—. Dejó caer la nota en el diván entre él y su hija. —Me he tomado la libertad de redactar una lista de candidatos adecuados para pedir tu mano. No entiendo por qué estás en contra de Lord Heddington, pero estoy seguro de que encontrarás a alguien apropiado en esa lista.

Los ojos de Victoria se posaron en el papel, y luego me miró a mí.

Sherbourne frunció el ceño. —Si tus reparos tienen que ver con su edad, encontrarás una amplia variedad de caballeros adecuados en la lista. Puedes tener a quien quieras. No necesitas conformarte con un barón.

Ni siquiera me miró cuando pronunció esa palabra. En su mente, yo no existía. Victoria seguía mirándome.

Le sonreí. —Echa un vistazo a la nota, Victoria. Tu padre no estará satisfecho hasta que se dé cuenta de que no hay nadie a quien prefieras.

Su mirada permaneció fija en mí durante varios segundos, luego miró a Rexford. Su hermano asintió. Ella alcanzó la nota y la desdobló antes de examinar la lista.

—Como puedes ver, he tenido en cuenta tus delicadas sensibilidades —la voz de Sherbourne rezumaba desaprobación—. Me encargaré de que cualquiera de esos hombres sepa que estarías dispuesta a aceptar un cortejo. Estoy seguro de que, dado todo lo que has aprendido últimamente, no te resultaría difícil atraer a alguno para que te haga una propuesta.

Mis puños se cerraron a los costados, y di un paso adelante, listo para enfrentarme a este hombre por difamar a su hija de tal manera. Rexford me agarró del brazo y me detuvo.

—¿Y qué hay de su situación financiera? —dijo—. ¿A esos hombres les importaría que no tenga el dinero para la dote de Victoria?

Sherbourne se encogió de hombros. —Tengo algunas propiedades no vinculadas. Sería un asunto simple vender una de ellas.

Entrelacé mis manos detrás de la espalda, tratando de controlar mi furia, pero Rexford tenía razón. Necesitaba mantener la apariencia de calma.

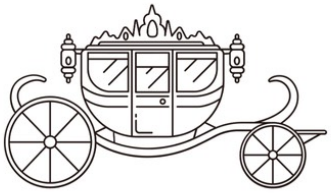
Eso no significaba que tuviera que permanecer en silencio. —Yo, por otro lado, no necesitaría vender ninguna de mis propiedades. Tampoco requiero una dote. Tengo más que suficiente dinero para mantener a su hija.

—Ya has hecho suficiente —Sherbourne se puso de pie, con la cara moteada de ira—. Victoria está muy por encima de tu alcance, y no puedes tenerla.

—Basta —Victoria se levantó y se enfrentó a su padre, con la lista apretada en sus manos—. La decisión es mía. He considerado cuidadosamente sus sugerencias, y debo declinar su oferta.

Entonces rompió la lista en dos y la arrojó de vuelta al diván.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



Victoria

TEMBLÉ cuando mi padre dirigió su ira hacia mí, pero me negué a apartar la mirada. Había estado bajo su yugo toda mi vida. Le había dado todo lo que jamás había exigido sin protestar, pero esto era demasiado. No podía permitir que mi padre le hablara a Moreland de esa manera, no cuando él me había mostrado más amabilidad y comprensión en la última semana de la que había conocido en toda mi vida.

—Esta es mi última advertencia —dijo mi padre—. Abandona esta tontería y... —Se detuvo, dándose cuenta de que nada de lo que pudiera decir me convencería de irme con él.

Ambos sabíamos que una vez que estuviera bajo su techo otra vez, seguiría adelante con el compromiso original con Lord Heddington. Nunca había mostrado ningún interés por mis deseos y no comenzaría ahora.

Enderecé los hombros. —Preferiría ser la amante de este hombre que casarme con cualquier otro.

Los ojos de mi padre se estrecharon, y sentí un momento de verdadero miedo.

Afortunadamente, Rexford intervino. —Se acabó, Sherbourne.

Nuestro padre se estremeció al oír el título de labios de su hijo.

Mi padre dirigió su mirada furiosa hacia Rexford. —Te has tomado demasiadas libertades.

La voz de Rexford era firme, un hecho que parecía aumentar aún más la ira de nuestro padre. —Francamente, no tengo por qué justificar mis acciones ante usted.

La expresión en el rostro de mi padre era de las que normalmente me habrían hecho acobardar. Pero no aquí y no ahora, estando unida a mi hermano y al hombre que amaba. Tenía que ser fuerte por ellos, mostrarle a Moreland que era digna de su respeto, incluso si nunca llegaba a amarme.

Mi padre se volvió hacia mí. —No me esperes en la boda. —Se dirigió hacia la puerta, apoyándose pesadamente en su bastón. Se

detuvo en el umbral pero no se volvió para mirarnos—. Vosotros dos habéis sido mis mayores decepciones.

Le vimos marcharse sin decir una palabra más. Contuve la respiración, esperando a medias que regresara.

El silencio fue roto por un vehemente —Buen riddance— de Rexford.

Me giré para mirarle. —¿Eso es todo? ¿Soy libre?

Rexford se encogió de hombros. —Eso parece, pero creo que lo mejor será mantener la seguridad alrededor de la casa.

Me volví hacia Moreland. —¿Vas...? —Tragué saliva y le pregunté a Rexford—. ¿Te quedarás aquí esta noche?

Rexford miró a su amigo y luego a mí. —Creo que regresaré al club esta noche. Confío en que Moreland te mantendrá a salvo.

Puso una mano en el hombro de Moreland, y se produjo un intercambio silencioso entre ellos. Luego Rexford siguió a nuestro padre fuera de la casa.

Me giré para mirar a Moreland, que no había dicho una palabra durante un tiempo. Tenía una expresión extraña, y se me encogió el estómago.

—Me disculpo por todo lo que dijo mi padre. Nada de eso es cierto. Vales más que todos esos otros hombres juntos, incluso si ya no quieres tener nada que ver conmigo. —Se me cortó la respiración, pero me obligué a continuar—. Entendería por qué no querrías aliarte con el Duque de Sherbourne. Sería tu suegro, después de todo, y estoy segura de que sería un suegro aún peor de lo que es como padre. —Me abracé la cintura.

Moreland seguía mirándome en silencio, y no pude contenerme.

—Di algo. Dime qué estás pensando.

La mirada de Moreland recorrió mi rostro. Cuando habló, su voz era baja. —Me elegiste a mí.

No podía entender su tono de incredulidad. —Por supuesto que te elegí a ti. Te amo. —Mi mano voló a mi boca ante la confesión. Luego me desplomé en el sofá y oculté mi rostro entre las manos—. Sé que el amor no formaba parte de nuestro acuerdo. Sé que nunca has estado en una relación a largo plazo, y entiendo que cualquier

matrimonio entre nosotros sería algo práctico. No esperaría más de ti de lo que estés dispuesto a dar.

Le sentí acomodarse a mi lado, y quise llorar.

Tomó mis muñecas y apartó mis manos de mi cara. —¿Me amas?

Mi sonrisa fue temblorosa. Me animé por el hecho de que no parecía enfadado por mi confesión. —No puedes culparme. Has sido mi caballero de brillante armadura. Eres apuesto. Eres inteligente. Me haces reír. Y nunca me has tratado como una carga. Estoy segura de que todas las mujeres con las que has estado darían todo lo que poseen por estar en mi lugar.

Él sonrió. —No me importa nadie más, Victoria, porque es a ti a quien amo.

Estaba convencida de que mi tonto corazón me había hecho oír mal. —¿Acabas de decir que me amas?

Su sonrisa se ensanchó y su mano subió para acunar mi mejilla. —¿Tan difícil te resulta creerlo? Te abriste paso a empujones en mi vida, y desde el primer momento en que te vi... —Negó con la cabeza—. No puedo explicarlo, pero te deseaba incluso entonces. Y anoche, cuando no soportaba la idea de estar lejos de ti, finalmente comprendí por qué.

No pude contener un resoplido. —Por lo que he oído, deseas a muchas mujeres.

—No, Victoria, no solo te deseaba. Te necesitaba. No solo por una noche. Había algo en ti. Cuando te giraste y nuestras miradas se encontraron, sentí como si pudieras ver directamente en mi alma.

Una lágrima rodó por mi rostro. —Y encima eres romántico. Nunca tuve ninguna posibilidad.

Se rio, limpiando la lágrima con su pulgar. —Al parecer, me vuelvo un poco idiota cuando se trata de ti.

Me lancé a sus brazos. Me levantó sobre su regazo y permanecimos así durante varios minutos. Sus brazos me rodeaban, mi rostro contra su cuello mientras me aferraba a él.

—No puedo creer que me ames.

Debí haber dicho las palabras en voz alta porque me besó en la sien. —Te amo, Victoria Wright. Nunca lo dudes. Es una emoción que

jamás esperé sentir. Si hubieras aceptado casarte con alguno de esos otros hombres, creo que no habría podido permitirlo.

Levanté la cabeza y le miré. —Menos mal, porque yo solo te quiero a ti.

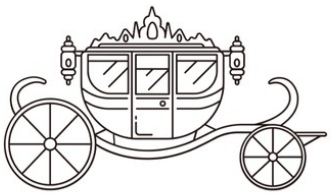
Su boca se estrelló contra la mía, y nos besamos como si hubiéramos estado separados mucho más tiempo que una noche.

—Conseguiré una licencia especial —dijo entre besos. Su boca se deslizó hasta mi mandíbula, y me dejó un rastro de besos a lo largo de mi garganta—. Pero aún no. Ahora mismo, creo que nosotros dos tenemos algo que celebrar.

—Lo que tú digas, mi señor. Pero primero, quizás deberíamos cerrar la puerta del salón.

Se rio, luego me cogió en brazos y me llevó arriba a nuestro dormitorio.

EPÍLOGO 1



Victoria

NOS CASAMOS dos días después en una ceremonia privada. Fue exactamente lo opuesto al tipo de evento social que mi padre habría insistido en celebrar si se hubiera salido con la suya. Y fue todo lo que yo podría haber deseado.

Todos los Legends asistieron: el vizconde Fairfax, el conde de Clifton, el vizconde Kendrick, el conde de Greyson y mi hermano, Rexford. El señor Clarence también estuvo presente. No era un Legend, pero era una parte esencial del grupo.

El conde y la condesa de Brantford también asistieron, al igual que el duque y la duquesa de Castlefield. Además de formar oficialmente la Escuela de Defensa para Jóvenes Damas, la duquesa y la condesa habían decidido asegurarse de que yo fuera recibida de nuevo en la sociedad con los brazos abiertos.

Tenía la sensación de que sería una tarea relativamente fácil. Cuando se difundió la noticia de nuestro compromiso, recibí una avalancha de tarjetas de visita e invitaciones a próximos eventos, así como notas de felicitación.

Solo habían pasado dos días desde aquella reunión con mi padre, y me sorprendía la rapidez con la que se había extendido ese chisme. Pero no debería haberme sorprendido. Después de todo, había logrado lo imposible. Me había casado con un Legend.

King's estaba cerrado para el desayuno nupcial privado. Fiel a su palabra, mi padre no había asistido a la ceremonia. En su lugar, había abandonado la ciudad por una emergencia inventada en una de sus propiedades. Con él ausente y mi marido a mi lado, me sentí verdaderamente libre por primera vez en mi vida.

Moreland se inclinó para darme un beso en la sien. —¿En qué piensas?

Le sonreí. —Nunca esperé sentirme tan feliz. Rexford estaba en la escuela la mayor parte del año, y después de que consiguió su independencia, rara vez le veía. Mi padre nunca fue para mí más que un capataz desaprobador. Pero esto...

Mi mirada recorrió a las personas presentes para celebrar nuestra boda. Charlaban y reían amablemente en pequeños grupos. Lord Fairfax encontró mi mirada y levantó una copa de champán en un brindis silencioso por nosotros.

Mi sonrisa se ensanchó y las lágrimas me picaron en los ojos. —Esto se siente como si finalmente tuviera una familia.

Moreland me besó, suave y ligero. No necesitaba mirar alrededor para saber que todos nos estaban observando.

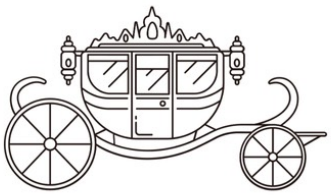
—Siempre me tendrás a mí. Pero debes saber que todos los presentes darían su vida por ti. —Metió la mano en un bolsillo y sacó una moneda de soberano—. Originalmente solo se hicieron seis de estas, pero ahora hay un séptimo medallón. Bienvenida a los Legends. Ahora eres una de nosotros.

Colocó el pesado medallón de oro en mi mano, y me di cuenta de que no era un soberano. En un lado había una corona en relieve, el emblema del club de Rexford, King's. Le di la vuelta para encontrar una estrella de seis puntas en relieve, cada punta larga y estrecha. Seis puntas por los seis Legendarios Lores de la alta sociedad.

La emoción me atenazó la garganta mientras me acercaba a los brazos de Moreland.

Por fin estaba en casa.

EPÍLOGO 2



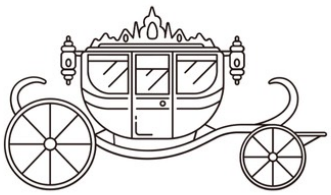
La Crónica de Mayfair

El infierno se ha congelado.

Uno de los Lores Legendarios ha hecho lo impensable y ha tomado esposa. Aún más sorprendentes son los rumores que sugieren que se trata de un matrimonio por amor. Nuestras atónitas pero sinceras felicitaciones al Barón Moreland y a su esposa, Lady Victoria Moreland.

Me pregunto si esto es el comienzo de una nueva era para las Leyendas...

EPÍLOGO EXTRA



TUMBADO EN LA CAMA, atraje a Victoria con más firmeza contra mí y deslicé una mano por su brazo. Ella suspiró, un sonido suave lleno de satisfacción, y giró la cabeza para depositar un beso en mi pecho.

Me sonrió y mi corazón se ensanchó. Me asombraba que estuviéramos casados, y juré en silencio que pasaría el resto de mi vida demostrando que era digno de su amor.

Comenzó a hacer círculos perezosos en mi pecho, y su ligero contacto hizo que me endureciera. Otra vez. —Pareces perdido en tus pensamientos.

Eso era quedarse corto. Los acontecimientos del día habían sido surrealistas. Primero, la ceremonia de boda en la pequeña capilla a la que asistieron los Legends, los Brantford y los Castlefield. Se trataba de una nueva alianza que el hermano de Victoria había cultivado.

Rexford era conocido por sus alianzas estratégicas, así que no me sorprendió. No me había contado qué le había pedido Brantford a cambio de ayudarnos con el Duque de Sherbourne. Pero sabía que, fuera cual fuese el precio, Rexford lo pagaría de buena gana para mantener a salvo a su hermana. Igual que yo.

Mi mirada recorrió su hermoso rostro. —Me parece increíble que la primera boda a la que haya asistido fuera la mía propia.

Sus ojos brillaron con diversión. —Espero no ser una carga demasiado pesada.

Podía notar que estaba pensando en las vigorosas rondas de amor en las que acabábamos de participar. Después del desayuno nupcial en King's, no había podido esperar hasta que llegáramos a casa, así que habíamos consumado nuestro matrimonio en el carruaje. Pero ahora estábamos a salvo en mi casa de la ciudad, o más bien, en *nuestra* casa de la ciudad, y no habíamos salido del dormitorio desde nuestra llegada.

—Debería llamar para que nos suban bandejas con la cena. Me temo que te he agotado. —Prometí hacer eso pronto, pero no podía permitirme soltar a Victoria todavía.

Su mano bajó por mi cuerpo, y contuve la respiración cuando rodeó mi miembro y comenzó a acariciarlo. En cuestión de segundos estaba completamente duro.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres hacer, Matthew?

El placer me invadió. Normalmente me llamaba por mi título, y me sorprendió lo mucho que me gustaba oírla usar mi nombre de pila.

—No creo que sea un secreto que siempre me pongo duro cuando estás cerca.

Se mordió el labio, y noté un ligero rubor en sus mejillas. Tracé el rastro rosado con un pulgar.

—¿Te avergüenza?

Ella hizo una mueca, y su mano regresó a mi pecho. —Llevamos horas en tu dormitorio y el sol acaba de ponerse. No creo que pueda volver a mirar a la cara a tu personal.

No pude evitar reírme. —Pensarán que me has hechizado. Estaban encantados cuando les dije que iba a casarme pronto, y pude notar que hoy todos quedaron cautivados contigo.

Nos giré hasta quedar suspendido sobre ella. Tomó mi rostro entre sus manos, con la mirada tornándose suave. Incapaz de ignorar el impulso, volví la cabeza para tomar uno de sus dedos en mi boca y tirar suavemente de él.

Sus ojos se abrieron de par en par, y liberó su mano. —¿Por qué se siente tan bien?

Le sonreí. —Hay una cosa que me encantaría que hicieras antes de que llamemos para la cena.

Su nariz se arrugó de esa manera tan encantadora que tenía cuando estaba confundida. Claramente, tendría que darle una pista más clara.

Puse mi pulgar contra sus labios. —Chúpalo, Victoria.

Su frente se arrugó mientras seguía mis instrucciones. El calor me recorrió, y no pude contener mi gemido.

Sus ojos se abrieron entonces, y supe que había comprendido lo que le estaba sugiriendo. Para mi deleite, le dio algunas succiones más a mi pulgar con su maravillosa boca antes de soltarlo con un suave chasquido.

Iba a acabar conmigo.

—Eres perverso, milord.

Sonreí. —Y tú eres maravillosa.

Victoria se rió mientras me empujaba para que me tumbara de espaldas y comenzó a besarme bajando por mi cuerpo. Cuando llegó a mi polla, ni siquiera dudó antes de metérsela en la boca. Puse una mano sobre su cabeza, guiándola con suavidad. Jamás tomaría más de lo que ella estuviera dispuesta a dar.

No debería haberme sorprendido que rápidamente demostrara ser bastante hábil en la tarea entre manos, y elevé un agradecimiento silencioso al destino, que había tenido a bien traer a Victoria a mi vida.

Y entonces todo pensamiento desapareció mientras me entregaba al éxtasis.

GRACIAS

Para ver una lista de los libros de Suzanna, visite su sitio web:

https://www.suzannamedeiros.com/

LA AUTORA

Suzanna Medeiros, autora de bestsellers del USA Today, nació y creció en Toronto, Canadá. Su amor por la palabra escrita la llevó a obtener una licenciatura en Literatura Inglesa en la Universidad de Toronto. Luego obtuvo una licenciatura en Educación antes de decidir dedicarse a su primer amor: la escritura.

Suzanna está casada con su propio héroe y sobrevivió a la crianza de gemelos. Cuando no está escribiendo, le encanta leer, ver ciencia ficción y jugar videojuegos.

Le gustaría agradecer a sus padres por mostrarle que el amor a primera vista y el felices para siempre realmente existen.